Álex Saldías
ECOS
LA POLLERA

ECOS

ÁLEX SALDÍAS

ECOS de Álex Saldías

© 2016 de la obra por ÁLEX SALDÍAS
© 2018 de la primera edición por LA POLLERA EDICIONES

Primera edición, La Pollera Ediciones (2018)

ISBN 978-956-9203-67-1
RPI 275.950

Edición: Ergas / Leyton
Diseño: Pablo Martínez
Pintura de portada: Colonización de Yaikel

LA POLLERA EDICIONES

www.lapollera.cl / ediciones@lapollera.cl

A Mitzy Fraga

I.- GRITOS

Así también habían quedado los indios onas después de aquella matanza,
como pesadas sombras volcadas sobre el pasto coirón.

FRANCISCO COLOANE.

I

Philippe Valois miraba por la ventana. A la orilla de la playa habían comenzado a surgir las fogatas de un pueblo del que nadie le advirtió. Nunca los vio de cerca. Trataba en lo posible de no acercárseles. Solo veía las pequeñas incandescencias a lo lejos. Pensaba que en cualquier momento los salvajes que las encendían lo atacarían. Las fogatas se acercarían cada vez más hasta convertir su propia casa en una hoguera gigante. Temía por la integridad de sus criados y de su esposa. Necesitaba averiguar sobre su origen.

Un día en que las lluvias y los vientos amainaron, decidió emprender un pequeño viaje hacia el continente. Tenía que avanzar a caballo hasta el estrecho que separaba a la isla y luego cruzar en una humilde embarcación. Una vez allí, siguió hasta el pueblo donde tenía la seguridad de que existía una iglesia comandada por jesuitas franceses. Cuando abrió la densa puerta de madera, vio al hermano François hincado bajo la cruz. Ambos se saludaron afectuosamente y, luego de presentarse, Philippe contó sus inquietudes al sacerdote. Le habló sobre las fogatas que se encendían a lo largo de toda la costa durante la noche. Le dijo que, aparte de él, había varios comerciantes más en la isla, también europeos, con las mismas inquietudes. Después de escucharlo atentamente, el hermano François contó, en su lengua materna, que una vez preguntó al jefe de una tribu yámana del norte de la isla cómo se llamaban los que encendían fogatas en la playa durante la noche. Entre las respuestas del indígena comprendió la palabra ona. Explicó al licenciado Valois que la isla llevaba el nombre de Tierra del Fuego por esas mismas fogatas que lo atormentaban. Le aclaró que eran un pueblo pacífico. De todas formas, el jesuita le dijo que nunca perdiera el cuidado: los salvajes son impredecibles, cualquier cosa podría alterarlos.

Philippe volvió a la isla más tranquilo. Observar las fogatas por la noche se volvió una rutina que lo inspiraba para escribir pequeñas crónicas artificiosas y algo líricas, alimentadas por el aburrimiento, el frío y el encierro. Sus negocios en la industria lobera estaban a punto de dar frutos. Pronto podría dejar gente trabajando ahí, para después volver a Europa y vivir una vejez ostentosa y libre de toda

preocupación. Le repetía esto casi todas las noches a su mujer, quien iba perdiendo los ánimos del mundo nuevo con cada semana que pasaba. Él le habló de Cristóbal Colón, Bonaparte y hasta de Marco Polo. Somos nosotros, le dijo, así deberían haberse sentido ellos pisando un continente desconocido. Pero mientras Philippe convencía a su mujer de lo maravillosa que era su situación, comenzaron a escuchar gritos a lo lejos. Ni siquiera el tempestuoso viento agitando los árboles o la madera crujiente de la casa enmudecieron lo que parecían, a todas luces, rituales salvajes.

Durante las semanas de bullicio, Philippe Valois no pudo pegar un ojo para dormir. A su esposa le aterraban los cánticos. Se paseaba de un lado a otro de la habitación hasta que su esposo le pedía por favor que volviera a la cama. Un día lo amenazó con irse de la isla si es que no hacía algo. Pero él no quería acercarse a los salvajes por nada del mundo. Discutieron durante varias noches, hasta que Philippe decidió ir de nuevo al continente para pedir ayuda al hermano François. Él, nuevamente, lo escuchó atento y con muy buena disposición. Quiso tranquilizar al comerciante con una propuesta. Le comentó que conocía a un antropólogo belga que vivía a dos pueblos de ahí. Insistió en que a él sin duda le interesaría el tema y que, si bien sería quizá imposible callarlos, por lo menos podría saber de qué se trataba todo ese alboroto. Valois no quedó muy satisfecho. Pensó en algo más efectivo, pero echarlos a escopetazos era un plan alternativo que no quiso hablar con el hermano François. Así que esa misma tarde, ambos fueron donde el antropólogo belga. Su nombre era Thomas. Vivía en una gran casa a la entrada del camino a las parcelas alemanas Dyman, unos kilómetros al noroeste. Apenas abrió la puerta, pudo notar que sus visitantes eran europeos. Los saludó con gran entusiasmo. Les sirvió mate y les dijo que llevaba años sin hablar francés. Con sus vecinos le bastaba el alemán y con los chilenos, que veía de vez en cuando, usaba el español, pero el francés nunca. Pasaron unos minutos conversando de los idiomas y el clima. Luego de eso, el hermano François comentó al antropólogo la inquietud que traía su amigo. Thomas escuchó todo lo que dijo el jesuita, luego miró a Valois y sonrió. Les explicó a sus invitados que ese ruidoso festejo se llamaba Hain, era básicamente un ritual de iniciación para los niños en pubertad y podía durar de tres a cinco meses. Los rituales nocturnos son esporádicos, lo más duradero es el entrenamiento en la cacería, sentenció. A Philippe no le cabía en la cabeza que los salvajes pudieran estar festejando por tanto tiempo. Los imaginó bailando sin cansarse alrededor de una fogata por días. Thomas siguió hablando sobre los pueblos australes y sus costumbres. Mencionó algunos nombres de tribus que al comerciante le parecieron asiáticos: kawéskar, yámanas, selknam. Hablaron sobre la capacidad que tenían

para soportar el frío. Me gustaría ver a los rusos con las mismas prendas que los selknam, dijo Thomas. Los tres rieron y continuaron conversando y bebiendo mate con vodka. Thomas les ofreció alojamiento a sus dos invitados. Ellos aceptaron. Antes de dormir, Philippe Valois miró por la ventana. No vio más que sauces y arrayanes. Pensó en las fogatas e imaginó los cánticos. El sacerdote y el antropólogo no pudieron darle ninguna solución. Se acostó esperando escuchar inconscientemente los aullidos arcanos en la lejanía, pero solo se oía el incesante golpeteo de las ramas chocando contra la ventana. Mientras se hundía de a poco en la penumbra total del sueño, pensó en la inutilidad que habían tenido sus dos viajes al continente y los encuentros con el cura y el antropólogo. Pensó en la cara que pondría Helena cuando lo viera llegar al fundo con las manos vacías. El sueño que lo iba poseyendo de a poco no pudo contrarrestar la frustración por no ser capaz de solucionar un problema que otros latifundistas hubieran resuelto de inmediato. Finalmente se quedó dormido imaginando que los golpes en la ventana eran escopetazos al cielo, y el sonido de las hojas movidas por el viento una multitud de indios corriendo aterrados por la playa.

Después de un agradable desayuno a base de queso de cabra y café, quisieron despedirse, pero el antropólogo dijo que lo esperaran, porque prepararía sus cosas e iría a la isla con Philippe. Quería aprovechar la oportunidad para investigar a los indígenas. El sacerdote pidió permiso al comerciante para acompañarlos en su expedición. Hasta ese momento, Philippe no había pensado en una expedición, pero Thomas logró entusiasmarlo de camino a la finca. Habló de la riqueza cultural y antropológica de aquellos pueblos, y de lo mucho que podría servir conocerlos, entenderlos y respetarlos en vez de atacarlos. Quizá en el futuro podrían explotar una gran fuente de conocimiento indígena desde su finca y los alrededores.

—¡Podemos hacer algo grande con esto sin caer en la violencia, señor Philippe! —exclamó Thomas con un breve fulgor en los ojos.

A pesar de lo que había pensado la noche anterior, Philippe les dio una oportunidad. En el fondo quería hacer todo lo posible para no desencadenar la barbarie dentro de la isla. Algo le decía que nunca podría vivir con ello.

Los tres hombres llegaron a la finca de Philippe. Helena los estaba esperando en el umbral de la puerta de la casona. Philippe presentó a los invitados y su esposa los saludó muy cordialmente, luego miró a su marido con un gesto reprobatorio y lo invitó secamente a la habitación. Philippe se disculpó con los dos hombres y siguió a su esposa. Apenas se hubo cerrado la puerta tras él, ella exclamó con los labios muy fruncidos: “Philippe, no pude dormir en toda la noche”. Luego agregó que la madrugada anterior los indios habían estado más

ruidosos que antes, que era necesario tomar cartas en el asunto de inmediato si es que no quería que ella se devolviera sola en barco a París. Él supuso que era un reproche por su ausencia. Sus celos le causaban ternura. La tomó en sus piernas y le prometió que sería cuestión de semanas, había traído a un antropólogo y un jesuita para salir en una expedición y corretear a los indios de alguna manera.

—Por el pensamiento o la violencia, dice el escudo de Chile, ¿no? —argumentó Philippe.

—Creo que es por la razón o la violencia, algo así.

—Bueno, si François y Thomas no pueden hacer nada, los salvajes se las verán conmigo.

—Así debió haber sido desde el principio, Philippe.

—¡Pero, mujer, por Dios!

Thomas lideró la expedición. Los tres europeos iban seguidos por una cuadrilla de criados chilenos que trabajaban en la finca de Philippe. Thomas y François estaban extasiados. Conversaban tranquilos, pero Philippe se mantenía en silencio. Temblaba por una mezcla de frío y nervios. Caminaba por la playa moviendo la arena con sus zapatos italianos, mientras apretaba con la mano derecha un reloj de bolsillo. Pensó que los indígenas podrían entusiasmarse con él y robárselo. Se quitó las gafas siguiendo la misma lógica, pero se le cayeron al momento de guardarlas en su estuche. Al recogerlas, escuchó conversaciones a su lado, como si la brisa que corría a la altura del mar se las hubiera traído. Eran tres hombres sentados alrededor de una fogata. La escasa luz del sol filtrada por las nubes hacía parecer invisible el fuego. Solo se veían las turbulencias del calor distorsionando el aire y a los tres jóvenes indígenas agachados a su alrededor. Frotaban sus brazos y su pecho con tinta blanca y roja. A Philippe le pareció que se estaban preparando para una batalla. Sintió miedo. Tocó el hombro de Thomas y le indicó su descubrimiento. Thomas, sonriendo, dio indicaciones a todos y dijo que lo dejaran hablar a él. Comenzaron a acercarse. Cuando ya estaban a unos diez metros de distancia, el más alto de los hombres se incorporó y se adelantó hacia los inmigrantes. Thomas se mostró muy humilde y trató de comunicarse a través de gestos y palabras extrañas. Él podía hacerse entender en el lenguaje de los yámanas y los kawéskar pero, al parecer, los onas hablaban de una manera distinta. Sin embargo, después de una pequeña conversación en base a sonidos parecidos al viento y las olas, Thomas se dirigió hacia François, Philippe y los demás para decirles que el joven selknam llamado Taiyín, los había invitado a que conocieran al resto del clan. Los llevó por una senda llena de arena, conchas y hierba, hasta donde estaban las casuchas reunidas en un semicírculo. El paisaje de la playa iba siendo invadido por el bosque o viceversa. Mientras más seguían la senda de su

anfitrión, más arbustos y árboles aparecían. Por una de las casuchas se asomaron pequeños rostros pintados con líneas y puntillos que cuchicheaban y reían. Eran las mujeres del clan. Thomas les advirtió a todos que no miraran demasiado a las mujeres, aunque ellas los examinaran de pies a cabeza. Los chilenos se veían los zapatos y de vez en cuando devolvían las miradas a las muchachas. Ellas se reían y Philippe reprendía a sus criados, quienes en seguida volvían a bajar la cabeza. Taiyín volvió después de cinco minutos. Esta vez lo acompañaba su padre, Kenyú, un hombre más grande que él y más grande que todos los de la expedición. Su semblante no expresaba tanta amabilidad como el de Taiyín. Llevaba cuero de guanaco atado a las piernas y la espalda. El torso y los brazos los tenía desnudos y lampiños. Ya había lidiado otras veces con extranjeros. Al primero que miró fue a François. Reconoció que era un jesuita. Hace un par de semanas, un grupo de jesuitas había ido a la isla y se habían llevado a tres jóvenes del clan vecino. No se los habían llevado a la fuerza. Les habían hablado y con eso los embrujaron, explicó Kenyú a Thomas. Él le dijo que no planeaba llevarse a nadie, sino que quería conocer el origen de los cánticos. Le bastó decir una vez la palabra Hain para que Kenyú entendiera todo lo que el antropólogo quería. Al final, el jefe de la tribu invitó a Thomas para que se quedara a ver los ritos que tendrían lugar durante la noche. Él estaba encantado. Le pidió un momento a Kenyú para explicárselo al resto del grupo. Philippe estaba sorprendido de la habilidad que tenía Thomas para socializar con los indígenas. Pensó que la decisión de Thomas era peligrosa. Sin que nadie lo haya invitado, dijo que él no participaría. Se despidió de sus invitados continentales y se devolvió junto a sus criados. Todavía apretaba firmemente el reloj. François quiso quedarse con Thomas, quien no creyó que hubiera problema, pero debía tener cuidado, porque al parecer los religiosos no eran muy bienvenidos en ese clan, según lo que había percibido Philipe.

De vuelta a la finca, Philippe preguntó a los chilenos si los había tranquilizado la expedición. Ellos respondieron que sí, pero José, el más joven de los criados, agregó que de todas formas harían ruido en las noches.

—Por lo menos ya sabemos que es solo ruido, amigo mío —respondió Philippe.

—No crea nada usted don Philippe, mire que ayer mismito nosotros contamos veintidós ovejas nomás. Parece que estos indios se robaron tres.

—¿Están seguros?

—Cruz pal cielo, jefe —concluyó José besándose el índice y el pulgar de la mano derecha juntos, para luego apuntar a las nubes.

Philippe llegó a su casa. Estaba algo preocupado por lo que diría

Helena. Ella leía el libro que le había enviado su hermano la semana pasada. Hundida totalmente en Salambó, no escuchó llegar a su marido. El licenciado se sirvió una copa de bourbon y se quedó meditando. Recordó la tez morena y la altura de Kenyú, los rostros de las muchachas escondidas, la pintura en la piel. Eran completamente hermosos. Su arcaísmo los dotaba de cierto halo primigenio. Apenas cinco grados y el pecho descubierto. Él no hubiese podido quitarse ni el abrigo. En el fondo sí quería quedarse a conocer los rituales de la noche y gran parte de su negación se debió a las posibles recriminaciones de su esposa. No debía desviar sus pensamientos de las negociaciones y las próximas contrataciones de chilenos. La construcción de la fábrica procesadora de grasa de lobo estaba casi lista. Necesitaba hombres, necesitaba concentrarse y vaciar ese vaso. Helena pasó con una taza de té sobre un platillo de porcelana. Preguntó sobre los indios queriendo mostrarse despreocupada. Philippe respondió, le dijo que se quedara tranquila, que los indígenas nunca le harían daño. Ella respondió con ironía y sin mirarlo a los ojos, como si lo único que le importara fuera dejar la taza de té vacía en la mesita de la cocina: —Quizá a nosotros no, pero a nuestras ovejas sí.

Después de escuchar eso, Philippe se levantó ofuscado y dejó el vaso a un lado. Caminó furioso hasta la granja. Preguntó a José, quien guardó disimuladamente una garrafa de vino detrás del establo, si de verdad creía que habían sido los indígenas quienes habían robado.

—Si no fueron los indios, fueron los cuatreros, pero de ayer a hoy día, tres ovejas menos. Pero, mi patrón, por lo que yo sé, acá no andan cuatreros.

Philippe no sabía si creer o no a José sobre las ovejas. Era un criollo borracho y sangrón. Decían que tenía sangre yámana, pero se crio como chileno de tomo y lomo. Quizá él mismo las había robado.

Al mismo tiempo que aparecían las estrellas, aparecían las fogatas en la playa. El mar y el cielo se confundían en una sola noche, como un espejo cóncavo. La botella de bourbon se iba llenando de aire, mientras que los ojos de Philippe se deshidrataban por estar tan fijos en el horizonte. Aguzó el oído y murmuró ahí están, cuando los gritos y los cantos se apoderaron de la isla. El viento los llevó hasta Philippe haciendo crujir su casa y su corazón. Llegó primero el viento, luego el entusiasmo y después la envidia. Quería estar con ellos, desnudo, su espalda envuelta en piel de guanaco y el pecho caliente por la madera quemándose. Imaginaba todo lo que habían visto Thomas y François. Estuvo más de dos horas sentado al lado de la ventana. La crónica que escribió esa tarde tuvo tres páginas de extensión. La redactó escuchando el leve murmullo de los onas en la lejanía y los susurros de su esposa dormitando. Las velas no tardarían en consumirse. Miró

de reojo el cuarto de Helena. Ella estaba de costado con ambas manos bajo la almohada. Las gruesas sábanas de piel la mantendrían caliente toda la noche. El libro de Flaubert estaba cerrado con el marca páginas en el comienzo de la guerra en Cártago. Phillippe cerró la crónica con la sentencia: “Je vais aller voir”.

El sonido de la puerta cerrándose tras de sí, le hizo recordar lo infinitamente solo que se encontraba. Fuera de casa, lejos de la tibia carne de su esposa, a miles de kilómetros de la patria y su familia. Nada más que un revólver en el bolsillo interior de su chaqueta lo tranquilizaba. Al salir, el viento hizo que se le apretara junto al pecho. Sentía, a pesar de la humedad que traía la neblina, ciertos extraños hilos de calor rozando sus mejillas. A medida que Philippe avanzaba, los pequeños rayos cálidos que cortaban el hielo del aire se hacían cada vez más frecuentes e intensos. El revólver se contraía más contra su cuerpo y las sombras de los indígenas comenzaban a hacerse visibles y reales. Primero como líneas amorfas estiradas por el brillo del fogón, luego como furtivas y pequeñas bestias con arcos colgados a la espalda. Trató de seguir un camino paralelo al que había recorrido en la mañana junto a Thomas y François. Su intención era que no lo descubrieran. La curiosidad y el orgullo movían sus piernas. Además quería confirmar si de verdad eran los indios quienes robaban sus ovejas. Pensaba que eso le ayudaría a mejorar el ánimo de su señora y por ende el suyo.

Las olas, el viento frío, la memoria y el fogón más allá. No recordaba otro momento en que se sintiera más vivo. La embriaguez le hacía sonreír como estúpido mientras se escondía torpemente entre densos arbustos crecidos a treinta metros del fogón. Trató de concentrarse en las conversaciones y los cantos de las mujeres. Desde esa distancia, casi podía distinguir sus cuerpos pintados, pero no con la suficiente nitidez. Decidió acercarse más. Se movía encorvado, sigiloso y con el revólver enterrado en el pecho. Avanzó hasta quince metros del clan. Pudo reconocer al gran Kenyú y a su hijo Taiyín. Estaban sentados en un círculo; al medio ardía el fogón y frente a él hablaba un anciano. El mar se agitaba tanto esa noche que Philippe no había alcanzado a notar que hace algunos minutos no se oían cantos ni voces distintas a la del anciano. Las olas hacían su propio ritual.

El anciano movía sus brazos hacia el cielo, miraba al resto del clan a los ojos mientras parecía contar una historia u organizar una revolución. Nada podía inferir Philippe de las palabras del viejo. Se dedicó a ponerle atención a sus gestos y a los rostros de los demás. Quienes lo escuchaban eran en su mayoría niños de entre diez y catorce años. Llevaban líneas blancas y rojas dibujadas en el cuerpo cayendo de manera vertical. Entre ellas corría una seguidilla de puntos. El viejo tenía la cara arrugada, la espalda cubierta con piel de

guanaco y se afirmaba con un bastón de hueso. A veces lo levantaba y otras veces golpeaba juguetonamente las cabezas de los niños. Ellos se reían, y los adultos que los acompañaban también. Hombres grandes, que Philippe supuso que eran sus padres, estaban parados detrás de ellos. Sujetaban sus hombros con fuerza y orgullo. Las mujeres estaban en un grupo aparte. Cuchicheaban y se reían con el resto. A veces el anciano también las apuntaba con su bastón de hueso. Philippe sacó de su bota una pequeña botella de bourbon. La había llenado antes de salir. Ya casi no sentía frío. Estaba a punto de ir a sentarse con los indígenas, con Thomas y François, al lado de Taiyín y Kenyú. Pensó que los obligarían a desnudarse y a pintarse como ellos para participar, pero no fue necesario. Lo único distinto que notó en ellos desde que los había visto en la mañana, era que llevaban puesta una capa de piel de guanaco a la espalda. Indios solidarios, se dijo, y tragó un poco más de licor antes de marcharse. De vuelta a casa, siguió el mismo camino que había tomado. Ya podía visitar a los indígenas como si fuera un grupo de vecinos, pensó. Desde esa noche se dedicaría solo a su fábrica procesadora de grasa de lobos marinos. Pensó en que sería una pérdida de tiempo molestarlos. Ellos tenían sus costumbres y era correcto respetarlas. Lo de las ovejas no era nada. Ellos necesitaban cazar, quizá las tomaron. Reforzaría la guardia nocturna y pondría puntas de madera para que nadie robara. Además estaba convencido de que el ladrón había sido José. Ya le habían advertido de la sagacidad e ingenio que tenían los chilenos para mentir.

Desde el fogón surgió un clamor tan grande como el de las demás noches, gritos de hombres y mujeres acompañados por una multitud de pisadas quebrando la hierba. Los niños que estaban sentados alrededor del fuego, habían salido a la cacería de los demonios. Sabían que no debían dispararles al cuerpo, sino que ahuyentarlos con gritos y flechazos a la tierra. Los llamaban Shoort, eran lacayos de la cruel diosa Xalpén, reina de las tinieblas. Ahuyentar a los Shoort era gran parte del Hain. Esa noche, el grupo de niños pertenecientes al clan de Kenyú, debía sumergirse en la oscuridad de la playa y los árboles en busca de los demonios. Los niños se movían sigilosamente por la yerba. Sus alientos subían como ángeles de vapor y se disolvían junto al viento. Se tensaban los músculos recién desarrollados. Debían disparar sus flechas como les habían enseñado sus mayores. Cada sombra que se creaba bajo el brillo de Kreen, la luna, los hacía temblar de miedo; un susurro, el paso furtivo de un animal o el fugaz impulso de un pájaro sobre una rama, luego la figura inconfundible del Shoort.

Philippe iba con la botella colgando entre los dedos y la sonrisa en la boca. Ideaba la forma de meterse a la casa sin que Helena se diera

cuenta. Absorto en esos pensamientos, el avistamiento de una sombra lo dejó aturdido. La borrachera se esfumó. La sombra estaba escondida en un solitario arbusto de la playa y corrió hasta sumergirse en el mismo robledal donde se encontraba Philippe. Él logró identificar la figura de un hombre, pero con dos protuberancias que salían de su cabeza, como si fueran los cuernos del toro español más recio. Tenía el cuerpo pintado con líneas gruesas y paralelas cruzándolo como anillos. Se movía como un gracioso arlequín bajo la luz de la luna. Esa era la primera noche de Hain.

Al otro lado del bosque, un pequeño y delgado adolescente selknam, llamado Koux, creyó ver la sombra de un demonio. Corrió tanto que no alcanzó a darse cuenta de que se iba quedando solo. Se escondió en unos arbustos. Frente a él nacía un páramo que terminaba al norte de la isla, junto a los terrenos europeos. Las piernas le temblaban. No tenía idea de cómo devolverse al fogón que se había convertido en cenizas para comenzar la cacería en la oscuridad. Se puso a llorar silenciosamente en medio de la nada. En cualquier momento podía aparecer un Shoort y entregarlo a Xalpén. Sus compañeros decían que ella se lo traga a uno entero y que luego escupe los huesos. Estaba pensando en eso cuando pasó cerca de él la grotesca figura de algo que parecía un hombre o un guanaco herido. Iba encorvado y lanzando maldiciones en un idioma desconocido. La luz de la luna distorsionó aún más la forma del extraño ser. Koux decidió dejarlo pasar. Cuando estuvo a unos dos metros del arbusto donde él se escondía, el demonio sacó un objeto transparente, se lo llevó a los labios y comenzó a beber. Koux no soportó el pánico que le provocaba esa figura antropomorfa e hinchada. La flecha que lanzó desde los arbustos fue disparada con tanta fuerza que hizo explotar la botella. La oreja derecha de Philippe quedó colgando destrozada; su mano derecha tenía heridas profundas que al mismo tiempo ardían por el licor que cayó en ellas. Antes de correr, desabrochó sus chaquetas y sacó el revólver. Disparó tres veces al cielo. Las explosiones llenaron de luz y ruido toda la isla. Philippe era nuevamente preso del horror. Escuchó los pasos del indígena como el aleteo de una paloma encerrada. Llegó a la finca hecho un manojo de tierra, sudor, sangre y alcohol. Tenía el pecho descubierto por sus chaquetas desabrochadas. Llevaba el revólver en una mano. Olía a pólvora y bourbon. Helena abrió la puerta y gritó con auténtico pavor. Se quedaron mudas las olas y los cantos. No había nada más que sangre frente a ella; una isla entera hecha de sangre.

El jesuita y el antropólogo conocían el origen de aquellas explosiones. Intuyeron que las había provocado Philippe y su gente, pero aturdidos se preguntaban por qué. Discutieron unos minutos respecto a lo ocurrido. Las miradas de los indígenas parecían hundirles

dagas invisibles en todo el cuerpo. El anciano decía algo al oído de Kenyú. Los demás examinaban al par de europeos, quienes no paraban de hacer gestos con las manos; darles explicaciones, decirles que estaban de su lado. Nada importó mucho. Thomas lo comprendió antes que el jesuita. Cuando Kenyú puso un cuchillo de hueso en la garganta de François, les hizo un gesto a ambos para que se levantaran y se fueran. Una lenta y espesa gota de sangre cayó por el cuello del jesuita. Thomas se llevó las manos a la cabeza. Ambos se dirigieron de inmediato a la finca de Philippe. Durante el camino, François lloró y rezó mientras se tocaba el cuello. Bajo la luz de la luna, el rojo de la sangre, se veía negro entre sus dedos.

Avanzaron en silencio pensando en lo que le dirían a Philippe cuando llegaran a su casa. Mientras se acercaban, pudieron observar a una multitud de criados que estaba afuera de la puerta de entrada. Se abrieron paso entre el gentío y tocaron la puerta. Helena los recibió. Estaba pálida, con los ojos llorosos y la barbilla temblando. Les contó lo ocurrido. El jesuita y el antropólogo no se lo esperaban. Helena los llevó donde Philippe. Estaba en la habitación del fondo sentado sobre una silla y recibiendo curaciones por parte de una criada. Cuando los dos hombres se asomaron por la puerta, los ojos de Philippe se encendieron. Apartó a la criada y se levantó de la silla para mostrar sus heridas a los visitantes mientras los recriminaba por tratar de acercarse a esos indios, que en ese momento trató de bestias y trogloditas.

—Son personas, como tú y tu mujer

—¡Son indios, Thomas! ¡Son animales!

—Por Dios, Philippe, los indígenas estaban enseñando cacería a sus hijos. ¿Qué hacías tú escondido entre los árboles?

—No estaba escondido entre los árboles, estaba afuera de mi casa. Lejos de esas bestias. Me sentí algo mareado y salí a tomar aire. ¿No puedo salir unos pasos afuera de mi casa porque voy a molestar a los indios? No, Thomas, no, François, son ellos o soy yo. Mañana mandaré a exterminar a esas lacras. ¡No puedo arriesgar mi negocio a los caprichos de los onas!

—¿Fuiste a buscarnos?

—¡Que no estaba cerca de ellos, hijo de puta!

—¡Puta tu madre, comerciante de mierda! ¡Vimos de dónde salieron los destellos! ¡Estabas escondido en el robledal!

—¡Cálmense, par de bestias! Que el señor te perdone, Philippe, si asesinaste a uno de esos niños.

—Disparé al aire, para tu información. No maté a nadie, pero si ese indio cobarde me hubiese pillado de frente y con luz, no dudaría en matarlo una y mil veces. ¡En matar a toda su especie de mierda!

¡Niños y viejos! ¡Ahora váyanse de mi casa si no quieren llenarse de plomo aquí mismo!

—Que Dios te bendiga, Phillippe…

—¡Que Dios bendiga mi revólver, François! ¡Que Dios bendiga mi revólver y mi escopeta!

Thomas cerró la puerta y escupió la entrada de la casa de Philippe. "Es una maldición huilliche", le comentó a François. Ambos caminaron hacia la costa. Cuando ya amanecía, le pagaron a un pescador para que los cruzara hasta el continente. François rezaba por la vida de los onas y Thomas observaba cómo lentamente se alejaba de la isla.

Philippe dejó de mirar la ventana por las noches. Las fogatas perdieron todo su misticismo. Comenzó a emplear el lema que utilizaban los buscadores de oro de la zona: civilización o muerte. El silencio se apoderó de sus pensamientos. El disparo lo hizo concentrarse, borrar todo el embeleso adquirido por la belleza de los onas. Recordaba con terror al demonio que llevaba puestos los cachos planos. Mientras Helena curaba sus heridas, él se abstraía en recuerdos confusos donde la noche, el dolor y la luz de las explosiones se combinaban. Para Philippe, desde ese momento, el único método para combatir el pavor, fue el odio. Odio infinito por destruir lo que en su mente había construido: el respeto y la satisfacción de encontrarse rodeado de salvajes amigables como Taiyín y Kenyú. Se preguntó por la flecha. De pronto sintió ganas de buscarla, tantear su sangre seca con los dedos para comprobar que, por un momento, fue parte de algo eterno. Ahora cada rincón de la isla estaba chorreando esa sangre que manó desde su oreja. Los cantos atraían lluvias de sangre, las ballenas estaban envenenadas, los bailes eran ofrendas al dios de la muerte, el fuego era la bola de cristal donde él, Phillippe Valois, adivinaba el futuro de la isla a través de su rencor: fuego, dolor y olvido.

Días después, Philippe comenzó a organizar juntas con otros comerciantes de la isla. Su finca se llenó de loberos, balleneros y mineros auríferos. Rumanos, belgas, franceses, ingleses, italianos, argentinos y chilenos aristócratas. En las reuniones, todos ideaban nuevas formas para deshacerse de los indios. Julius Popper era siempre el invitado de honor. Su fama recorría la isla por ser el más exitoso explotador aurífero de la zona, y uno de los más grandes cazadores de indígenas. En una ocasión, contó la historia de cómo había acabado con un clan completo de onas en menos de una hora. En total fueron veintiocho. Junto a sus hombres sacaron algunas fotografías para regalárselas después al presidente de Argentina. Primero se acercaron silenciosamente a una de las carpas donde se reunían los indios, era muy temprano en la mañana, todos dormían

cuando botaron la carpa a patadas y balazos, solo alcanzó a huir uno de ellos.

Todos aplaudieron cuando Julius terminó de contar la historia. Luego Philippe contó la suya. Mostró sus manos y su oreja heridas. Era el único hombre herido por los onas hasta la fecha. Algunos de sus invitados se exacerbaron. Comentaron entre ellos que la matanza de esos salvajes era algo urgente. Durante los meses siguientes, los comerciantes europeos inventaron nuevas y muy diversas formas de asesinar indígenas. La idea de Alexander McLennan fue una de las más creativas. Hace mucho tiempo que sus estancias mineras habían sido hostigadas por clanes vecinos. Junto a algunos jesuitas, decidió sellar un pacto de paz con los onas. Invitó a todo el clan a festejar un banquete. Mientras cenaban, el europeo les enseñó a los indígenas cómo se brindaba. Con tono gentil y gracioso, Alexander hizo llenar las copas de sus invitados, luego les hizo levantar el brazo hacia adelante y gritar "Cheers!" antes de beber el contenido de la copa. Los onas repitieron el brindis unas diez a quince veces. Ellos creían que sería una falta de respeto no hacerlo cada vez que su anfitrión lo hiciera. Al quinto brindis, los más jóvenes comenzaron a caer al suelo y a reír, luego los hombres adultos y algunas mujeres. De un momento a otro, los selknam del clan del este estuvieron completamente vencidos por el vino. Alexander hizo un gesto con la mano a uno de sus criados. Después salió sigilosamente de la carpa de tela roja que había armado para el banquete, y dio las órdenes correspondientes para que prendieran fuego a sus invitados. Aproximadamente cien indígenas murieron carbonizados esa noche. Algunas copas de vino quedaron entre los dedos negros de quienes las sostenían. Poco a poco, las industrias comenzaron a tomar terreno a lo largo de toda la Isla Grande de Tierra del Fuego. Se acuñaron monedas y estampillas con el sello de Julius Popper. A veces Philippe balanceaba una moneda entre sus dedos y, sin quererlo, miraba por la ventana. Helena sonreía todo el tiempo. Ese día estaba arreglando las maletas para embarcarse en un viaje que los llevaría a Buenos Aires y luego, después de algunas escalas, de nuevo a Francia junto a sus familiares y amigos. La fábrica de Philippe estaba lista. La grasa de lobo estaba en su auge máximo. Solo le bastaría realizar uno o dos viajes por año para corroborar que todo siguiera funcionando. Los papeleos bancarios los podía hacer desde su país. Había logrado por fin su objetivo. Su esposa le decía que le había costado solo la mitad de una oreja. Philippe estaba seguro de que ella repetiría esa broma a todos. A veces pensaba en ir a visitar a Thomas y a François para pedirles disculpas por su comportamiento, pero la vergüenza no lo dejaba. Quizá era mejor dejar las cosas como estaban. De todas formas, los cantos ya no se escucharían más.

La nostalgia lo hizo mirar una vez más hacia la costa. El brillo de la luna era tan intenso que se repetía con fulgor en la espuma blanca de las olas. Ya nada más brillaba en la arena. Solo se veía la sombra del robledal a lo lejos. Recordó estar escondido como un niño mientras oía las palabras del anciano. También recordó al ser de los cuernos planos que lo atemorizó, luego la flecha, la sangre y el dolor. Esa misma noche Philippe soñó con el demonio. Despertó agitado y sediento. Sudaba como si hubiese corrido a lo largo de toda la isla. En su sueño huía. El demonio corría y saltaba tras de él. Repetía palabras en el lenguaje de los vientos. Durante todo lo que duraba el sueño, él podía entender lo que el demonio decía, pero cuando despertaba, no podía hilar ningún pensamiento tras el horror. El sueño comenzó a repetirse con más frecuencia. Hubo semanas enteras en que tenía el mismo sueño, pero con algunas variaciones. En algunas, el demonio le disparaba una flecha en la cara, en otras lo veía de lejos, caminando entre las piernas de la torre Eiffel, o escondido bajo algún puente de la calle Marselles. Hubo una vez en que despertó gritando, pues el demonio había entrado a la habitación de Helena bailando. Él no podía avanzar, solo veía cómo el demonio se introducía en la habitación de su esposa. Luego sintió los gritos de ella y despertó, pero cuando despertó, el demonio estaba a su lado, mirándolo y acercándose. Fue un sueño doble. A veces llegaba a tener sueños triples. Soñaba, despertaba en un sueño, despertaba en otro, y luego volvía a la realidad por fin. Tenía que tocarse los brazos y la cara para estar seguro de que era real. Lo único que tenían en común todos sus sueños intercalados, era que en todos estaba el demonio de los cuernos planos y las líneas como anillos cruzándole el cuerpo. No pasó mucho tiempo cuando comenzó a adelgazar, a perder el apetito y a descuidar sus negocios. Helena estaba preocupada. Los chinos habían comenzado a manufacturar grasa sintética y la grasa de lobo estaba vendiéndose cada vez menos. Se iban sumiendo lentamente en la pobreza.

Meses después, los policías franceses bromearon con la vestimenta que llevaba Philippe cuando lo encontraron. Asumieron que era un loco o un travesti perturbado. Solo Helena pudo explicarlo entre llantos y gritos. Phillippe le había contado sobre el demonio de sus sueños. Lo había descrito y ella lo reconoció. Ahora sus pies giraban sobre el suelo haciendo un semicírculo, luego un cuarto de círculo y luego se movían como un par de campanas abandonadas. La pintura roja era su sangre, la pintura blanca era su piel y los cuernos un paraguas torpemente atado a la cabeza.

II

Fernando Curimán era un joven estudiante del pequeño pueblo de Variloque. Su padre le había permitido estudiar, en lugar de trabajar, después de muchas súplicas y discusiones. Cuando Fernando al fin pudo ir a la escuela, no se entretuvo jugando a la pelota con sus compañeros en recreo, ni enviando notas o conversando con las niñas de su edad. Se dedicó a leer y a escudriñar los infinitos mundos que se le presentaban en la biblioteca. Había leído El último grumete de la Baquedano en dos días. Disfrutó tanto la prosa de Coloane, que se dedicó a buscar todo lo que él hubiera escrito. Su obra favorita fue el cuento: "Tierra del Fuego", que estaba ambientado en la extraña y remota isla del mismo nombre. Con el relato descubrió que allá existía una comunidad austral llamativa, salvaje y saqueada. Decidió investigar más acerca de ellos. Así fue como llegó a los libros de antropología que hacían referencia a los selknam. Pasó muchas horas leyendo el gran libro escrito por el sacerdote jesuita, Martín Gusinde. La cosmogonía y los mitos que encontró, le hicieron sentir aún más encanto y emoción por la comunidad. Lamentablemente, el encanto se transformó en vacío y tristeza, cuando descubrió la historia de su extinción.

Corría el año ochenta y cuatro. Con apenas dieciséis años había vivido prácticamente toda su infancia en una dictadura confusa. El golpe militar del 73 había sido, para él y su familia, un estruendo en la lejanía que no tardó en alcanzar su pequeño pueblo. Su padre tiró un par de libros al tranque del patio, era lo único que recordaba, o que se imaginaba por las historias que escuchó alguna vez. Sin embargo, todos aquellos cambios y procesos del país, no fueron para él más que una mosca revoloteando en sus lecturas y en sus investigaciones sobre los selknam.

El carácter de su padre, quien había pasado de ser un sindicalista radiante a un borracho violento, junto con la triste parsimonia de su madre, produjo en Fernando la necesidad de un asilo. Las golpizas eran cada vez más aterradoras. Trataba de quedarse hasta tarde en la biblioteca del colegio para llegar a casa cuando su padre ya estuviera dormido. Durante esas largas jornadas en la biblioteca, leyó todo lo

que encontró sobre esa extraña comunidad que describía Coloane tan sutilmente. Sus disfraces, sus rituales, sus dioses y todo lo que hacía referencia a ellos le parecía proveniente de otra realidad. Dentro de la obra Los indios de Tierra del Fuego de Martín Gusinde había hombres y mujeres fotografiados en blanco y negro. Los indios tenían sus cuerpos pintados de distintas formas. Cada una representaba a un demonio distinto o a una posición determinada en la jerarquía de los rituales. La pintura roja, que en la fotografía se veía negra, cruzaba sus cuerpos como anillos transversales o líneas verticales. También llevaban cascos en la cabeza que los hacían parecer distintos a cualquier imagen preconcebida de un indígena. Fernando pensaba que eran seres de otro mundo, o imitaciones de seres de otro mundo, pero magníficos; de una belleza magnética que lo jalaba hacia ellos. Su corazón se contrajo en espasmos de tristeza y deseo. Tan fuerte fue el llamado de esas lejanas tierras, que Fernando decidió dejarlo todo atrás y emprender un viaje hacia Tierra del Fuego. Asumía todos sus riesgos con valor y orgullo, como lanzándose al vacío.

En la misma húmeda biblioteca, Fernando comenzó a estudiar geografía. Descubrió que la única forma posible de llegar a su destino era en barco. Recién cuando abrió un mapa de Chile pudo notar la lejanía de su tierra con el resto del mundo. Su pueblo era tan pequeño que no aparecía en ninguno de los mapas, pero sí reconoció Valdivia, que estaba un poco más al sur.

El veintidós de diciembre, de ese mismo año ochenta y cuatro, Fernando sacó un gran pedazo de tortilla que su madre había dejado en la mesa, unos libros que robó de la biblioteca y yerba mate. Luego partió hacia el puerto. Su plan era ser llevado en barco hasta Tierra del Fuego. Las horas del día se estiraron más desde ese momento. Su bufanda no alcanzaba para cubrir el espacio que había entre la mitad de sus mejillas y los ojos. Ese espacio se volvía de hielo. Mientras caminaba al lado de la ruta central, la neblina lo rodeaba por completo. Cerca del mediodía pasó un hombre con una carreta tirada por dos burros. Ofreció llevarlo y Fernando aceptó. El hombre no habló durante todo el viaje. Llevaba una chupalla y una bufanda que filtraba el aliento que salía de su boca y lo convertía en vapor. Cuando llegaron, Fernando bajó de la carreta y se despidió muy agradecido. El hombre siguió por la ruta del puerto sin decir nada, se fundió con la neblina y los demás carretoneros.

Fernando comenzó a caminar sobre los ruidosos muelles de madera. En la punta del tercero por el que caminó, logró encontrar su primera oportunidad: la escotilla abierta de un barco ballenero. Cerca de la proa, letras blancas y brillantes anunciaban: CIA. BALLENERA “JULIUS POPPER”. TIERRA DEL FUEGO. Fernando estaba consciente de que ya no había vuelta atrás. Miró hacia ambos lados, caminó tres

pasos para darse impulso, corrió, saltó y agarró el marco de las ventanas con ocho dedos, luego con el antebrazo, con los hombros, después el pecho, y entonces el cuerpo entero subió con un fugaz estruendo. Cayó en la habitación de unos tripulantes. Miró hacia todos lados asustado. El aire era mucho más espeso que el de afuera. El único testigo de su acción fue una solitaria machucadora de jaibas que estaba al otro lado del muelle. Fernando puso un dedo sobre sus labios. La mujer sonrió y bajó la mirada hacia la carne blanca y jugosa que se escurría entre sus dedos.

Frente a él había una puerta de metal y a su izquierda un camarote con las frazadas revueltas. Aún se podía sentir el olor de los hombres que dormían ahí. Caminó dos pasos, llegó al umbral de la puerta de metal y miró hacia afuera sigilosamente. Un pasillo se extendía hacia ambos lados. Parecía estar en el lugar donde se encontraban las habitaciones del personal. Sentía ganas de salir a explorar el barco, pero pensaba que podrían descubrirlo. Por otro lado, quienes dormían en la habitación donde se encontraba, podían volver en cualquier momento. Aprovechó la ausencia de personal para robar cualquier cosa que le pudiera servir en su viaje. Después de revisar tres habitaciones, logró recolectar un cortaplumas, dos panes con queso de cabra (quizá un desayuno rechazado por una resaca o el mareo), una botella de aguardiente, un par de botas y una chaqueta que en su bolsillo tenía ocho cigarros franceses. Contaba con suficiente comida como para aguantar uno o dos días. Faltaba un refugio. Después de estar media hora totalmente solo en el barco, pensó en la posibilidad de que lo hubieran encallado ahí por varios días, o semanas. Luego refutó esa idea, pues las habitaciones aún tenían cosas que parecían haber sido utilizadas esa misma mañana. Finalmente imaginó que los pescadores habían salido a negociar y que volverían durante la noche o la mañana. Y así fue. Fernando dormía cuando sintió los pasos y las voces. Despertó al escuchar los gritos roncos del capitán. Se oían cadenas y ruidos metálicos. La estructura desplazaba grandes masas de agua que chocaban con los pequeños rompeolas del muelle. El corazón de Fernando se aceleró. El olor del café y las groserías en francés lo hicieron sentir en el lugar más lejano del mundo. Quiso llorar. Soltó una sola lágrima que se deslizó arrastrando todos los rescoldos de su infancia. Sentía cómo el valor endurecía sus músculos. El idioma desconocido de los tripulantes le recordaba lo lejos que se encontraba de casa. No escucharía caer las gotas de lluvia sobre los techos de zinc en la mañana, ni sentiría el olor a leche caliente y tortilla con miel, como tampoco chapotearía en las pozas de camino al colegio. Solo por momentos, cuando la humedad y la fiebre lo asediaban, pensaba en sus amigos. Al principio, lo más importante era volver de su aventura para después contarla en el patio de la escuela, pero ahora no quería

volver nunca más a la escuela. Sus amigos eran tan pocos y tan desconfiados, que nunca le creerían. Era un viaje exclusivamente suyo. Comenzaba a trazar los inocentes planos de su vida futura. La única divisa era jamás volver. Jamás volver a sentir los correazos de su padre durante la noche, las palizas magníficas, los labios ensangrentados, el zumbido en las orejas que le quedaba antes de dormir producto de los puñetazos. Bebió un trago de aguardiente para sellar la promesa. El calor que subía desde su estómago hasta su boca lo hacían sentir como un hombre de verdad.

Fernando estaba escondido entre el suelo y la sala de máquinas. Había tuberías ardientes a centímetros suyo. Lo mantenían caliente, pero varias veces lo quemaron. Hubo una ocasión en que el barco se movió demasiado, tanto que llevó su cara directo hacia las tuberías. Un pedacito de mejilla se le despegó del rostro. El dolor hizo más larga su percepción del tiempo. Creía que ya había pasado un día, cuando solo fue un par horas. No podía guiarse por la oscuridad o la luz que entraba por la orilla de su escondite. Entendió que existían turnos rotativos. Cuando algunos marineros dormían, otros trabajaban, y así siempre. Arriba suyo las pisadas hacían sonar la escotilla de metal. Tenía las piernas acalambradas. No podía moverse mucho debido al espacio reducido y las cañerías ardientes. Se lamentó por no haber escogido un escondite más cómodo. Pensaba en la manera correcta de racionar la tortilla que había traído de casa y los dos panes con queso cabra.

Habían pasado dos días, pero a él le parecían dos semanas. Ya se había comido uno de los dos sándwiches. Quería salir a buscar un poco de agua. El aguardiente no lograba hidratarlo, solo hacía olvidar la sed. Conversó respecto al tema con sus nuevos amigos. En una esquina del escondite, había una pequeña familia de percebes. No imaginaba cómo habían llegado ahí. Los distinguía apenas, pero los podía tocar y visualizar con las yemas de sus dedos. Eran siete. Nombró a cada uno de ellos. También creó historias trágicas y cómicas para distraerse. Les conversaba en susurros. A veces le daba miedo, porque sentía que habían surgido en ellos presencias humanas. Llegó a escuchar voces, voces claras, definidas y distintas. Sentía las piernas llenas de sangre y a punto de explotar. Muchas veces se preguntó si es que podría caminar cuando estuviese fuera de ahí. Rogelio, el percebe más viejo, le dijo que no, porque se convertiría en percebe igual que ellos.

A pesar de evitarlo, por más o menos una hora, Fernando vomitó. El vómito llegó a las cañerías de metal y comenzó a hervir. Con los movimientos del barco el líquido espeso escurría lentamente por aquel espacio reducido. Los percebes lo trataron de consolar. ¿Te sientes mal? ¿Te traigo agua? ¿Te limpio? No tengo brazos, pero te limpio, te

acurruco, te sirvo un té. A su mente vino la tetera hirviendo en un fogón, las manos de su madre en la espalda, un susurro grave de lejos, que parecía la voz de su padre, pero que hablaba en otro idioma, reconoció el francés, escuchó alucinando que entendía todo lo que se decía. Eran como las clases de un profesor enfermo de la boca. A su alrededor, la sala de clases, las voces de sus compañeros riendo y mirándolo preocupados, hablaban también en francés, todos hablaban un francés fluido y rápido, como si fuera su lengua materna. Las manos de su madre en la cabeza, un poco de agua que se escapaba por las comisuras de sus labios y él que no podía beber nada, solo la sentía caer por sus mejillas, bajar por su cuello, mojar su camisa y su chaqueta. Después algo parecido a un sueño. Estaba en su cama, en su habitación, el olor a café de su padre, las voces preocupadas afuera, su madre hablando en francés, con la voz ronca, las manos agitadas, acariciándose una a otra, movidas al compás del oleaje que gritaba afuera, chocaba con las paredes de la casa, se iba a meter en la casa, las olas iban a romper las ventanas, se iban a meter entre las patas de la cama y todos se ahogarían, se caerían los cuadros, la ropa se iba a mojar, la escuela de seguro estaría inundada, mañana no iría a clases, nunca más iría a clases, porque el sonido de cadenas, el viento, y las bocinas comenzaron a sonar…

Fernando abrió los ojos acurrucado y abrigado en un camarote. Llevaba puesto un pijama. A su lado un marinero rubio le sonreía. Tenía la cara como cubierta de sal, los dedos largos y famélicos sostenían un trozo de pan. Recordó a los percebes, no dijo nada, comprendió que lo habían descubierto y lo habían salvado de morir ahogado en su propio vómito. El francés lo miraba dejando salir una extraña mueca. Podía ser perfectamente una sonrisa de hermano mayor después de la primera borrachera, pero él no podía saber eso, solo miraba, balbuceaba algunas cosas, ¿dónde estamos?, ¿dónde está mi ropa?, pero el francés no entendía, su cara de sal y su pelo rubio se mantenían ahí, cortados por el sol y el frío de la cubierta. De pronto se incorporó y mencionó un nombre, pudo ser Jean Pierre o Janis o Jean Philippe, Fernando no entendió, solo vio llegar al hombre alto y macizo con la barba negra apegada a la cara como algas o cochayuyo. El hombre hablaba castellano. Le preguntó qué carajo hacía en el barco, y Fernando dijo que quería ir a Tierra del Fuego con ellos, tenía una tía enferma allá, él era pobre y no podía viajar de otra forma. Jean Pierre dijo que bastaba con pedirlo y le hubieran dado un trabajo como limpia cubierta, no era necesario meterse como los ladrones. Fernando sintió de pronto el dolor en su mejilla. Se imaginó limpiando la cubierta, comiendo, bebiendo y aprendiendo francés con los marineros. Recordó su escondite, a los percebes, el vómito, los fierros calientes, las piernas acalambradas, la espalda torcida, el hambre, la

sed y la humedad. No pudo evitar sentirse estúpido. Quiso pedir perdón, pero no lo hizo. Volvió a preguntar por sus cosas. Jean Pierre le indicó dónde estaban sus ropas y le dijo que llegarían a Tierra del Fuego al atardecer, así que mientras tanto ordenaría los arpones, organizaría las bolsas de grasa y limpiaría la cubierta hasta que llegasen. Los demás marineros que habían venido a la habitación se rieron como si ahora tuviesen una nueva mascota.

El barco atracó en el pequeño puerto de Porvenir. Todos los marineros bajaron a descargar. Fernando también ayudó y alojó con ellos en una pensión durante dos noches. Al tercer día, los marineros volvieron a embarcarse. Antes de partir le ofrecieron a Fernando ir con ellos, pero él se negó, quería quedarse en la isla un tiempo para conectarse con el espíritu de los antiguos indígenas que lo abrumaban con una insistencia metafísica. Visitó algunas tabernas y contó su historia a quienes le ofrecieron compañía y conversación. La mayoría lo miraba con gran extrañeza cada vez que mencionaba a los indígenas:

—¿Viniste de tan lejos para eso?

—¿Estás haciendo una investigación científica?

Fernando respondía que no, que no tenía muy claro qué venía a buscar, o de quién o quiénes estaba escapando, pero estaba seguro de que nunca se tranquilizaría si no le hacía caso a esos impulsos que lo tironeaban con fuerza hacia la isla.

Fue durante una de esas conversaciones en que conoció a don Carlos, un hombre grande y fornido que trabajaba en la comisión ganadera de la isla. Cuando vio a Fernando y conoció su historia, quedó gratamente sorprendido. Él también había llegado a la isla en busca de aventuras y finalmente se asentó allí, se casó y tuvo tres hermosas hijas. Le comentó que todos los hombres deberían viajar sin rumbo ni señal de ruta alguna vez, como disparando hacia la oscuridad; le dijo que era necesario movilizarse para que las cosas lo encuentren a uno y no uno a las cosas. Agregó que ambos estaban cortados por la misma tijera y que son pocas las personas que se atreven a dejar la comodidad de sus hogares y encontrar su propio destino. Fernando se sintió muy agradecido por las palabras de don Carlos, aunque notaba que toda la verborrea existencial de aquel hombre provenía en gran medida del exceso de vino con harina tostada. Finalmente Carlos invitó a Fernando a almorzar a su casa al día siguiente. Él aceptó. Comieron cazuela de cordero. Era lo más vigorizante que Fernando había comido en varios días. Recuperó la energía y el color de su rostro. Después de comer, mientras compartían un cigarrillo, el primero que Fernando probaba en su vida, don Carlos le preguntó si se quedaría con él unos días mientras ayudaba a pastar a las ovejas y a terminar un establo. Fernando volvió

a aceptar. Su viaje comenzaba a iluminarse después de una oscuridad tan densa como el compartimiento escondido de un barco ballenero.

"Hasta que terminemos toda la faena", sentenció don Carlos. También le advirtió sobre Sofía, su hija menor, quien tenía la misma edad. Ella escuchaba por detrás de la puerta mientras su padre le decía al forastero que si llegaba a tocarla le cortaría los brazos. Fernando no le tomó el peso a esas palabras o al posible sufrimiento que escondía la imagen de sus brazos cortados. Nunca imaginaría que aquello llegaría convertido en algo muy distinto. Por ahora se limitaba a reír con nerviosismo. "Tiene risa de cabro chico", pensó Sofía. Pasaron varios días antes de que llegaran a cruzar alguna palabra. Ella le dijo un chiste sobre su cabello mientras almorzaban. Doña María traía más caldo y don Carlos cortaba leña. Los dejaron solos en la mesa. Fernando expulsó caldo por las narices. Fueron los nervios. Cuando doña María volvió, ambos aguantaban las carcajadas. Después de eso comenzaron las miradas tránsfugas.

Las hermanas mayores de Sofía volvían los fines de semana del consulado francés. Trabajaban y estudiaban en Ushuaia, al sur de la isla, en la mitad argentina. Por la distancia y la poca gente, debían pernoctar allá toda la semana. Llegaban a Porvenir hablando con un leve acento. Ellas no tenían ninguna prohibición de conversar con Fernando. Mientras él cortaba leña en el patio o modelaba una resortera con un cuchillo, ellas le preguntaban por su vida. Durante la noche, Sofía preguntaba delicadamente sobre lo que habían conversado con él. Preguntaba con tanta cautela y desinterés que sus hermanas no lograban intuir nada. Decían que venía de Chile. Sofía las reprendía, porque la parte de la isla donde vivían también era Chile, pero ellas insistían en sentirse argentinas o francesas. Al final las tres estaban de acuerdo en que eran fueguinas. Luego seguían conversando y decían que Fernando, el chileno (risas), llegó a la isla porque siempre había sido su sueño. Una de las dos hermanas comentó algo sobre los selknam y Sofía se exaltó. Fernando vino porque quiere conocer a los selknam parece, o porque quiere conocer dónde vivieron. "Un poco más allá, cerca del robledal en Villa Cameron hay un par de monumentos. Dicen que quedan algunos vivos". "¿Monumentos vivos?". "No pos, jetona, selknam vivos". "Ah, sí, queda una señora de raza pura, pero los demás son todos mestizos". "¿Nosotras somos mestizas?". "Mi mamá dice que el abuelo José era indio. Pero no era selknam". "No, era yámana". "Bueno, pero era indio". "Ni tanto, él también era mestizo, y era más chileno que los chilenos". "Era ladrón, decían". "¡Sí, robaba ovejas y le echaba la culpa a los indios!". "Quizá por eso la Sofía salió tan ladrona". "Ese espejo era mío, me lo dio mi mamá". "Nos lo dio a las tres, tonta". "Pero tú te lo guardas en el bolso siempre". "Porque ustedes se van al

consulado po, allá deben tener hartos espejos". "¡Un día vamos a llegar a la casa y no vamos a tener nada!". "¡Sí, nos va a robar todo y le va a echar la culpa a los indios!". "¡O a Fernando! ¿Te imaginas?". "Mi papá lo mata". "No creo, lo echa no más, además yo nunca haría eso". "¿Nunca lo acusarías? ¿Por qué?". "Porque no po, qué feo". "Porque le gusta po, ¿por qué más?". "No, tonta, cómo se te…". "¡Mira, se puso roja! ¡Yegua suelta!". "¡Cállense que va a escuchar mi papá!".

Esa misma noche, antes de dormir, Sofía sintió que las palabras de sus hermanas resonaban dentro de su cabeza como gritos ensordecedores. Era verdad, Fernando le gustaba como nunca antes le había gustado alguien, sin embargo sabía que ese amor no llegaría a puerto. Pensó en dejarlo morir con el tiempo, sin decirle ni una sola palabra hasta que terminara la faena y por fin siguiera su camino. No imaginó que ese sentimiento fuera casi tan intenso en el corazón de Fernando como en el suyo.

Fernando mostraba el rostro de un animal confundido o apaleado. Parecía consciente del peligro que corría, pero también estaba convencido de que ese peligro era urgente y necesario. Todo su cuerpo clamaba por Sofía. Martillaba las tablas del techo del establo deseando que ese trabajo nunca acabase, que el techo cubriera toda la isla y ojalá gran parte del océano con tal de que no tuviera que moverse nunca de ahí, del territorio que abarcaba todos los pasos, el aroma y el campo de visual de Sofía.

A pesar de que la distancia que los separaba constituyera apenas unos metros, Fernando le enviaba cartas a Sofía que ella respondía enseguida. Su relación epistolar parecía la de dos amantes separados, sin embargo ahí estaban, sentados frente a frente en el desayuno, mirándose a través del vapor que subía del milcao y las tazas de té. Nada los delataba ante la madre de Sofía y sus hermanas. Todo lo que sentían en esos encuentros era expresado minuciosamente con las cartas que se escribirían a la noche, escondidos bajo las sábanas, leyéndose mutuamente, sin saber qué hacer con tanto amor desbordando el papel. Una de esas tardes en que Fernando se encargaba de llevar a pastar a las ovejas de don Carlos, Sofía lo sorprendió de espaldas y lo llevó de la mano a un lugar que solo ella conocía. Era la orilla de un río que durante esa época del año corría tan delgado que descubría un gran desnivel entre el suelo que pertenecía al bosque y los pedruscos que arrastraba el agua. Ahí, entre cuatro grandes rocas, se formaba una pequeña cama de arena que Sofía había cubierto con varias colchas viejas. Casi no habían dicho ni una sola palabra antes de llegar y siguieron sin hablar hasta que agotaron todo el deseo que los consumía por dentro. La torpeza de Fernando fue subsanada por la experiencia de Sofía, quien había

aprendido todos los pormenores del sexo a través de los relatos que escuchaba de sus hermanas. Cuando hubieron acabado, Sofía instó a Fernando a que se vistiera rápidamente y que fuera a ver a las ovejas. Él las había olvidado por completo. Corrió a través del bosque sin tener muy claro lo que había sucedido. Las ovejas estaban a punto de meterse al terreno de un parcelero desconocido, pero Fernando logró acarrearlas nuevamente al territorio permitido. Esa noche no escribió ninguna carta, pero al día siguiente casi llenó tres páginas enteras. Prometió el cielo y la tierra con tal de que ese encuentro furtivo volviera a suceder. Sofía se sonrió en la oscuridad de su pieza mientras leía la carta alumbrada solamente por el tenue brillo de una pequeña vela.

Un viento helado movía levemente la chasquilla de Sofía. La manta de guanaco la tapaba casi entera y una mano lánguida cubría su hombro derecho. Ambas respiraciones se coordinaban en un mismo ritmo que se mezclaba con el correr del agua entre las piedras, del viento entre las hojas y del aliento entre los labios. Un caballo relinchaba a lo lejos. El ruido de las olas y la arena se enmarcaba detrás de todo. Había puro silencio y tibieza. Las yemas de sus dedos recorrieron una reciente cicatriz de la mejilla. Era una mancha marrón con forma de hoja. Quizá le quedará para siempre, pensó sin decírselo, y siguió recorriendo con su índice las orillas de la marca. Mientras Fernando acariciaba su hombro, ella pensaba en la leyenda selknam del Calafate. Cualquier día, el padre de Sofía se enteraría de estas escapadas al río e intentaría separarlos. Desesperado, recurriría ante un brujo. Este brujo, con el pelo largo y canoso, con marcas negras en la cara y sosteniéndose sobre un bastón, le diría al padre de Sofía que no podía separarlos, pero que sí podía convertir a Sofía en una hermosa planta de Calafate. Fernando, como si estuviera adivinando sus pensamientos, le comentó a Sofía: “Somos como la leyenda del Calafate”, y ella sonrió. La verdad era que el padre de Sofía no recurriría a un brujo, ni convertiría a su hija en una solitaria planta. La única verdad serían los brazos de Fernando sobre el suelo del establo donde dormía. Él de rodillas con los brazos extendidos sobre un tronco, don Carlos de pie con un hacha en las manos golpeando con toda su fuerza y cortando de un zarpazo. Los brazos cayendo tiesos y estirando lentamente los dedos manchados con tierra y sangre.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sofía, temerosa de cualquier respuesta.

—¿Qué vamos a hacer con qué?

—Con nosotros…

—Mira… podríamos, no sé, decirle a tu viejo… esperar que no me corte los brazos, que comprenda, que nos deje vivir aquí a los tres.

—¿En mi casa?

—En tu casa mientras me las arreglo para construir una, quizá tu papá, si entiende, me ayude, porque yo lo he ayudado bastante.

—¿Y si nos vamos a tu casa?

—¿En Chile?

—Sí.

—¿En barco? ¿Así como me vine yo? ¿En serio dejarías a tu familia?

—Tú lo hiciste.

—Pero yo… no sé, yo lo hice de hueón no más. Aparte mi viejo me sacaba la chucha. Tus viejos son buenos contigo —sentenció Fernando, y Sofía guardó silencio—. ¿O no? —volvió a preguntar.

—Sí… pero, Fernando, la Nina iba a tener una guagüita una vez, pero no pudo tenerla. Por mi mamá

—¿Qué hizo tu mamá?

—Se la sacó con unas cosas. Mi mamá no quería porque se la había hecho un marinero. Conmigo va a pasar lo mismo. Yo lo vi, Fernando. Casi se desangra. Estaba blanca. Después lloraba y no comía… —Fernando guardó silencio, luego Sofía volvió a insistir—. Vamos a Chile. En esta isla no hay nada. Los mataron. No están los indios que viniste a buscar.

—Si nos vamos a Chile, lo vas a dejar todo. ¿Lo dejarías todo? —preguntó Fernando, sabiendo que le aterraría cualquiera de las dos respuestas posibles.

—No sé, espérame un poco. Unos días.

Dejarlo todo. Sofía no pudo sacar esa frase de su mente. La luz de Fernando hizo que su casa se volviera tenue. Las manos de su madre revolviendo el caldo de cordero le provocaban una tristeza insoportable. Los zapatos negros, la falda ancha, el rostro vacío de sonrisas reales hace años. Nacer, vivir y morir en la misma casa, en el mismo lugar, amasar el pan a las cinco y media de la madrugada, bailar a veces en las fiestas de año nuevo, esperar a sus hijas llegar del consulado los fines de semana, eran los temas predilectos a la hora de almuerzo. Sofía las había admirado durante la mayor parte de su infancia, pero luego toda esa admiración se transformó en nostalgia y melancolía. Ella sería lo mismo que sus hermanas. Después de unos años de juventud y belleza, o quizá unos meses, se entregaría a la misma realidad de su madre. Muerta y triste sin saberlo. Escuchando el mismo sonido del viento en invierno, viendo los mismos atardeceres por la ventana en verano, nunca visitar la playa, ni salir a caminar, trabajar en la finca todo el día, todos los días, sentir que la vida se vuelve de pronto un baile fome de año nuevo, una pequeña tragedia doméstica, un cahuín cómico de los vecinos o del gobernador. La esperanza de la creación de una calle nueva, un puente nuevo o la

noticia de que habían muerto diez, cincuenta, cien personas en Chile a manos de los milicos, que la guerra se estaba ganando, que los marxistas tenían un ejército quién sabía dónde.

Antes de dormir, Sofía escuchaba el ir y venir de los zapatos de su madre. Se desgastaban sobre el mismo piso de madera en que se desgastarían hasta que no quedara nada de ella. Ni los recuerdos. Porque los recuerdos se habrán confundido entre un día y otro, entre un año y un día, entre toda la vida y el puro ruido que hacían los zapatos. Sofía lloraba antes de dormir. Tocaba sus pechos y sabía que estaban creciendo; que ya se notaba. Durante el día había disimulado una arcada. Le había dicho a su madre que se había atorado con el pan. Era como decía Fernando, dejarlo todo, construir un futuro propio o morir en el intento. Lloraba de nervios y alegría. El escape ya estaba listo. Pequeñas lágrimas caían sobre la carta que estaba escribiendo. Las palabras quiero, siento y volver, quedaron adornadas por el agua de sus ojos. Casi podía sentir la brisa oceánica subiéndole por el pelo en la cubierta de un barco desconocido.

Fernando había acomodado las tablas de la casa. Estuvo quitando los clavos por días. Sacó una tras otra y las fue dejando silenciosamente sobre el pasto. Eran cuatro maderas puestas con exagerada meticulosidad una al lado de otra. Por ahí saldría Sofía. Él la esperaría en el escondrijo que tenían al lado del río, donde se habían amado durante todas las tardes. Fue ella quién lo llevó y él armó el escondrijo por el frío y los granjeros. Don Carlos era conocido en toda la isla. Bastaba una sola persona para que le fuera con el rumor. Mientras caminaba llevando un triste bolso de cuero con tortilla y agua suficiente para llegar al embarcadero, pensó en la primera carta que recibió de Sofía. Se la había mandado con Nina, su hermana. No poseía ninguna declaración explícita. Solo contaba la historia sobre el origen del Calafate. Cuando acabó de leerla, entendió por qué el sobre contenía una pequeña hoja de Calafate dentro. Él no conocía la leyenda. A la luz de una vela que alumbraba el breve espacio entre sus ojos y la carta, pudo descifrarse una sonrisa. En ese momento, no recordaba haber hablado con Sofía además de las pequeñas bromas o indicaciones domésticas. Ella no podía saber que a él le interesaba todo lo que tuviera que ver con los selknam. Después de la carta sintió que el riesgo era necesario. Desde que se había metido en el barco, no dejó pasar más ventanas abiertas.

Fernando esperaba al lado del río. Escuchaba el sonido del agua entre las piedras y guardaba silencio. Esperaba escuchar los pasos, pero solo escuchó una voz grave y conocida que de pronto le quitó las ganas de vivir. El viento llevó a su nariz el olor del vino. Pensó en correr y en estirar los brazos. Don Carlos caminaba lentamente alrededor del escondrijo. Intercambiaba una que otra mirada con

Fernando, pero después volvía a inspeccionar la guarida. Respiraba como una montaña durmiendo. A veces parecía que rugía. El brillo de la noche hacía que sus ojos se vieran cristalizados por una especie de capa grasienta que los cubría. Pasó mucho tiempo antes de que hiciera la pregunta: "¿Dónde la llevai?". Lo dijo con el mismo tono con el que se preguntaría por una oveja o una botella de ron. Fernando pensó en darle un puñetazo en la cara y salir corriendo, pero luego se dijo a sí mismo que había cagado, algo había salido mal. Quizá Sofía le había contado a una de sus hermanas. Pensaba en la Nina, pero no sentía rabia contra ella, sino contra sí mismo. "A Chile", respondió Fernando finalmente y después de decirlo no dejó de sostener la mirada de don Carlos. Él pareció reír de súbito por una extraña carcajada, pero la verdad era que estaba llorando. La oscuridad de la noche no permitía diferenciarlo. Solo se veían las partes del cuerpo que alcanzaba a iluminar la luna. El río hizo otra vez su saludo de viento frío, parecía anunciar que, a lo lejos, Sofía por fin pudo salir de su casa. Mientras se acercaba, Fernando y don Carlos mantenían una conversación en base a silencios, respiraciones y uno que otro gemido en la oscuridad plateada de la noche. Fernando creyó ver caer a un roble en cámara lenta. ¿Por qué no le cortaba los brazos? ¿Por qué no le sacaba la cresta o lo mataba? Un leve sonido de ramas, una pequeña sombra, quizá aún con las mejillas coloradas por el calor de la cama, se acercaba cada vez más. Fernando lo hizo notar. "Allá viene Sofía", dijo como dando la bienvenida al infierno. Don Carlos miró a Fernando nuevamente. Dos surcos brillantes atravesaban su cara. Se limpió con ambas manos, dio un paso y tomó los hombros de Fernando. Durante los años siguientes no olvidó esa última palabra. Se prometía, cada vez que la veía venir hacia él, al levantarse de la cama o cocinar arroz primavera o caminar entre los cerros, recordar ese verbo para siempre. Porque después de esa palabra, don Carlos desapareció entre la espesura. Tornó a mirar a Sofía por última vez, pero él de verdad no quería que ella lo descubriera. Por eso Fernando nunca le contó a Sofía cuando don Carlos lo tomó por los hombros y le dijo: "Cuídala".

III

A Fernando lo habían dado por muerto, en su habitación hicieron un pequeño altar con sus cosas. Lo buscaron durante mucho tiempo. Al verlo llegar, su padre dijo que ya no tenía ningún hijo, que era un maldito ingrato por haberlos abandonado sin ningún tipo de anuncio, un malagradecido, que se fuera a morir de hambre a otro lado. Con las dos manos destrozó el pequeño altar de madera que él mismo había construido, luego se encerró en la habitación de al fondo. Su madre quiso abrazarlo, pero no pudo. Lo miraba como se mira a un fantasma. Estaba horrorizada. Fernando trató de decir algo para calmarla, pero de su boca salía apenas la palabra mamá. Cada vez que la pronunciaba, la mujer parecía sentir cuchilladas en el vientre. Lo único que pudo hacer Fernando fue extender los brazos y entregarle al hijo que traía. Su madre estaba acurrucada en el sillón llorando con la cara cubierta, pero cuando vio al niño, lo tomó en sus brazos, lanzó un par de billetes arrugados a la cara de Fernando y cerró la puerta. Desde afuera se escuchaba: “Este es mi hijo ahora”, y detrás, desde la habitación del fondo, los graves y largos gemidos del padre. Dos lágrimas cayeron instantáneas desde los ojos de Sofía, sin embargo, sabía que era lo mejor. No tuvieron otro motivo para acudir a la antigua casa de Fernando. Las vicisitudes de su retorno en barco, su estadía en pequeñas haciendas a cambio de trabajo, los malos tratos y el hambre los llevaron a la desesperación. Por otro lado, el embarazo había sido tan duro, que a Sofía apenas le quedaban ganas de seguir viviendo. Nunca imaginó que el amor por Fernando le traería tanta desgracia. Después de la visita ambos se fueron abrazados, cansados y llorando a perderse entre la espesura del bosque. Su hijo despertaría por fin en un hogar tibio y miraría por primera vez los ojos de su abuela.

Cuando dejaron la casa de Fernando, una ligera lluvia comenzó a caer. “Volveremos por él, Sofía, te lo prometo”, dijo Fernando, pero ella solo escuchaba el sonido de las gotas cayendo sobre las hojas de los árboles. Tenía razón, volverían por él, pero lo harían cuando supieran de verdad quiénes eran ellos dos. Sofía le puso la palma de la mano sobre la cicatriz que Fernando tenía en la mejilla y luego besó suavemente las comisuras de sus labios. Todo su amor y su tristeza

estaban ahí. Solo les quedaba construir su camino sobre la confusión y la tormenta de ese amor que los sacó a ambos de sí mismos para siempre.

Perdidos y guiados únicamente por el hambre y los presentimientos, Fernando y Sofía vagaron por los cerros más recónditos de la localidad de Variloque y Curai. Algunos campesinos les permitieron dormir en los establos y les dieron agua y comida a cambio de trabajo. Nunca se quedaron más de un mes en el mismo lugar. Pasaron por pensiones pobres y grandes haciendas. Muchas veces tuvieron que dormir a la intemperie improvisando carpas con frazadas roídas entre las quebradas que cruzaban. Estaban buscando un lugar donde trabajar como inquilinos o hacendados, pero no encontraron nada estable que les permitiera ganar un poco de dinero. Sin embargo no perdieron la fe. Caminaron y disfrutaron de la naturaleza y de sus propias compañías tratando de olvidar el hambre y la miseria. Fue durante una de esas caminatas, mientras seguían el dato de un trabajo que les habían dado unos granjeros a las afueras de Curai, cuando encontraron una casa abandonada en medio de cuatro cerros.

Algún efecto topográfico hacía que una densa niebla cubriera el territorio donde se encontraba la pequeña estructura durante todo el día y la noche. Adentro vivía una jauría de perros que al principio se mostró hostil, pero que al final optó por aceptar a los extranjeros. La casa parecía haber pertenecido a una familia burguesa del siglo diecinueve. Había un par de sillones con tapiz persa gastado por los años y la humedad. En el centro de la sala se podía observar un gran candelabro que al parecer había caído hace mucho tiempo desde el techo. De las paredes colgaban jirones de papel tapiz con flores dibujadas cubierto de moho y hongos. Las ventanas estaban clavadas con tablas. Fernando y Sofía las quitaron para que corriera un poco de aire dentro de la casa y entrara algo de luz. Al ver la sala iluminada, sintieron que ese lugar poseía una especie de energía que los hacía pensar en la infancia, pero no en la infancia de ellos, sino en una infancia anacrónica y total; algo que los remitía a un tiempo perdido, donde no existían preocupaciones ni violencia, donde reinaba la paz y la posibilidad de una vida más simple. Fernando creyó que aquel descubrimiento no había sido casualidad.

—Siento que debemos quedarnos aquí Sofía. Siento que esta casa nos estaba esperando.

La casa necesitaba un par de arreglos. Fernando pasaba largas jornadas buscando planchas de zinc, madera y cualquier material que les pudiera servir para reparar el techo, mientras Sofía recolectaba frutas, agua y leña que pudieran quemar durante la noche. El ánimo de ambos había mejorado, al igual que su salud. Vivieron mucho

tiempo en esa vieja casa que crujía como si fuera a derrumbarse en cualquier momento. Cada día se convencían más de que su hijo no hubiera podido sobrevivir dentro de esa miseria.

Pasaron los años. La dictadura recién había terminado, ahora podían pasear de noche sin miedo. Fernando y Sofía se fueron a vivir a un pequeño pueblo a las afueras de Variloque, aunque siguieron visitando y arreglando la casona entre los cerros. Fernando ya tenía trabajos esporádicos y una paga decente. Pensaba que era el momento de hacer las paces con su familia y de reconocer al hijo que años atrás habían dejado. Preguntó a los vecinos sobre su paradero. Les dijeron que sus padres se habían ido hace mucho tiempo de la ciudad junto con el niño. Nadie sabía dónde, y el único que sabía mintió por encargo. Estuvo a punto de confesar, pero fue amigo del padre de Fernando durante casi toda su vida. No lo traicionaría, aunque la promesa fuera contra su propio criterio.

Al enterarse de que quizá nunca volverían a ver a su hijo, Fernando y Sofía cayeron en un intenso vórtice de preocupaciones y futuros probables. Quisieron ir a buscarlo, pero no sabían cómo; no había pistas, señales o una idea siquiera de dónde podría estar. Sofía le rogó muchas veces a Fernando que pensara bien, de todas formas eran sus padres quienes lo tenían ¿cómo no podía intuir siquiera dónde se habían ido? Fernando guardaba silencio y pensaba. En el fondo sí tenía una idea. El único paradero que se le ocurría era Argentina. Durante los últimos años su padre había estado hablando sobre la posibilidad de irse a trabajar a un pueblo cercano a la cordillera. No sabía el nombre del pueblo y ni siquiera estaba completamente seguro de que hubiesen ido allá. Viajar a buscarlo a ciegas era una idea que barajaba cada cierto tiempo. Así lo había hecho con su viaje a Tierra del Fuego cuando quiso buscar vestigios de una civilización extinta, ¿por qué no hacerlo si esta vez se trataba de su propio hijo? Se torturaba pensando a cada momento en él, en sus ojos, en sus manos y en el sonido de su voz. Sofía también deseaba encontrarse con su hijo, soñaba constantemente con él, le hablaba cuando miraba las estrellas o cuando miraba un río. Tenía fe en que los tres se reunirían algún día, en algún lugar.

Fernando creía que de alguna forma todo el sufrimiento de Sofía era su culpa. A veces la contemplaba murmurando frente al río con los ojos cerrados. Sus labios se movían como un pequeño y triste copihue agitado por el viento. Lloraba sin contraer ningún músculo de la cara. Fernando la abrazaba y le contaba historias; antiguos mitos y leyendas australes que conocía. Sofía sonreía y trataba de imaginar lo que Fernando decía como si lo estuviera viendo en una película.

Durante los tiempos más tristes y oscuros de ambos, contar estas historias se volvió la forma de enajenación y desapego más parecida a

la felicidad que podían encontrar. Cuando se adentraban en la espesura del bosque o caminaban por ríos secos buscando rocas que les ayudaran a construir una pirca, Fernando y Sofía revisitaban las antiguas narraciones orales de algunos pueblos como los selknam, los yámanas y los kawéskar. A veces fusionaban los dioses de un pueblo con otro, o reescribían las leyendas para hacerles un final que les fuera más ameno, o también las alargaban de tal forma que el final de una historia pudiera conectarse con el principio de otra y así sucesivamente hasta que hilaban más de cinco o diez conformando un gran relato. La alegría que les causaba escucharse el uno al otro recreando un mundo arcaico pero nuevo al mismo tiempo en sus cabezas, los hacía sentir tanta energía y excitación que muchas veces se interrumpieron en mitad de la leyenda para morderse la boca y lanzarse sobre alguna cama de hojas para hacer el amor tan brutalmente como fuera posible. Cuando estaban ambos jadeando y sudando en medio de los árboles o los arbustos, no era extraño escuchar a Sofía seguir con la historia interrumpida a pesar de los potentes gemidos que le generaban los orgasmos. Fernando le mordía las mejillas y acompañaba con algunas especificaciones el relato de Sofía mientras la penetraba con la mayor fuerza posible. Esta práctica se hizo tan común en ambos que de alguna forma lograron coordinar la eyaculación de Fernando con el orgasmo de Sofía y el final de la historia que estuvieran inventando.

No pasó mucho tiempo antes de que la pareja comenzara a estimular estas sesiones narrativas y sexuales con enteógenos como hongos, raíces y brebajes. Las sensaciones que nacían a través de la combinación de las historias, los alucinógenos y el sexo los hacían llegar a rincones inconmensurables e inexplorados del placer humano. Sentían que todos los miembros de su cuerpo se expandían hasta tocar los misteriosos confines del mar, del cielo y de los planetas con la punta de sus dedos; sentían que su piel se derretía y se caía como brea caliente sobre la piel del otro, formando una especie de andrógino gigantesco que transitaba lentamente por la tierra destruyendo todo lo erróneo y lo violento: las matanzas, el odio, el sufrimiento, la propiedad privada, el dinero y el trabajo; causando un apocalipsis que lo renovara todo, que renovara incluso el paso del tiempo y la percepción que se tenía de él y de la muerte.

Mientras Sofía balanceaba lentamente sus caderas sobre las caderas de Fernando e intentaban contarse el uno al otro la leyenda de los delfines selknam, sintieron tanta conexión con las inefables vibraciones del universo, que creyeron traspasar las barreras del tiempo y el espacio internándose de pronto en un túnel de estrellas que bajó del cielo y los transportó directamente a la mítica era del Hoowin, aquel tiempo que existía antes del tiempo según la mitología

selknam, aquel tiempo cuando los dioses todavía olían al barro del que los habían exprimido las manos del gran Kenos; donde el cielo aún guardaba la estela en dirección a la cordillera del Este, el lugar sagrado donde el dios primordial Temáukel se fue a descansar después de haber creado la grandiosa isla de Karukinka. Ahí estaban los dos, increíblemente tranquilos, llenos de una paz que los inundaba por completo, como si siempre hubiesen estado allí, como si hubieran descubierto que todas las formas de vida que habitan el universo no eran más que un mismo cuerpo, que las identidades eran una ilusión generada por nuestra incapacidad biológica para observar el mundo de otra manera, así como lo observan los perros y las vacas, así como lo observan las flores y los mosquitos, así como lo observaban ellos ahora.

Era una gran playa de arena oscura. Las nubes dejaban salir truenos, relámpagos y una veloz corriente de aire cálido. A lo lejos se divisaban los primeros rayos que caían sobre el mar. La tormenta arrasaría con todo. De pronto, en la orilla, Fernando y Sofía vieron a un gran número de personas que al parecer hablaban sobre lo que el pueblo debía hacer respecto a la tormenta. Corrieron hacia ellos y se unieron a la discusión. Nadie se inmutó. También eran parte del clan. La tormenta comenzó a acercarse. De un momento a otro el gentío cesó sus gritos y solamente dejaron que los jefes de cada familia que ahí se reunían decidieran sobre lo que era necesario hacer: adentrarse en el mar y evitar la tormenta, o quedarse en la isla y resistir. Las nubes se acercaban. El mar replegó sus aguas muchos metros hacia adentro. Un temblor emergía desde lo más profundo de la isla. Uno de los jefes comandó a toda su gente al mar. Nadarían y dejarían que la tormenta pasara sobre ellos y no los dañara. Fernando y Sofía se unieron a esa familia y corrieron hasta alcanzar de nuevo el agua. Muchos peces y lobos marinos se agitaban en la arena. Dejaron todo atrás y se lanzaron al mar. Los miembros de las otras familias se mantuvieron en tierra. No estaban seguros de poder resistir tanto tiempo a la deriva, preferían enfrentar la lluvia y las olas, como habían hecho desde siempre. De pronto el mar creció tanto que parecía querer llegar hasta el cielo. Las familias que nadaron pasaron detrás de la gran ola, pero las que se quedaron en tierra fueron engullidas y golpeadas con toda la furia del océano. Fernando, Sofía y todos los que se quedaron en el mar vieron cómo se destruía la aldea. Techumbres, cadáveres, árboles y animales flotaban a lo lejos. Ellos no podían soportar la angustia que les ocasionaba el devastador espectáculo de la naturaleza. Amigos, familiares y compañeros de caza murieron ahogados. Ellos se habían salvado de morir, pero no de la culpa que les oprimía el pecho por no haber logrado hacer algo para rescatar al resto del pueblo. Fernando y Sofía también sentían esa

presión dentro del pecho. Lloraron mientras agitaban sus manos y sus pies para mantenerse a flote. Todos los que se habían salvado lloraron días y noches completas; lloraron tanto tiempo que sus cuerpos comenzaron a amoldarse a esta nueva forma de vida que se desarrollaba entre el agua salada y las lágrimas. Se pusieron grises, sus piernas se unieron y se convirtieron en una cola, sus brazos se encogieron y aplanaron, sus ojos se pusieron negros y pudieron resistir mucho más tiempo bajo el agua, porque ese era su lugar ahora, jamás volverían a esa tierra ingrata que solo les traería el recuerdo de su dolor. Fernando y Sofía también se convirtieron en delfines. Nadaron hasta perderse en el punto más lejano del horizonte. Ayudaron a todos los navegantes perdidos que encontraron, para así retribuir de alguna manera al espíritu de los amigos que no pudieron salvar de la tempestad.

La historia había terminado. Fernando abrió los ojos. Estaba de espaldas, desnudo en un bosque, con las piernas de Sofía todavía amarradas a las suyas. Ella también tenía los ojos abiertos. No se dijeron una sola palabra hasta que volvieron a su improvisada casa entre los cerros. Habían pasado dos días enteros. En la noche, mientras cebaban el último mate, recién comentaron lo sucedido. Habían viajado al mismo lugar y habían tenido exactamente la misma experiencia. Tenían la tenebrosa sensación de que esta vez habían descubierto algo realmente extraño.

Pasaron varios días antes de que decidieran volver a realizar un viaje cósmico de esa índole. Ambos trataban de no revelar su asombro ni su miedo al otro, pero no pudieron resistir a la ansiedad que les produjo el deseo de volver a sentirse envueltos por esa realidad tan lejana. Deseaban conocer más aún, querían transportarse a todas las historias posibles. Ya conocían el canal que los llevaría a ello. Se esforzaron en manejar cada vez mejor sus percepciones sobre ese mundo, para así recordar las leyendas que visitaban y aprender lo más posible sobre ese nuevo estado de conciencia. Para realizar su ritual viajaban a las cumbres de los cerros más altos, o se perdían dentro de la espesura de alguna arboleda. Los viajes duraban uno o dos días aproximadamente. A veces, cuando despertaban en este mundo, después de haber viajado sobre el lomo de ballenas espectaculares o después de haber conversado cara a cara con los héroes, dioses y chamanes selknam, sentían que este mundo se les iba perdiendo. Ya no disfrutaban de la naturaleza ni de cualquier cosa que en algún momento les hubiera gustado de la realidad. Vivían permanentemente en ese reino enigmático de las leyendas antiguas. Su desapego con el mundo real era tanto, que ya no sentían mucho apetito, se conformaban con beber mate y comer uno que otro mendrugo de pan. Cada segundo que pasaban en el mundo real, era un segundo en el

cual no dejaban de pensar en su pequeño hijo. Querían quedarse para siempre en el mundo de las ilusiones; querían ser como los antiguos indígenas que se transformaron en delfines para no volver jamás al lugar desde donde venía el dolor. El problema era que el viaje psicotrópico infinito no existe, siempre había que abrir los ojos y despertar, mirar el cielo y maldecir cada centímetro de su horrible extensión.

Llevaban más de cien viajes. Fernando ya no pudo mantener un trabajo estable, así que con Sofía decidieron producir y vender artesanías en los pueblos cercanos. Por primera vez, después de mucho tiempo, comenzaron nuevamente a relacionarse. Tuvieron algunos amigos, también artesanos. Ellos les enseñaron a pulir su técnica en la confección de aros, pulseras de cuero y gargantillas. Eran gente muy amable. Se las arreglaban para vivir con poco y siempre llevaban una sonrisa en la cara. A todos les gustaba escuchar sobre sus experiencias. Lo contaban de una manera tan vívida, que costaba pensar en que se lo habían inventado todo. Fue durante una de estas charlas que conocieron a un matrimonio de antropólogos. Eran muy respetados en los círculos indigenistas de Latinoamérica, pero en algún momento de sus vidas, cuando el aburguesamiento y el tedio de la vida en sociedad se volvieron insostenibles, decidieron comenzar a vivir de una manera mucho más sencilla y conectada con esa naturaleza que siempre habían estudiado, pero que nunca habían vivido. Se hicieron muy amigos de Fernando y de Sofía desde el primer momento en que los habían visto. Les sorprendía todo el conocimiento sobre los pueblos australes que esa pareja de jóvenes había adquirido. Les costaba creer que habían conseguido libros especializados para investigar, así que intuyeron que tenían cierta descendencia o tradición familiar donde las historias se pasan de generación en generación. Escucharon fascinados cada detalle de la leyenda de los delfines, de la flor del Calafate y de la fantástica creación de Tierra del Fuego por las manos de Temáukel. También escucharon extasiados cada detalle que les explicaron sobre el ritual del Hain. Era como si de verdad hubiesen estado ahí, con el cuerpo pintado y caminando entre los indígenas. Según los antropólogos, esos jóvenes lo sabían prácticamente todo, así que decidieron llevarlos a conversar con antiguos colegas y amigos que también se interesarían en el tema. Fernando y Sofía aceptaron encantados. Todo estaba bien mientras tuvieran un lugar para compartir sus experiencias. La gente los escuchaba como si se tratara de una información sagrada, importantísima; como si esos relatos les llegaran a lo más hondo del corazón. A Fernando y a Sofía les gustaba sentirse dueños de una información tan conmovedora. Querían compartirlo todo, pero sentían que las palabras no eran lo suficiente como para expresar cada detalle

de sus experiencias enteógenas, así que cuando entraron en confianza con los antropólogos y sus amigos, les contaron acerca de sus viajes. Al principio se mostraron incrédulos, pero luego fueron interesándose cada vez más, hasta que un día solicitaron a la pareja que les enseñasen a vivir un viaje. Fernando y Sofía no dudaron. Prepararon los brebajes más potentes que conocían y los instaron a entrar en completa sincronía con las vibraciones naturales del universo. Hicieron ejercicios respiratorios y mentales antes de comenzar, luego consumieron los alucinógenos y comenzaron a contar la historia de los nueve Shoort de la cruel diosa Xalpén.

Eran Sofía, Fernando, la pareja de antropólogos, un estudiante santiaguino, dos artesanos chilotes y una adolescente llamada Amanda, que era amiga de los chilotes. Estaban todos desnudos sentados en círculo. Se tomaron de las manos mientras Fernando comenzaba con una historia a la que habían viajado con Sofía en uno de sus rituales. No era algo que hubiesen escuchado ni leído, pero Fernando lo contaba con tanta seguridad, que nunca dudaron de que perteneciera realmente al pueblo y no a su grotesca imaginación.

Xalpén era la diosa de la oscuridad y el inframundo selknam. Su presencia avasalladora y maligna hacía que se mantuviera el temor a lo desconocido dentro de las distintas familias a través de sus vasallos o súbditos: los Shoort, que eran siete espíritus encargados de espantar y a veces divertir a las mujeres y a los adolescentes durante el ritual del Hain. Cada uno provenía de un rincón distinto de la isla: Sate y Yoisik del sur, Wakus del este, Keyaisl, Talen y Pawus, del norte y Sanu del Oeste.

Según la historia de Fernando, en algún momento durante el mítico tiempo del Hoowin, aquel tiempo antes del tiempo, Xalpén comandó a sus Shoort a acabar con la recién creada invención de Kenos: el hombre y la mujer. Los siete espíritus deambularon por el bosque y vieron ahí a cuatro mujeres con el aroma del barro y la hierba todavía adherido a sus pieles. Se movieron con cautela entre los árboles. Admiraron su belleza durante mucho tiempo y pensaron en cuál sería la manera más adecuada para aniquilarlas.

Pawus tomó a una y se a la llevó a lo más profundo del océano. Su idea era ahogarla, pero la mujer no desesperó y miró a Pawus a los ojos mientras este la asía del cuello y esperaba a que el agua entrara en sus pulmones. Pawus notó que el cuello de la mujer comenzó a tornarse resbaloso y duro y ella a crecer exorbitantemente. La marea subió por el espacio que su nuevo cuerpo ocupaba. Largas cerdas le crecían en la boca en lugar de dientes. Era del tamaño de una playa. La mujer se convirtió en la primera y más colosal ballena que hubo en Tierra del Fuego. Pawus huyó espantado a contar la historia a los demás Shoort.

Luego fue el turno de Talen. Él tomó a una de las tres mujeres que quedaban y la enterró varios metros bajo la dura tierra de la pampa. La mujer no se resistió, ni dejó de mirar a Talen mientras este dejaba caer puñados de tierra sobre todas las cavidades de su rostro. Talen aplanó el suelo con sus manos y pies, pero la tierra de pronto se abrió y miles de hormigas le subieron por el cuerpo dejándole horribles llagas en cada rincón de su piel.

Keyaisl se dio cuenta de que las mujeres no podían morir dentro de la isla. Quizá era por un efecto que el mismo Temáukel había dejado establecido dentro del territorio: no hay muerte, solo resurrección eterna. Así que para cumplir los designios de la temida y respetada diosa Xalpén, tomó del pelo a una de las dos mujeres que quedaban, la agitó por los aires como un remolino y la arrojó lo más lejos que pudo. El cuerpo de la mujer silbó a través del aire y se alejó hasta el infinito. Los Shoort felicitaron a Keyaisl. Había descubierto la forma correcta de extinguir la creación de Temáukel. Sin embargo, las risas y el jolgorio cesaron cuando oyeron el estruendoso sonido de una bandurria patagónica con rostro de mujer que voló sobre ellos y echó una cagada inmensa sobre los ojos de Keyaisl.

Wakus sintió la frustración de sus compañeros. Confeccionó una cuerda y amarró por el cuello a la última de las cuatro mujeres, la arrastró hasta un árbol muy alto, luego pasó la cuerda por la primera rama que sobresalía de él y comenzó a tirar de la cuerda con fuerza. La mujer tenía los ojos muy abiertos, pero no se agitaba, solo giraba sobre sí misma por efecto de la inercia, y en cada giro volvía a mirar a los Shoort, como burlándose. Wakus, enfurecido, encendió una hoguera bajo la mujer. Ella se quemó con parsimonia, no agitó ni un solo músculo mientras sus miembros caían carbonizados en la ceniza, como si el dolor fuera algo que todavía no había sido creado. Primero cayeron las piernas, luego los brazos, el torso y finalmente la cabeza, que quedó enganchada unos minutos en la cuerda de la que había sido colgada. Los Shoort, incrédulos, atizaron la hoguera con una rama. Ningún ser vivo parecía haber surgido. El enigma estaba resuelto, la única forma que tenían los humanos de morir era el fuego. Los seis espíritus felicitaron a Wakus y volvieron al refugio de la oscura diosa Xalpén para contarle la buena noticia. Sin embargo, nadie notó que desde los ojos del cráneo carbonizado de la última mujer, emergió una gran mariposa con las alas completamente negras.

Fernando, Sofía, los antropólogos, los chilotes, el santiaguino y Amanda, abrieron los ojos. Estaban desnudos y cubiertos de tierra, hojas, saliva, insectos, semen y fluidos vaginales secos. El viaje había durado una noche y un día enteros. El sol se estaba escondiendo. Desde esa tarde, todos, excepto Fernando y Sofía, quienes eran de alguna forma los guardianes de aquella experiencia, sintieron que algo

había cambiado irremediablemente dentro de ellos, y que ese cambio era para siempre.

Al igual que Fernando y Sofía, los demás participantes del ritual no pudieron seguir normalmente con sus vidas. La realidad se les había vuelto espesa y amarga, como el trago de un líquido inacabable. Sentían que el único mundo válido era el de aquellas ensoñaciones. Fernando los miraba como a sus discípulos. Sintió, que al igual que los delfines selknam, debía ayudarlos a encontrar la verdad que ellos habían descubierto, por lo tanto nunca se negó a las peticiones de realizar un viaje más, ni a la de quedarse con ellos; lo más cerca que pudieran de ellos dos, los profetas que vivían en la naturaleza bebiendo esas pociones mágicas que los transportaban en el tiempo. Fue cuestión de semanas para que todo el grupo hubiese dejado sus labores sociales y se uniera a esta comunidad. Reconstruyeron la casa de Fernando y Sofía y la utilizaron como sede de sus rituales.

Con el pasar de las semanas, la comunidad decidió establecer ciertos puntos comunes respecto a lo que hacían. Intentaron responder las preguntas de siempre: ¿quiénes somos?, ¿por qué hacemos esto? Se llevaron a cabo conversaciones de una profundidad que evolucionaba hasta puntos muy prolíficos y a la vez muy tensos. A pesar de las distintas perspectivas y personalidades de cada miembro de la comunidad, siempre había un punto que los hermanaba y los unía: el irremediable amor por la magia de las culturas ancestrales. No era un amor de museo, ni de artista, era una pasión que los colmaba y los quemaba por dentro; querían descuerarse hasta lo más profundo de su descendencia, hasta esa Latinoamérica pura que alguna vez había existido. Ya no bastaba con adorar ni personificar a los muertos, o mejor dicho, a los asesinados, sino que ellos mismos querían ser de nuevo esos muertos, esos aniquilados. Es por esto que sus rituales se tornaron cada vez más serios y más fieles a las culturas que revisitaban en sus viajes. Trataron de comenzar a ser espectadores activos. Creyeron aprender su lenguaje y sus rituales. Su misión era emular lo más posible a los selknam, a los yámana, a los kawéskar y a los haush, para así, de alguna manera que nunca tuvieron muy clara, traerlos de regreso al presente a través de sus cuerpos.

Decidieron bautizarse como los Hijos de Xalpén, ya que a través de su leyenda y la de los Shoort, era que se habían consolidado. Intentaron plantar ciertas verduras y buscar formas de criar un pequeño ganado para el consumo. Fue difícil. Ya los animales no iban salvajemente por los bosques. Cuando llegaban Fernando y los chilotes con una oveja, Sofía siempre les preguntaba dónde la habían encontrado, y Fernando siempre mentía. Decía que estaba perdida detrás del cerro y que la cazaron con las flechas que habían construido, pero en realidad habían hecho una operación bastante

moderna para atraparla y sacarla de la finca de un huaso que vivía cerca. Cuando ya la degollaban, le lanzaban las flechas y se las dejaban puestas, para que Sofía y los demás comprobaran que los hombres habían cazado.

Los rituales no tardaron en hacerse. Se prepararon durante semanas para el primer Hain. Sofía y Amanda intentaron fabricar pinturas. Mientras Sofía molía frutas que no adherían su tinta a la piel, Amanda le pasaba discretamente un frasco de témpera que había traído del colegio. Entre todos intentaban convencerse de que lo estaban haciendo bien.

Habían tenido solo dos éxitos tangibles en la comunidad hasta ese momento. El primero había sido la adquisición de la lengua ona. Al principio el único que podía decir que hablaba fluido era Fernando. Con paciencia y perseverancia logró enseñarle a los demás sin utilizar las técnicas de la escritura y la lectura. El segundo éxito habían sido los cuatro árboles que plantaron detrás de la casa. Fernando quería poner calafates, pero Sofía le dijo que allí no crecerían. Pronto los brotes de los cuatro canelos comenzaron a emerger. A veces, en las reuniones, Fernando decía que cuando esos árboles fueran adultos, los selknam caminarían de nuevo, en otra forma y con otros cuerpos, pero caminarían de nuevo. Lo juraba, luego untaba sus dedos con saliva y acariciaba la tierra.

Con el tiempo todos tuvieron la piel curtida. Ya aguantaban el frío de manera admirable. En los días más duros de invierno, Fernando no usaba más que un cuero de oveja sobre el cuerpo. Sus ojos se comenzaron a poner amarillos. Los ocho miembros de la comunidad también cambiaron completamente de aspecto.

Después del primer Hain que hicieron, la comunidad se afianzó completamente. Los dos amigos chilotes ya hablaban ona fluido. Parecían haber olvidado su pasado y haberse encomendado a todas las deidades australes. La pareja de antropólogos decía haber cumplido su sueño: pertenecer a una comunidad como las muchas que habían estudiado y analizado durante toda la vida. El santiaguino tuvo un momento de duda. La nostalgia lo arrastraba de nuevo a la civilización. Amanda fue quien desvió sus ganas de volver, a través de una fuerte atracción. Ella, a su vez, preguntaba a Sofía si era posible traer a alguien más a vivir a la comunidad. Sofía le sugirió hablarlo con Fernando, pero ella se negaba, decía que le daba miedo. Ya parecía una pieza viva de museo. En unos meses más seguro se le olvidaba por completo el castellano. Sofía acompañó a Amanda donde Fernando y le planteó la situación. Fernando, bautizado por los demás con el nombre de Hermano Mayor, cedió: no habría problema, pero ella misma, Amanda, tenía la responsabilidad de seleccionar muy bien al nuevo integrante del grupo.

A la semana siguiente llegaron cuatro excursionistas a la comunidad. Iban con el fin de encontrarse a los famosos Hijos de Xalpén. De alguna forma se había esparcido el rumor de su comunidad. Nunca habían considerado plantear la necesidad de que fuera algo secreto, por lo tanto, durante los ires y venires de los antropólogos, los chilotes, el santiaguino y Amanda a sus pueblos correspondientes, antes de mudarse definitivamente a la comunidad, la historia se había esparcido entre los artesanos, los hippies, los antropólogos y otras comunidades, fundamentalmente ecológicas.

Eran cuatro jóvenes de entre diecinueve y veintidós años. Los chilotes, el santiaguino y los antropólogos las recibieron muy bien. Les enseñaron acerca de sus costumbres, sus creencias y sus objetivos. Las excursionistas ya conocían mucho acerca de las culturas australes, pero les llamaba la atención que existiera gente capaz de reconciliarse con la naturaleza en medio de la modernización e industrialización. Querían unirse al grupo. Tenían muchas ideas para la comunidad. Eran cuatro amigas que decidieron huir de la ciudad para encontrar su propio destino en medio de los bosques. El entusiasmo con que hablaban, reían y proponían ideas, gustaba mucho a los miembros de la comunidad. El santiaguino y los chilotes se ofrecieron para proponer la idea al Hermano Mayor, quien no dirigió ni la mirada ni la palabra a las excursionistas. Desconfió de ellas apenas las vio venir. Le causaba mucha extrañeza que los más jóvenes sintieran aquella necesidad irresistible de buscarlos y de unírseles, como si estuvieran escapando de algo. Pensaba que solo querían divertirse y pasarla bien. Les dijo a los tres miembros que le rogaban permiso para incluirlas, que ellos solo las querían para culiar, cosa que no negaron. Argumentaron diciendo que la nueva raza necesitaba hijos. Dándose cuenta, recién en ese momento, que la cosa iba muy en serio, Fernando lo permitió, harían su iniciación apenas quisieran y ellas, muy contentas, se despojaron de todas sus ropas y dijeron que podían hacerlo ese mismo día. Los tres amigos estaban encantados, la pareja de antropólogos alegres, Sofía preocupada por Fernando y Fernando un poco desconfiado. “Esta misma noche será entonces, cuando Kreen alce su vuelo por encima de la cordillera. Mientras tanto, conozcan al resto del grupo”, dijo Fernando, y se fue a limpiar pieles de cordero detrás de la casa. Un oscuro presentimiento le aquejaba. Sentía que la comunidad, poco a poco, se le escapaba de las manos.

Durante la tarde llegó Amanda con el nuevo miembro del grupo, Bastián. Era un compañero del colegio con el que salían muy a menudo. Era famoso entre las niñas por su pelo rubio oscuro peinado a lo Manolo Otero y sus ojos verdes. Entre los hombres era conocido y respetado por tener siempre una gran ración de paraguayos para compartir. Con Amanda tenían una especie de relación. A ella le

gustaba mucho él, y a él le gustaba mucho tener sexo con ella. Cuando ambos llegaron, se encontraron con que toda la comunidad se preparaba y pintaba para hacer una excursión. El motivo era la iniciación de las cuatro nuevas integrantes. Ellas saludaron muy afectuosamente a Amanda y a Bastián. Fernando habló con Amanda sobre su compañero. Bastián no logró entender, porque hablaban en un idioma desconocido. Después Amanda le dijo a Bastián que esa noche el Hermano Mayor decidiría si entraba o no a la comunidad. A él le pareció entretenido pertenecer a una comunidad, aunque no sabía muy bien cómo funcionaba. Pensaba que era un grupo de amigos que se juntaba a hacer fiestas y fumar drogas al aire libre, así que decidió dejarse llevar a través de todo lo que depararía esa noche. Subieron el cerro que se veía en el este. Iban en fila. El Hermano Mayor y Amanda iban al frente y todos los seguían. Marcharon con sus cuerpos pintados bajo la luz de la luna. Reían y contaban leyendas. Al llegar a la cumbre, los miembros del grupo más sus invitados tomaron asiento y pusieron atención a las palabras que decía el Hermano Mayor. Fernando levantaba sus brazos hacia Kreen y cerraba los ojos. Luego tragaba trozos de algo que parecían ser hierbas. Todos lo observaron en silencio. Comenzó a contar la historia del sol y la luna: —En un principio, en el tiempo mítico del Hoowin, las mujeres dominaban a los hombres bajo los cuatro cielos de la Tierra del Fuego. Los mantenían engañados diciendo que la maligna diosa Xalpén los devoraría a todos si ellos no mantenían el hogar, ni salían a cazar. Sin embargo, un día Kre descubrió a dos mujeres conversando y riéndose de lo torpe que eran los hombres al creerles su mentira. Kre fue y avisó esto a los hombres. Después, todos juntos idearon un plan para matar a las mujeres que habitaban la gran Isla, excepto a Kreen. Ella escapó hacia el cielo y desde entonces Kre la persigue por siempre. Así comenzó la era del Sol. Esta historia les era revelada solo a los pequeños jóvenes que participaban del Hain, los klóketen. Yo se las cuento a ustedes, porque nosotros retomaremos las cenizas de nuestros ancestros y las convertiremos en tierra, después en árbol y después en un bosque tan denso que ningún conquistador moderno podrá talar nunca. Así como vinieron ustedes cuatro niñas hoy, vendrán más con el paso del tiempo. Todos querrán participar de nuestra comunidad, y nosotros tendremos los brazos abiertos para ellos. Mientras haya pasión y un poco de odio en nuestros corazones, podremos levantar de nuevo las grandes carpas, ser otra vez lo que fuimos. Hay que dejarlo todo. Podremos dejar de llorar a nuestros muertos y comenzar a ser nuestros muertos.

Ser nuestros muertos. La idea se quedó grabada en la cabeza de todos. De eso se trataba, de bañarse en las cenizas de una antigua civilización. Por amor al pasado, por repulsión al presente, por

esperanza al futuro. Sofía los miraba con una sonrisa maternal. Se paseó por los puestos y repartió lo que a Bastián le había parecido una hierba en las manos del Hermano Mayor. Eran hongos de poder. Amanda lo miró mientras le daba una mordida a la extraña ostia. Sonreía coquetamente. A Bastián le gustaban las drogas psicotrópicas. Comió encantado. Luego siguió sentado escuchando las historias del Hermano Mayor. De un momento a otro las palabras que iban saliendo de la boca del salvaje fueron teniendo para todos una representación visual y hasta física. Cada palabra, cada fonema, ruido y chispa de la fogata eran una galaxia entera. El tiempo y la gravedad se hicieron sensibles y resbalosos. Bastián veía los cuerpos de los chilotes pintados de blanco y rojo. Crecían y se empequeñecían, cambiaban de forma y color. Tardó en darse cuenta de que la cabeza de Amanda se movía de arriba hacia abajo, una y otra vez, debajo de su barriga. Las excursionistas bailaban, los antropólogos levantaban los brazos hacia la luna y cantaban en un idioma extraño. Los chilotes también cantaban en un lenguaje desconocido. El santiaguino estaba entre dos excursionistas. Tocaba suavemente sus cinturas; besaba y lamía al ritmo de cantos y gemidos ancestrales. La pintura de los cuerpos se iba deshaciendo con el calor y el sudor. Sofía y el Hermano Mayor se tocaban suavemente los rostros. Repetían palabras arrodillados uno frente a otro. Sentían que se conectaban con el espíritu de la oscuridad. Sentían la saliva de la diosa como brea caliente corriendo por el cuello. Aullaban y gritaban mientras los antropólogos cantaban al brillo de la luna. Amanda ahora se movía sobre Bastián. Él sentía estar desapareciendo entre las húmedas paredes de su sexo. Se fundía con él, con el fuego, los cantos y una civilización arcaica que recién comenzaba a conocer. Chilotes, excursionistas, santiaguino y antropólogos danzaban, se tocaban con parsimonia, cantaban en un idioma extraordinario. Llenaban sus bocas con la pintura derretida. Se sentían de pronto con diez mil años de existencia encima. Era una experiencia aterradora y aplastante que colmó sus corazones al mismo tiempo que los hizo aullar y sudar, gemir cada vez con más fuerza, moverse al compás de melodías extrañas, jamás escuchadas, como si estuvieran siendo dictadas por seres invisibles que susurraban en sus oídos.

Los chilotes tenían preparado un licor artesanal para la ocasión. Dijeron haberlo aprendido en uno de sus viajes a Tierra del Fuego. Todos, como pudieron, bebieron de la jarra el extraño brebaje oscuro. Era una bebida enseñada a los chilotes por la mismísima Lola Kepjia, última descendiente de raza pura de los selknam. El Hermano Mayor, quien desconocía este brebaje, fue el primero en probar. Casi vomitó. Cuando el líquido bajó a sus estómagos, las sensaciones producidas por los hongos se multiplicaron. Vinieron a sus mentes extraños

recuerdos de vidas que no vivieron, paisajes que no vieron, suelos que no pisaron. El licor les hizo regresar al Hoowin. Tuvieron una conexión privilegiada con el tiempo mítico de las civilizaciones ancestrales. Ahora los trece estaban en la Tierra del Fuego de hace diez mil años, cuando Kenos aún repasaba los últimos detalles de su creación y Temáukel recién subía detrás de la cordillera invisible del infinito.

El cielo de pronto aclaró. Los cerros desaparecieron. Estaban en una playa vacía. Había carpas y fogatas a lo lejos. Sentían que habían olvidado algo por completo, pero nadie sabía qué era. Les llegó una extraña angustia a la boca del estómago. Habían olvidado el español, los libros, la ropa, el setenta y tres, Allende, Pinochet, Stalin, Hitler, la radio, los aviones, la guerra fría y el pan. Las mujeres vestían ropa hecha de guanaco. Los hombres estaban casi desnudos. Llevaban arcos y flechas colgando de la espalda. El Hermano Mayor brillaba y Sofía desprendía una pálida luz azul. Los chilotes, el santiaguino y el antropólogo se sintieron extrañamente indignados contra todas las mujeres. Decidieron hacer algo al respecto. Entre miradas furtivas idearon un plan para asesinarlas a todas, menos a Sofía, quien escaparía del Hermano Mayor para siempre. Las cuatro excursionistas, Amanda y la antropóloga, corrieron despavoridas por la playa. Amanda y la antropóloga lograron esconderse. Las excursionistas fueron capturadas, como en un juego, por los hombres. Reían y lloraban. Extasiadas por la experiencia, estaban en una sagrada confusión ancestral. El calor les pareció de un placer que no podría superar ni el más grande orgasmo. Sentían cómo la piel se rasgaba con las ataduras y cómo la carne les hervía sobre los huesos. Volaban hacía el cielo convertidas en humo sagrado, mientras grandes hogueras crecían bajo ellas. Los chilotes, el santiaguino, Bastián y el antropólogo, tiraban de las cuerdas que habían pasado por las ramas de un árbol para mantener suspendidas en el aire a las cuatro excursionistas. Ya cuando estuvieron completamente carbonizadas, los hombres se fueron desmayando de uno en uno. La playa desapareció como había venido. En un abrir y cerrar de ojos, la comunidad había vuelto a la cumbre del cerro. La orgía y el viaje mítico duraron dos días. Al despertar del segundo, pudieron observar la tragedia humeando a sus pies, entre carbón, huesos blancos como la nieve y mechones de pelo chamuscado.

IV

Bastián era un joven con suerte. Vivía con sus padres en Variloque, un pequeño pueblo al este de la Región de Los Ríos. Su casa era un hostal llamado Las Almenas, su padre era el dueño y su madre una de las mucamas. Cursaba el primer año de enseñanza media en el Liceo Industrial de Variloque. Durante el segundo recreo traficaba drogas baratas que él rara vez consumía. La sombra del futuro se mantenía lejana, no tenía grandes problemas ni traumas. Sin embargo, su vida tomó un giro en ciento ochenta grados el día en que despertó desnudo en medio de un bosque después de un viaje con hongos alucinógenos que duró dos días enteros. Estaba nublado, sentía los efectos del jet lag y del frío, la memoria tardaba en volver a él, se disfrazaba, quebraba y montaba en pequeños pedazos de fotografías perdidas, pornográficas y a ratos sacadas de un vídeo snuff. Alguien gritaba, alguien pataleaba, alguien estaba desnudo, algo se quemaba, algo había debajo, alguien reía. Hubo dolor, peste, placer y llanto. Trató de recordar, pero solo paisajes pesados y lúgubres venían a su mente; un ditirambo doloroso, una espesa neblina que cubría esa palabra que comenzaba a ennegrecerse y crecer desde lo más hondo: crimen.

Cuando la tormenta de recuerdos se diseminó casi en su totalidad, Bastián se puso a caminar. Lo hizo despacio, recordando y adorando esa ruina vegetal donde reposaban las cenizas de algo que no quiso mirar. Cuando vio la madera de los árboles rota, puesta en una especie de hoguera extinta, con cuatro cuerdas que amarraban eso que ya no estaba, pudo rescatar una frase: “Llora como recién nacida, porque acaba de nacer”. Luego otra: “Si te acercas, puedes ver en el fuego tu futuro”. Otra: “Bastián, aquí se instala el sendero”. Finalmente: “Renacimiento”. Comenzó a llorar y a sofocarse, comenzó a correr como un toro acorralado, bufando, empapado de lágrimas, confundido.

Encontró sus pantalones y su camisa, pero no sus zapatos, así que siguió descalzo. La maleza y las ortigas le dañaban los pies, su boca tenía un sabor agrio, la cara le ardía como si hubiese estado muy cerca de una fogata o expuesto al sol. Pisando las hojas de raulí, caminó hacia el lado opuesto de la cordillera, porque sabía que hacia allá

podría encontrar la Autopista del Sur. Divisó a lo lejos un grupo de hombres y mujeres con la ropa raída y la barba larga. Eran los amigos de Amanda. Al acercarse un poco más pudo verla también entre ellos lanzando vapor desde su boca mientras hablaban con expresión seria. El frío no perdonó a su camisa de franela, ni a los pantalones que con el pasar de los minutos pudo notar completamente mojados. No llovía, pero la garúa era tan densa como para abrir la boca y saciar la sed. Amanda lo vio, lo abrazó y dejó caer un par de lágrimas de horror en su cuello.

Se quedaron en la cabaña, que por suerte tenía frazadas suficientes. Bastián preguntó a su anfitriona cuándo podrían volver. Mascullaba que sus padres debían estar preocupados, que quizá ya hayan llamado a carabineros. Ella trataba de explicarle que se acababan de meter en el problema de sus vidas, que no debían salir de ahí por nada del mundo, pero él solo quería volver a casa. Insistía en ir a hacer dedo para volver. Pensó que se encontraban perdidos y nadie le decía nada. Amanda lo distraía, ora con palabras, ora con besos, pero después de unas horas, él partió mientras todos estaban distraídos. No pudo entender qué los detenía.

Al llegar a casa y enfrentarse con merecidos sermones, gritos, llantos y llamadas telefónicas, trató de acomodar y ordenar todos esos frágiles recuerdos dispersados. Giró el caleidoscopio hasta que las pequeñas formas crearan una imagen clara, que pudiese iluminar la oscuridad de esos dos días. Trató de rehacer su vida, de ir a la escuela y de entrar a clases, pero al no ver llegar a Amanda, sus nervios aflojaron cada día más. Amanda no había ido a la escuela en una semana y cada vez que Bastián trataba de ir a su casa, había un radio patrulla afuera esperando. La familia de Amanda no sabía dónde estaba ella y él se sentía cada vez más obligado a decirles, pero renunciaba: “Amanda sabe lo que hace”, pensaba, pero ¿por qué no quería que él volviera? ¿Qué es lo que había pasado en esos dos días? Por más que trataba de forzar ese caleidoscopio, la imagen no llegaba. Cenizas, cuatro cuerdas atadas, desnudo, la cara quemada. Esos eran todos los fragmentos.

Pasaron dos semanas desde que Bastián volvió a su casa y el ambiente aún estaba tenso. Sus padres apenas le hablaban y su hermano menor lo miraba con un miedo nuevo. Estaban tomando once en la mesa con el televisor y la salamandra encendidos. De pronto las noticias cobraron súbita atención para Bastián: “Vecinos de la comuna de Curai encontraron cuatro cuerpos carbonizados a orillas de Río Alto, sus identidades han sido confirmadas como las cuatro jóvenes excursionistas desaparecidas. Policía de investigaciones no descarta la presencia de una secta”.

Por fin la imagen cobró nitidez.

Bastián tomó un poco de ropa, dinero y comenzó el retorno. Llegó en camión a su primera parada: la cabaña. Golpeó la puerta y al ver que nadie le abría, entró por la ventana. Adentro estaban Amanda y sus amigos en un estado deplorable: olían mal y parecía que no habían comido desde que él se había marchado. La madera de la casa estaba húmeda por la llovizna que no cesaba en esa zona, como si la casa estuviera eternamente cubierta por una nube. Tenían una pequeña cocina improvisada y dos colchones con sus respectivas frazadas para los ocho que allí dormían. Para sorpresa de Bastián, no estaban drogados, y lo primero que preguntó Amanda fue si en Variloque sabían algo de las niñas. Él respondió que sí, había salido en las noticias y aunque nadie se lo había preguntado dijo que él ya se acordaba de todo. Uno de los amigos de Amanda preguntó si le había contado a alguien, él lo negó, pero agregó que tarde o temprano los iban a descubrir.

—Nos van a descubrir —repitió otro amigo de Amanda—, nos van a descubrir, hueón. Tú me ayudaste a amarrar a las cabras chicas, eres tan culpable como yo y como todos los que estamos acá.

Bastián se sintió por primera vez dentro de un gran problema. Se quedó con ellos y lograron vivir en esa pequeña cabaña pensando entre todos cómo evadir a la justicia. Las resoluciones eran muchas y muy diversas:

—Esperemos que todo pase.

—Entreguémonos.

—Crucemos la frontera.

—Entreguémonos.

—Hagamos que culpen a alguien más.

—Entreguémonos.

—Ante todo salgamos de aquí, nueve personas desaparecidas después de un asesinato de cuatro… De seguro ahora estamos siendo buscados como asesinos, más que como desaparecidos.

—Alguien podría echarse toda la culpa y librarnos de cualquier cosa… O distraer a los pacos con una pista falsa…

—Sí, alguien tiene que ir —concluyó el Hermano Mayor—. Es nuestra mejor opción.

Todos pensaron que debía ser él quien debía arriesgarse, pero nadie lo dijo. Durante ese tiempo el ambiente fue denso dentro de la cabaña. Estaban a la espera de un voluntario o de una mejor idea. Con el tiempo dejaron de lado sus oraciones a Xalpén, los sacrificios animales perdieron su misticismo para ganar una importancia ante todo gastronómica. Había algunos lisa y llanamente cansados de estupideces, queriendo ir a sus casas y abrigarse, sobre todo el santiaguino y el antropólogo, quien tosía terriblemente durante las

noches y miraba al Hermano Mayor con odio. Guardaba silencio, pero se veía en sus ojos que tomaría cualquier oportunidad para traicionarlo (si su salud lo permitía). Su esposa y colega ayudaba a Sofía a mantener la calma. Buscaba agua y rebanaba la carne de pequeños conejos para hacer guisos. Había comenzado el frío. Decidieron hacer fogatas dentro de la casa para esconder el humo. El olor era insoportable. Los miembros del grupo discutían y lloraban constantemente. Sofía trataba de tranquilizarlos, pero ella misma no podía con el miedo a que los encontraran. El único que se mantuvo siempre fuerte fue el Hermano Mayor, quien guardaba un silencio gélido tratando de idear estrategias para evadir a la justicia, mantener la comunidad y contrarrestar las traiciones.

Durante los últimos días, parecían haber agotado ya todos los animales de la zona cercana. Incursionarse más allá del río y los cerros que circundaban la cabaña secreta sería exponerse a los campesinos. Robarles una gallina siquiera implicaba el riesgo de una llamada a la policía. Para comer los nueve en esa cabaña se las habían arreglado de milagro, pero de un milagro que no duraría mucho.

Al principio Bastián estaba desesperado por volver llorando a la casa de sus padres y confesar todo, pero el miedo a las posteriores represalias lo hicieron desistir. Optó por convertirse en uno de los miembros más acérrimos de la comunidad. Salía a buscar conejos y corderos perdidos con los demás y ayudaba con las modificaciones estructurales de la casa. Intentaba que el sexo con Amanda fuera lo suficientemente poderoso como para hacerlo olvidar su viejo hogar, aunque solo fuera por unos instantes. Pero por las noches, mientras veía extinguirse las últimas brasas de la fogata, un sentimiento de angustia le apretaba el pecho. Pensó en que su amor por la comunidad desde el principio había sido falso. Nada bueno saldría de ahí por mucho que intentaran convencerlo. Con el pasar de los días, Bastián comenzó a mirar a los demás miembros con algo de asco. El cariño que se había generado después de consagrar una extraña monotonía, dio paso a una rabia y hastío determinantes. Ya casi ni hablaba y menos comía. Se perdía en tareas inocuas durante todo el día para no conversar con nadie, como si se le hubiesen secado las emociones por dentro. Había recuperado todas esas imágenes perdidas en la noche de Xalpén. Recordó estar pasando la cuerda por el cuello de las cuatro excursionistas drogadas, tirar de la cuerda por encima de una rama y sostenerla junto a dos hermanos mientras las jóvenes pataleaban y jadeaban ahogadas sobre una hoguera, quemándose sin fuego directamente, sino con el calor que subía. Su propia culpa le hizo sentir que odiaba a todos los que estaban allí. A pesar de que en el tiempo recluidos se habían conocido más, ellos habían sido los que en un principio lo pusieron en esa situación. El extraño amor que sentía

por Amanda con su locura de secta se transformó en el odio más profundo que hubiera experimentado su joven corazón. Ella y sus amigos lo convirtieron en un asesino.

Había escuchado que el próximo plan de la tribu era viajar a Tierra del Fuego, borrar sus identidades y con el paso del tiempo transformarse en indígenas ya definitivamente. Él no estaba dispuesto a eso. Sabía que los chilotes, el santiaguino, los antropólogos, Fernando, Sofía y Amanda eran unos locos de mierda, más locos que los indios mismos.

Un día el Hermano Mayor preguntó en voz alta, mientras todos los hermanos estaban dentro de la cabaña, quién iría a Variloque para distraer a la policía con una pista falsa sobre su paradero mientras los demás escapaban hacia la tierra sagrada. Luego de un murmullo colectivo, ante la mirada de todos, el único que se ofreció fue Bastián. Amanda, que ya no lo veía como su compañero de curso, sino como otro hijo de Xalpén, no le ofreció ningún consejo, ni otra bendición que no le hayan dado sus otros hermanos. Estaba cansada y deshidratada. Le dio las gracias y luego volvió a dormir sobre su frazada, como un perro viejo esperando la muerte.

Bastián partió encomendado por todos los hermanos a la diosa Xalpén y al cruel espíritu Táita: “Thejin yan Xalpén, thejin Táita, ta mah-ka aytan xoren chen'n mahuín josh ¡haiken mam! ¡san tissne'n!”. Luego de decir esto, cada uno vertió una gota de sangre sobre la espalda y los hombros de Bastián. Él se mantuvo en silencio mirando hacía un punto que se perdía entre las palabras de todos. Esa noche, antes del día en que se marcharía, todos bailaron cuando apareció Kreen desde la cordillera huyendo de Kre. Los nueve hermanos se pintaron el cuerpo con la pintura que usaban en los cada vez más esporádicos rituales. Primero se pintaron todo el cuerpo de blanco, luego líneas rojas horizontales. Cada uno tenía su casco. Unos eran puntiagudos y los otros planos, como las alas de un avión. El cansancio era considerable, pero esa noche todos quisieron participar del ritual, porque su aytan iría a poner una denuncia falsa bajo el riesgo de caer preso, permitiendo a los nueve hijos de Xalpén seguir existiendo. Él juró con fervor que no los traicionaría jamás, pues en este lugar había encontrado a su yar. Los nueve hermanos bailaron, danzaron y revivieron el mundo mítico que adoraban, ya sin estupefacientes, viéndolo todo con los ojos de la locura.

Al día siguiente Bastián partió a Variloque haciendo dedo. No fue a su casa, llegó directo a la comisaría ubicada en el centro de la ciudad. Caminaba por la plaza de armas cuando pasó por fuera de una tienda cerrada con las puertas de vidrio. En ellas pudo verse después de mucho tiempo sin pegarse una buena ducha que no fuera en el río, sin lavarse los dientes, sin afeitar (no tenía mucho que afeitar a esa edad)

y comiendo lo que encontrara, que era poco. Se sentía un vagabundo. La piel se le veía más amarilla y los ojos se le habían hundido. Estaba convencido de que su rostro lo inculparía siempre de asesinato. Ahora que miraba su reflejo se sentía un asesino. Miraba en el espejo, como en una película, a la joven excursionista moviendo su cabeza hacia atrás y pataleando sobre el fuego. La veía a ella y a las otras tres, cada una en su respectiva hoguera, pero quebró la imagen de sus recuerdos abriendo las puertas de vidrio y entrando a la comisaría, ante la mirada atónita del cabo de guardia y el cabo de escritorio, que le preguntó qué se le ofrecía y también por qué andaba sin zapatos. Bastián no quiso decirle nada, solo pidió agua. El cabo del escritorio mandó al cabo de guardia a que se la trajera. Bastián se sentó en una silla cuando llegó el vaso con agua, luego se quedó mirando un punto perdido en la alfombra de la sala. El carabinero estaba cada vez más interesado en saber de dónde venía ese chiquillo harapiento, sucio, flaco y enfermo, pero esperó a que descansara y tomara su agua. Trató de imaginar cómo sucederían las cosas si él hiciera lo que tenía que hacer. Se vio sentado durante muchas horas mientras un carabinero hacía llamadas y anotaba en una agenda. Luego imaginó a sus padres recibiéndolo y llorando. Cargaría con esa vergüenza toda la vida.

Después de un par de minutos, Bastián se paró de la silla, dio las gracias y se fue. El cabo de escritorio le hizo un gesto con los hombros al cabo de guardia y siguió trabajando. Bastián llegó a una tienda de abarrotes, donde pidió con mucho respeto algo de pan. El dueño, sorprendido por la cortesía, el cabello claro y los ojos verdes del mendigo, le regaló dos marraquetas unidas. El joven dio las gracias y se marchó. Se sentó en la plaza de armas de Variloque y terminó la mitad de uno de los panes que le dieron. Pensó en su familia, en su hermano y sus padres, luego pensó en las excursionistas, y se dio cuenta de que nunca supo sus nombres. Asimismo se dio cuenta de que nunca supo los nombres de ninguno de los hijos de Xalpén, excepto el de Amanda y de Sofía.

En la banca del frente, un adolescente, probablemente de su edad, con una bicicleta apoyada sobre las piernas, leía un libro y fumaba. Bastián le pidió, o más bien le ordenó con mucha brusquedad, que le diera un trozo de papel y un lápiz. El joven disimuló su miedo a que Bastián lo asaltara. Sacó un cuaderno y un lápiz de pasta rojo. Bastián arrancó un pedazo de hoja y escribió. Luego se acercó a la comisaría tratando de no pensar en nada. Esperó a que los carabineros estuvieran distraídos y metió el papel doblado por debajo de la puerta principal, después caminó rápido, con el paso apretado y sin mirar a nadie, como si todos los ojos de la gente le restregaran y multiplicaran la vergüenza provocada por esa traición.

—Más claro echarle agua, ¿o no sargento?

—¿No viste quién lo metió?

—Ninguna cosa vi yo mi sargento, estaba en el baño

—Puta madre… —rezongó, luego se comunicó por radio a la central—. Un mensaje anónimo sobre las cuatro jóvenes perdidas llegó a la comisaría, repito, un mensaje anónimo sobre las cuatro jóvenes perdidas llegó a la primera comisaría. Dice así…

El sargento aún no podía creer lo que tenía en sus manos: una distinción y un probable ascenso. Desde la central enviaron la orden de detención para los ocho asesinos escondidos en la cabaña de Curai. Se dio orden a la Policía de Investigaciones cuando tres patrullas y dos agentes motorizados ya llevaban kilómetros de ventaja. “Estos pacos de mierda envidiosos”, se escuchó decir entre los PDI mientras se armaban y se vestían con sus chalecos anti-balas.

Los vehículos se introdujeron al cerro cuando iban aproximadamente a cincuenta metros después del peaje. Mientras avanzaban, la niebla se hacía más espesa, dificultándose ver más allá de un par de metros. Aun así, siguieron varios kilómetros hasta que vieron una casona vieja y abandonada en el medio de los cerros. La casa tenía un piso, su madera estaba carcomida por la humedad. Todos los vehículos se detuvieron y los agentes caminaron despacio con sus armas apuntando hacia adelante. Había silencio absoluto, nada más que el ruido de los autos a lo lejos, en la carretera y el sonido del viento. Todo esto acompasado por el constante crujir de la casona. Sonaba como si estuviera llorando. De pronto, el correr agazapado a la tierra de un animal desesperado; un zorro persiguiendo gallinas. Luego un grito de policía, un alto ahí conchetumadre que no sirvió de nada porque el animal siguió corriendo hasta que le dispararon tres veces. Un breve gemido desde la casa, esta vez de una persona. Alguien pateó la puerta, se escucharon gritos, forcejeos, palabras, llantos y alguien más corrió, de nuevo tres disparos y sobre la tierra dos cuerpos pintados de blanco con líneas rojas cruzando el estómago, el pecho, la cara y las piernas. Sobre sus cabezas las alas de un avión. Eran el Hermano Mayor y Sofía, los padres de un niño que no los esperaba, porque no los conoció. Los seis hermanos restantes no hicieron esfuerzos en escapar, fueron esposados y metidos en un carro de policía. Todos guardaban silencio y miraban a Amanda que lloraba. Le enviaban mensajes telepáticos de muerte. Ella solo podía llorar.

Meses después, los seis hermanos fueron enjuiciados por el asesinato de María Cruz, María Inés, María José, María Jesús y Bastián Jiménez. Campesinos dijeron haber encontrado el cadáver de este último joven. Cuando el forense vio sobre su mesa las vértebras inconfundibles de una vaca pequeña, supo que recibiría una bonificación de los fiscales que en ese momento asentían con la cabeza detrás de la ventana de su laboratorio. Era mucho más barato asumir

una muerte que iniciar otra búsqueda. Fue así como la tumba de Bastián se enterró vacía, con un velorio lleno de llanto y preguntas sin responder. Sin embargo, el joven a quien velaban, levantaba el pulgar a un costado de la autopista prometiéndose nunca volver. No aceptaría la vida de criminal, ni tampoco la de soplón. Se construiría de nuevo a pesar de que tuviera que dejar todo atrás. Tomó varios camiones. No tenía muy claro su destino, pero intuía que terminaría llegando a la capital. En Santiago era más fácil esconderse, pensaba, mientras escuchaba la cumbia que sonaba en la radio de un camionero amable que se ofreció a llevarlo con la condición de que lo despertara cuando se quedara dormido al volante, y de que lo ayudara a descargar los sacos de cuero al llegar.

Bastián callaba mientras trataba de deshacerse de todos sus recuerdos o de darles otro significado. Traspasaba las viejas emociones a las nuevas, a las nacientes o por nacer. Se iba construyendo en esa autopista junto con los nuevos paisajes, animales, casas y personas. Pensaba en que ninguno de ellos sería capaz de hacer lo que Bastián hizo; lo que su antepasado hizo, porque hasta su nombre lo cambió. Ahora se llamaba Ian, como si solo hubiera conservado la mitad, y la otra se hubiera muerto junto con las excursionistas y su otra vida.

Así, con la ayuda de ese paisaje que corría veloz en la cercanía, y lento en la lejanía, comenzó a exhalar el espíritu antiguo y a reinventarlo. Aquel conductor sería su primer padre, jovial, atento, gordo y con barba. Tuvo que despertarlo en pocas oportunidades y escuchar la historia de toda su vida, como también inventar una propia y compartirla. La historia del conductor estaba llena de errores convenientes, borracheras memorables, mujeres violeta y mujeres marrón, hazañas de primer orden y revólveres. Guardaba uno en la guantera. Cuando llegaron a una estación de servicio en Los Ángeles, ambos bajaron del camión, el hombre frunció el entrecejo, escupió y lo sacó de la guantera.

—¿Sabí disparar?

—No.

Entonces recogió un par de latas del piso del camión, mandó a Ian a ponerlas sobre una rama de árbol, a unos veinte metros de distancia, y cuando regresó a su lado disparó tres tiros precisos al centro de las tres latas. Abrió el tambor del revólver y vio que quedaban tres balas. Le dijo que abriera las piernas, que se pusiera firme, como boxeador, con tal de que no perdiera el equilibrio con el disparo. Que no cerrara los ojos, eso era un mito, debía mirar fijamente al árbol donde habían puesto las latas, elegir un centro, estirar los brazos y disparar. La bala llegó a la base de la rama donde había apoyado las latas y ésta cedió. El conductor se rio mientras sacaba un cigarrillo y lo compartía con Ian. La rama del árbol cayó con estrépito.

Después de unas horas descargando sacos de cuero, Mario, el conductor, preguntó a Ian si tenía donde ir. La tarde avanzaba rápido, pronto caería una noche nueva, distinta a las del sur. Ian pensó en su casa y dijo que no. Mario supo desde un principio que Ian estaba escapando de algo o de alguien. No quiso preguntarle nada, pero lo sabía. Propuso que lo acompañara unas vueltas más. Podría quedarse en el terminal de camiones y encontrar trabajo de ayudante. Desde ese momento, Ian no podía dejar pasar oportunidades, cada paso que daba podría ser uno en falso y eso era la muerte o la cárcel, escenarios distintos pero iguales. Entonces aceptó. Subieron nuevamente al camión. Mario le permitió varios minutos de silencio. Mientras veía por la sucia ventana, Ian se prometió no volver jamás, pasara lo que pasara, a Variloque, la región de las cuatro excursionistas muertas. Nada más, una región entera donde los únicos habitantes eran cuatro excursionistas muertas: María Cruz, María Inés, María José, María Jesús y, en cierto sentido, Bastián Jiménez. Desde ahora sentía todo el peso de la libertad caer sobre sus hombros. Mario lo observaba de reojo mientras conducía. Pensaba que era un pobre adolescente sin futuro y lleno de recuerdos negros, como él había sido en su juventud. Le dio un cigarro y le dijo que un poco más allá había una picada donde vendían unos chacareros con ají del terror.

II.- ECOS

Son un largo coro antiguo
que no más ríe y ni canta.
Nómbrala tú, di conmigo:
brava-gente-araucana.
Sigue diciendo: cayeron.
Di más: volverán mañana.

GABRIELA MISTRAL

I

Ian trabajó con Mario durante mucho tiempo. Las nuevas imágenes que sobrevolaban por la ventana le servían de ruido blanco para adormecer la conciencia. Trataba de estar atento a las innumerables historias de Mario y de los demás camioneros con los que viajaba, como Augusto, Jaime, Gustavo y César; todos adictos a la cocaína. Era de imaginar. La ruta les mostraba líneas blancas pegadas a la carretera todo el día, no paraban de pensar en ello y cuando llegaba la noche y los párpados pesaban, una que otra raya les ayudaba para despabilar. Hay que mantenerse despierto, pero no adicto, decía Mario. Ian no respondía nada, ya tenía cierto rencor hacia las drogas. Le costó mucho volver a fumar marihuana y nunca aceptó una línea. Se mantuvo sobrio lo más que pudo. Sabía que una borrachera podía soltarle la lengua y resucitar el crimen del viejo Bastián Jiménez, quien retozaba desnudo y tranquilo junto a los gusanos, bajo la humedad de la hojarasca y del olvido.

Las primeras semanas Ian casi no pisó la tierra. Sus pies se mantenían inmóviles sobre el camión hasta que bajaban a alguna picada o a descargar lo que fuera que llevasen. Los camioneros trabajaban por turnos que duraban días, por lo tanto, no pudo estar siempre con Mario, debía rotar. Afortunadamente hubo buena convivencia con todos los demás compañeros. El primer día que Mario lo llevó al terminal, habló con el jefe de la cuadrilla. Ian no logró escuchar lo que Mario le dijo a Don Eduardo. Desde una distancia prudente, vio como sus brazos se movían explicativos y las sonrisas escapaban de ambas bocas. Imaginó las historias que le estaría contando a su jefe. Según lo que él sabía, Ian estaba escapando de su casa ya que su madre era prostituta, la veía cada vez menos y llegaba con viejos cada vez más borrachos y más violentos. Era una historia que Ian escuchó o vio en alguna película. Debido a esta mentira, Mario generó un cariño paternal hacia su ayudante. Se preocupaba del almuerzo y de traerle su propia ropa que le quedaba chica. Una vez que don Eduardo hizo las gestiones para contratar a Ian como peoneta, todos los camioneros se preocuparon de que el niño no pasara hambre ni frío. Don Eduardo le entregó una de las piezas destinadas a los camioneros para dormir, donde podría pernoctar

durante sus días libres (que eran muy pocos) y de la que se tendría que levantar cuando llegara un camionero con doble turno que quisiera descansar. Afortunadamente nunca se dio la ocasión de que tuvieran que echarlo de la pieza en mitad del sueño, ya que Ian se preocupaba de conocer los horarios de sus compañeros y así calcular cuántas horas (o minutos) podría dormir.

Algunos camioneros eran más callados que otros, pero en su mayoría eran parlanchines. Ian podría escribir un libro con todos los secretos que cada uno le había contado, porque la monotonía de la carretera era mejor llevada batiendo la lengua y compartiendo desde las vicisitudes más fútiles hasta grandes filosofías de vida e íntimas confesiones. Viajaban desde Santiago a Talca, Chillán, Temuco, Valdivia, Coyhaique, Puerto Montt, Punta Arenas y de vez en cuando a pequeños pueblos aledaños de cada capital. Cuando pasaban por Valdivia, Ian sentía escalofríos. Estaban relativamente cerca de Variloque. Siempre trataba de dormir todos los kilómetros que duraba ese trayecto y cuando tenían que detenerse, descargaba los sacos de cuero o las máquinas como si fuera un asunto de vida o muerte.

La cuadrilla de camioneros era contratada por empresas que necesitaban de sus servicios, pero que no contaban con sus propios vehículos, por eso los camiones no tenían logo. Eran blancos, toscos y destartalados, pero grandes y eso era lo que importaba. Con el tiempo, a Ian le parecía que las personas adquirían la contextura de un camión. Los brazos de Mario se asfixiaban en la camisa de franela y si no fuera por la barba, el mentón ya se habría confundido con su cuello. Era corpulento, pero no una bola de grasa. Tenía toda la carne bien pegada a los huesos. Su rostro emulaba la parte delantera del camión, la mandíbula ancha y los ojos pequeños. Más bien feo, pero no feo de remate. Su señora no era fea, ni se veía una mala mujer en el pequeño sobrecito de plástico con fotos que tenía colgando del espejo. Aunque lo que más había llamado la atención de Ian era la hija de ellos, quien lucía un jumper sobre una camisa blanca y sonreía tras un cartel negro anunciando su nombre completo y su RUT. Se llamaba Verónica.

—Menos mal que se parece a su mamá.

Mario soltó una risilla. Ian no logró adivinar la extraña mueca y el vacío que se generó en sus ojos tras la broma, era fugaz y real, lleno de lenguaje. Con el tiempo se daría cuenta que ese gesto le comunicaba su viudez y el dolor de aquella crianza luminosa, pero al mismo tiempo trágica, colmada de silencios que debían mantenerse.

Don Eduardo, el jefe de la cuadrilla, era el que más parecía camión. Gustavo tenía grandes ojeras y parecía uno de los muchos animales atropellados por sus mismas ruedas. César era el único con bigote, él se parecía a la parte de atrás del camión o a un gran

refrigerador blanco. A través de las conversaciones, parecía el más culto e inteligente de los tres. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía, apabullaba. Por otro lado, Jaime era la criatura más extraña de todos. Tenía el aspecto de la carretera, delgado y duro, como un fantasma que había aparecido al lado de una animita mientras pasaban por una cuesta. Era calvo y usaba anteojos redondos. Hablaba mucho de su vida y de su familia. También le gustaba contar chistes y conversar sobre mujeres. Era simpático, pero su aspecto siempre causaba desconfianza.

Ian se sentía muy conforme con su trabajo, ya que con él pudo conseguirse una pieza barata en Santiago y mantenerse libre, pero sin grandes gastos. El tiempo ya había hecho gran parte de la tarea de borrar su memoria. El miedo a la policía era más grande que la nostalgia por ese otro cuerpo muerto, ya fundido con la tierra, ya apenas dejando salir el olor de la putrefacción, quizá con los huesos blancos aún al aire, pero poco a poco el roce del viento rasparía las costillas y las haría flotar como polvo. Ya no se confundía cuando le preguntaban su nombre, era definitivamente Ian, una persona nueva y hasta con un nuevo físico. Había dejado su cara redonda y los gestos suaves. Cada vez que se miraba al espejo, veía los rasgos de un hombre recién comenzando a formarse. La carretera y los chacareros con ají le hicieron entrar carne a su enflaquecido cuerpo. Con su segunda paga se hizo un corte de pelo y sus ojos verdes recobraron el brillo. La primera vez que volvió al corral de camiones después de quedarse en el sucucho que arrendaba a unos peruanos del centro, todos se mostraron muy alegres por el cambio que observaron en el pobre y triste cachorro que había llegado hace un par de meses. Se desenvolvía con seguridad y se le veía feliz. Solo seguía temblando y escondiéndose cuando divisaba a algún policía. Logró evadirlos por dos años. Luego sus compañeros y amigos camioneros lo presionaron para que se consiguiera una identidad. Intentó pedírselo a Don Eduardo, pero él no tenía ese poder.

Con el pasar de los meses las cosas fueron adquiriendo un extraño y desesperado orden. Ian trabajaba siete días en los camiones y estaba siete días en un gueto de la ciudad junto a los demás arrendatarios, todos extranjeros menos él. Lo bueno era que el arriendo no requería papeleo ni trámites engorrosos, solo dinero contante y sonante que Ian pagaba religiosamente. La pieza tenía una puerta sobrepuesta, espacio para un colchón y un viejo mueble de madera incluido. Para divertirse y distraerse compró una guitarra acústica, con la que amenizó los molestos aleteos del pasado que aún revoloteaban en su cabeza. Por una extraña coincidencia, el difunto Bastían también sabía tocar la guitarra y muy bien. Él había heredado esos poderes musicales, quizá por el polvo de los huesos de Bastián que había llegado a sus narices,

ya libres de culpa, huérfanos y limpios después de haber filtrado todo lo malo a través del aire. La guitarra y los difusos restos de adolescencia que quedaban en él, lo hicieron adquirir el clásico deseo de convertirse en músico. No tenía gran importancia: era solo un sueño.

Sus nuevos amigos peruanos, colombianos, venezolanos y haitianos lo invitaban a almorzar cada vez que hacían ollas comunes para todo el gueto. Él iba, compraba algunas bebidas y agradecía la invitación. Las mujeres servían los platos y después de comer se escondían de nuevo en las pequeñas piezas repartidas equitativamente por el patio. Los hombres se quedaban conversando y riendo. Ian cayó muy bien desde el principio. Le pusieron "Gringuito", por su estatura y por lo rubio. No insistieron en preguntarle por su pasado. Intuían que tras su apariencia se escondía un extraño tipo de delincuente. La dureza de su rostro y una mirada que lo atravesaba todo, lo delataba. Por este mismo motivo, Joel, su casero, no demoró mucho en hacerle una propuesta después de uno de los grandes almuerzos que servían los domingos. Le contó que tenía contactos con gente que llegaba desde Tacna con ladrillos de yerba lista para vender, pero que necesitaba alguien que la moviera. Ian sintió otra gran oportunidad de trabajo, así que se ofreció y desde ese día comenzó a traficar como lo hacía el difunto Bastián en el patio del colegio. No dejó de trabajar en la cuadrilla de camioneros. Comenzó a venderles a todos los mochileros que se subían en el camino. La mayoría le compraba y mucho. Casi no era necesario que saliera a vender a los bares, lo hacía solo cuando le sobraba un poco. También compartía y les vendía a los camioneros cuando querían. No era muy seguido, pero a veces necesitaban estabilizarse después de tanta coca. Lo único que le preocupaba, ahora más que antes, era encontrarse con policías. Estaba exponiéndose demasiado. Cualquier control de identidad podía desbaratar toda una vida nueva. No alcanzó a contarle a Joel sobre su problema cuando un día, mientras fumaban y conversaban en el patio, él le dijo: —Mijo, necesitas una identidad.

—¿Por qué lo dice?

—¿Terminaste el colegio? No ¿Tienes domicilio? Tampoco. ¿Tienes padres? Tampoco. ¿Tienes familia? Sí, nosotros, pero nosotros no valemos. Si los verdes te pillan por ahí pasando la merca te llevan pues. Y si te llevan y no tienes, este, el carné, pos me joden a mí. Yo conozco a los verdes de la comisaría de por aquí, son amigos míos, pero si te ven así vacío, sin historia, como estás, te llevan, capaz que me llevan a mí y a todos de vuelta pal Perú.

—No tengo nada, jefe.

—No me digas jefe, nomás Joel. Mira, mañana mismo vamos a conversar con mis amigos del pasaporte. Ahí que te ayudan, pero te va

a costar, ¿entiendes pues?

—Sí, Joel, gracias

—Vaya tranquilo, mijo.

El extraño y desesperado orden construyó una extraña y desesperada monotonía. La vida en la carretera le hacía pensar que nunca había hecho otra cosa que no fuera descargar camiones. Don Eduardo ascendió a Ian a encargado de ruta después de dos años y medio trabajando en la cuadrilla. Con esto, además de ser peoneta, era quien llevaba un registro de los camiones que entraban y salían del corral. La cuadrilla había aumentado su personal a una recepcionista-telefonista y dos máquinas nuevas.

Fue en ese entonces, durante el año 1998, mientras Zamorano y Salas hacían de las suyas en el mundial de Francia, cuando llegaron las noticias de un extraño negocio. Durante un día nublado de junio apareció en el corral un hombre en un auto negro. Usaba saco y guantes de cuero. Tenía el rostro escondido detrás de unas gafas y un sombrero. Don Eduardo lo recibió a la entrada, pero luego lo hizo pasar a su oficina. Mientras ellos conversaban, los demás veían un reñido partido entre Brasil y Escocia. Todos apoyaban a Escocia. Unos minutos después del segundo tiempo, llegó Don Eduardo con una expresión extraña en el rostro, como si le hubieran informado la muerte de un familiar lejano, pero que al mismo tiempo le había dejado una gran herencia.

—Cauros, tenemos que conversar.

Ian tuvo un fugaz presentimiento de que se trataba de algo con respecto a él. Quizá era un detective encargado de buscar al fantasma de Bastián. Quizá todo se había ido a la mierda. Un hielo le bajó por la espalda durante los segundos en que Don Eduardo demoró en seguir con la información. Mario apagó la tele, ya sabían que Brasil ganaría.

El negocio que había propuesto el extraño hombre de negro no tenía nada que ver con los antiguos trabajos realizados por la cuadrilla. Según lo que dijo Don Eduardo, el hombre representaba a muchas importantes empresas de las que no podía hablar. También dijo que dichas empresas eran manejadas por personas relacionadas con política, que tampoco podía mencionar. Pero lo que sí podía decir, era que esas personas tenían mucha, mucha plata y que querían negociar con la cuadrilla. En un principio había pensado que quería comprar los camiones y el terreno.

—Se lo pregunté, y él dijo sí, pero no. Quiere comprar los camiones, y otros camiones nuevos, mejores y más grandes, y darnos una bonificación a cada integrante de la cuadrilla si el trabajo llegaba a realizarse.

Luego de un gran sobre café sacó seis sobres blancos. Cada uno

tenía el nombre de uno de los trabajadores. Eduardo los fue repartiendo como si fueran regalos de navidad. Había uno para Gustavo, Jaime, César, Augusto, Mario, Ian y Eduardo. Ninguno era para Doris, la recepcionista y telefonista. Ella no debía enterarse del trabajo.

—Es una cosa de hombres —agregó.

Ian tomó el sobre en sus manos temblando. Era el primer documento que llegaba con su nuevo nombre. Las tres letras estaban perfectamente estampadas con máquina de escribir. Todos abrieron su sobre. Un suspiro de incredulidad generalizado se escuchó en la habitación. Luego unas grandes risotadas. Don Eduardo, en medio de la algarabía y la emoción, explicó a los trabajadores que el hombre había dicho que eso era un incentivo. Después de realizado el trabajo recibirían el doble y si salía bien podrían seguir contratándolos. César y Jaime querían saber de inmediato de qué se trataba, sospechaban algo turbio. Don Eduardo trató de tranquilizarlos.

—Estense tranquilos, cauros.

—Pero desembuche pos don Eduardo, diga qué hay que hacer.

—Tenemos que quemar los camiones en una calle de Temuco. El caballero dice que por problemas con los mapuches. Les han quemado máquinas y todo el asunto.

—¿Y para qué nuestros camiones?

Augusto y Jaime no entendieron muy bien qué era lo que se quería lograr. César, Mario y Don Eduardo trataron de esclarecerlo, pero no se les vino a la mente ninguna razón lógica. Gustavo e Ian guardaron silencio. Se notaba que Gustavo desconfiaba, pero el dinero en sus manos le respondía que era un negocio confiable: si eran las empresas que quieren corretear a los mapuches, debían tener mucha plata. Aunque todavía tenía una duda.

—¿Y qué pasa si después nos denuncian?

—Piensa un poco Gustavo, ¿de qué les sirve pagarnos pa que quememos los camiones y después acusarnos? No tiene lógica po hueón.

Don Eduardo tenía una hora para convencer a la cuadrilla. Dentro de ese tiempo lo llamarían por teléfono. Llamaron, contestó Doris, pero Don Eduardo casi le quitó el teléfono. Sí, dijo, estaba todo bien. Luego, con el auricular todavía en la oreja, anotó algo en un papel y asintió muchas veces antes de despedirse. Cortó, dijo un chiste a Doris y volvió a la sala donde estaban los demás.

—Estamos listos. Mañana tenemos que salir temprano a Victoria. Ahí nos vamos a juntar con unas personas y nos vamos a organizar.

—Tiene que hacer algo con la Doris, jefe.

—Ah, sí, le voy a dar libre.

Además del nuevo trabajo, había dos salidas urgentes que hacer. Don Eduardo aseguró que no era necesario que fueran todos al sur, la plata se repartiría igual, así que se quedaron Gustavo y César para no perder los clientes y como posible coartada. Esa noche, Augusto, Ian, Jaime y Mario compraron cervezas para festejar y darse ánimos. Don Eduardo los acompañó un rato. Trataban de convencerse de que habían tenido mucha suerte por el negocio y de que estaban en el bando correcto de la lucha.

—Entonces yo salgo en la máquina ocho y tú en la cinco

—Sí, son las que están más hechas mierda

—Sírveme un poquito más…

—Al final esos mapuches son todos borrachos —interrumpió don Eduardo, quien se había mantenido en silencio desde hace rato.

—¿Y vo?

—No se te vaya a caer el vaso, hueón…

—Son todos terroristas —dijo Mario solemnemente.

—Hay que pitearse a todos los indios y se acaba el problema, hueón. Están más locos que las rechuchas.

Nadie interrogó a Ian después de esa frase. Solo se rieron del odio con que se expresaba. La borrachera estuvo a punto de hacerlo contar su más infame historia, pero se contuvo. En la mañana del día siguiente, partieron.

Por suerte tenían sobres de suero en polvo guardados. Los disolvieron y bebieron hasta que pasó la resaca. En un camión iba Don Eduardo, Ian y Mario, en el otro Jaime y Augusto. Manejaron tranquilamente por la carretera. Mario fumaba y conversaba lánguidamente. Aún repetían chistes de la noche anterior, pero la mayoría del tiempo hablaban de lo que iba a suceder ese día. Según lo que había dicho el hombre de negro, no debían preocuparse ni siquiera de cómo incendiar los camiones, solo tenían que llevarlos y esperar las instrucciones del “comando”. Ian preguntó por qué habían elegido a una cuadrilla de Santiago y no de Temuco o los alrededores. Don Eduardo suponía que era por precaución. Pero al final no pudieron resolverlo del todo.

—Nos tenían a todos identificados. ¿No viste que los sobres tenían nombre?

—Parece que funcionó tu cambalache con el peruano pos Ian…

—¿Qué cambalache oye? —preguntó don Eduardo.

—Na, don Eduardo. El compadre que me arrienda la pieza me arregló los papeles.

—¿Por si nos controlan los pacos dices tú?

Mario era el único que sabía sobre su cambio de nacionalidad y el traqueteo de papeles en el registro civil. Casi lo había puesto al

descubierto frente a don Eduardo. Todos sabían que tenía asuntos pendientes con la ley, pero no era necesario hacerlo público. Después de que se dio cuenta de su error, Mario cambió el tema inmediatamente. Comenzó a hablar sobre su hija y lo bien que le iba en el colegio. Había entrado al liceo ese año y ya tenía el primer lugar. Ian la imaginaba a través de la pequeña foto que Mario tenía colgada en el camión. Trataba de pensar en el resto de su cuerpo. Por sus facciones intuía que era flaca, aunque pudo haber cambiado mucho ya que era una foto más o menos antigua. Le recordó a Mario sacar las cosas personales que tenían. Mario lo agradeció y buscó unos papeles de la guantera. El sobre con fotos se quedó colgando. Ian se había dado cuenta de que Mario las intercalaba, ya que solo se podía ver una y la otra quedaba detrás. A veces estaba la foto de su hija y a veces de su esposa, depende a quien extrañara más.

El viaje duró aproximadamente nueve horas, como estaba calculado. Llegaron a una picada de camioneros ubicada al costado derecho. Estacionaron las máquinas una al lado de otra. Se bajaron y entraron al lugar. Era espacioso y fresco. En el techo colgaban varias banderitas chilenas de plástico. Una vez que todos se sentaron en una mesa del rincón, llegó una señora blanca y maciza. Todos pidieron cazuela, menos Jaime que comió arroz con pollo.

Después de unos minutos llegaron dos hombres a la mesa donde estaban todos. Uno tenía el cabello corto y muy negro, chaleco de lana y botas. El otro era alto, blanco, usaba gafas y tenía una barba corta, pero descuidada, como si no se hubiera afeitado en dos o tres días. El primer hombre saludó a todos de la mano. El otro no saludó a nadie. Se encargó de traer una pequeña mesa y dos sillas. Quién más hablaba era el primero. Comenzó dando la bienvenida y explicando de qué se trataba el asunto.

—Don Eduardo y compañía, me presento, yo soy el fundador del Comando Hernán Trizano. Ustedes se referirán a mí como Káiser. No les puedo dar mi nombre real por razones de seguridad, igual que el señor Gabriel aquí presente. Yo sé el de ustedes porque me lo informaron por escrito los señores de negro. Lo que quiero decir es que no nos interesa el nombre ni la historia de nadie, aquí somos todos soldados que defienden la patria.

Escucharon atentos a Káiser mientras almorzaban. Todavía no ahondaba en los detalles de lo que ocurriría esa noche. El grupo se limitaba a asentir con la cabeza y a responder alguna que otra pregunta, como por ejemplo si habían hecho el servicio militar o si portaban armas. Luego comenzó a hablar sobre los ataques de terroristas mapuches a las empresas y a los ganaderos. Dijo que entraban a saquear a gente trabajadora, que les robaban sus animales, que los asaltaban o les quemaban los establos. Mostró una marca en la

cabeza de una piedra que le había llegado en un enfrentamiento.

—Nosotros la única respuesta que esperaríamos del gobierno es esta —y concluyó la frase poniendo un revólver Smith & Wesson sobre la mesa.

Todos los miembros de la cuadrilla disimularon su miedo. Káiser continuó agregando que en su casa tenía granadas, dinamitas, escopetas y hasta una bazuca. Solo le faltaban personas con entusiasmo para iniciar una limpieza.

—Aquí se está viviendo una guerra, amigo. La gente de Santiago no sabe, pero acá en Victoria, Curacautín y Malleco estamos en guerra.

Ian no estaba lo suficientemente seguro de si sus compañeros de cuadrilla le seguían el juego a Káiser o solo estaban asintiendo y acotando por cortesía. Él también pensaba que los mapuches y todos los indios que quedaban en Chile eran una molestia, pero no había llegado a imaginar de verdad matarlos, mucho menos después de lo que vivió en su pasado. Finalmente, todos terminaron sus almuerzos, se subieron a los camiones y fueron guiados por la camioneta en que iban Káiser y Gabriel. El trayecto desde la picada hasta el galpón que funcionaba de escondite duró aproximadamente una hora y media. Don Eduardo y Mario guardaron silencio antes de dar su opinión. Fue Mario quién preguntó primero.

—¿Qué opina Don Eduardo?

—Hay que hacer la pega no más, compadre.

Y no se dijo nada más sobre el asunto. Una vez llegados al galpón que se ubicaba a las afueras de un pueblo asentado a las orillas de un gran cerro, todos volvieron a bajar del camión y se encaminaron siguiendo a sus anfitriones hasta el interior. Estaba nublado y hacía frío, pero según Káiser, no llovería hasta la mañana siguiente porque no estaba corriendo el viento desde la dirección correcta. Cuando no deliraba con las armas, Káiser parecía una buena persona, correspondía perfecto al arquetipo del sureño. Dentro del galpón había varios bidones plásticos, cuyo interior todos intuyeron como bencina. Káiser comenzó a dar las instrucciones, Gabriel caminó lentamente hasta salir del galpón y fumó un cigarrillo tras otro. Después de varios minutos, el discurso de Káiser se había vuelto insufrible. Jaime y Augusto parecían entusiasmados con la tarea. Mario, Don Eduardo e Ian se mantenían desconfiados y temerosos. A Ian le temblaban las piernas. Tenía la rara sensación de que su vida volvería a dar un oscuro vuelco esa noche. Pero cuando pensaba en la plata involucrada, el escenario se iluminaba. Lo que no le gustaba era sentirse parte del movimiento, o el llamado Comando. Sentía un gran rechazo a los movimientos, las religiones, las comunidades, los grupos y las sectas. Mientras escuchaba el latoso y patriotero discurso de

Káiser, pensaba que su vida siempre giraría en torno a las comunidades indígenas. Por primera vez en mucho tiempo se preguntaba qué cresta era lo que le deparaba el destino. Por otra parte, Mario se sentía temeroso de resultar herido por los mapuches, de caer preso, o de que su familia se viera involucrada, sin embargo, el discurso de Káiser lo tranquilizaba. Estaba todo tan perfectamente armado, que nada podría salir mal. No era un gran golpe a las comunidades, no había que matar a nadie.

Filtrando toda la información fanática de Káiser, el trabajo había quedado más o menos claro. Los dos camiones debían llegar a un sector determinado de Curacautín, cerca de una comunidad mapuche y ser estacionados ahí. Luego todos debían bajarse y rociarlos con el combustible. Gabriel sería el encargado de prenderles fuego y Káiser manejaría mientras los demás se subían a la parte de atrás de la camioneta y así escapaban todos.

—Lo más probable es que estos huevones salgan al tiro y nos empiecen a apedrear. Si esto pasa, ustedes van a tener cada uno un revólver que yo les voy a entregar ahora.

—¿No era solo prender los camiones, amigo? —preguntó don Eduardo.

—Bueno, cosa suya si quiere andar desarmado. Por seguridad uno siempre debe andar cargado, amigo. Además, no se preocupe que estos indios tiran puras piedras. Este es trabajo de soldados, compatriota. ¿Todos saben usar un revólver? —Mario, Ian y don Eduardo asintieron; Augusto y Jaime no sabían, así que esperarían dentro de la camioneta y los demás se subirían a la parte descubierta de atrás.

Cuando escucharon esto, Mario susurró a Ian: “Hubiéramos dicho que no sabíamos”. A lo que Ian respondió con una sonrisa insistiéndole que no se acobardara.

—Si usté me enseñó.

Sintieron el peso del arma en sus manos y luego en sus pantalones. Miraban a todos lados para comprobar que nadie los vigilaba. Káiser notó esto.

—Tranquilo amigo, si aquí nosotros somos los buenos —dijo, y escupió al suelo—. Nos quedan más o menos tres horas, así que pónganse cómodos y repasen las instrucciones. Están en su casa.

Después de eso Káiser se fue y dejó a Gabriel a cargo, quien sacó dos garrafas de vino, seis vasos de vidrio y cuatro vasos de cuero con sus respectivos dados. Para matar el tiempo, señaló. Augusto tomó las garrafas y comenzó a servir. Hacía frío. Hay que ponerse un chaleco de vino, dijo uno, luego sirvió los vasos sin parar de temblar y sonreír del puro nervio. Augusto pasó un brazo por el hombro de Ian, lo

zamarreó amigablemente y le preguntó.

—¿Tai nervioso cabrito?

—Tss, ¿y usté no?

—Hay que hacerlo no más.

—¿Usté compadre Gabriel se sirve un vinito?

—Sí, por favor.

—Me llamó el caballero de la otra vez —dijo don Eduardo, nadie notó que se había perdido por un momento.

—¿Qué dijo?

—Preguntó si queríamos quedarnos hasta la mañana o irnos al corral al tiro. Yo le dije que nos íbamos pal corral al tiro.

—Usté manda jefe. ¿Nos van a ir a dejar?

—Sí, dijo que mandaría un furgón acá mismo después.

No habían reparado en ese asunto. Después de la quema, los camiones estarían obviamente inoperables. Llevaban una hora tomando vino y conversando cuando Augusto sacó la bolsita blanca y preguntó quién se iba a servir. Fueron todos a la repartija menos Ian y Gabriel. Gabriel le ofreció un cigarro a Ian y él aceptó, luego tomó los vasos de cuero y preguntó a Ian si quería jugar una. Bastián sabía cómo jugar, pero Ian no lo había hecho nunca, hasta ese momento. Aceptó de inmediato. Apenas vio los vasos de cuero sintió deseos de jugar, pero sabía que no era el momento adecuado. Ambos se sentaron en unas javas plásticas de cerveza, armaron una mesa con un cajón de tomates y un pedazo de madera encima. Gabriel dejó partir a Ian. Él puso de cabeza el vaso sobre la mesa y cubrió el resultado con sus manos. “Hay siete cuatros”, dijo. Gabriel apenas miró sus dados apostó ocho cuatros. Ian, desconfiado agregó ocho quintas. Gabriel negó suavemente con la cabeza y dudó. Ambos destaparon los dados y contaron los cincos y los comodines. Había un total de nueve quintas. Gabriel dejó escapar una pequeña risa y liberó uno de sus dados sobre la mesa. Ahora arriesgó seis tontos. Ian dijo: “Nicagando”, y dudó. Ambos levantaron sus vasos. Gabriel tenía dos tontos y dos comodines. Ian tenía un tres, un cuatro, dos cincos y un comodín. Había cinco tontos. Gabriel perdió otro dado, luego dijo: —Nunca encuentro gente con quien jugar.

—Allá en el sur jugábamos harto…

—Sí, en Variloque todos juegan al cacho.

A Ian le costó trabajo procesar ese último comentario. Gabriel lo miraba con los ojos de un puma, mientras él se iba poniendo cada vez más colorado. La sangre había subido tan rápido a su cabeza que se sintió mareado de un momento a otro. Enfrentó a Gabriel, pero no pudo sostenerle la mirada. Tenía los ojos llorosos y cuando intentó responder, la garganta lo traicionó. Ian bebió su vaso de un sorbo.

Gabriel, sonriente, insistió en que era su turno. Pero en ese momento Káiser anunció que ya estaba todo listo. Había que partir.

Conducían tranquilamente. Mario y don Eduardo no paraban de hablar y de tocarse la nariz. Adelante iba la camioneta de Káiser y atrás el camión donde estaban Jaime y Augusto. Los siguieron durante mucho tiempo. La carretera estaba vacía, el viento arrastraba impasibles masas de garúa y la luz hacía brillar cada minúscula gota de agua. Grandes bosques de pinos y álamos corrían por ambos lados de la carretera y se alternaban con explanadas, viñas y siembras. La luz de la luna teñía las nubes de un púrpura rojizo y a veces parecía un gran manto escarlata lleno de agujeros por donde se escapaba la luz diáfana de alguna estrella. De un momento a otro, los faros fueron cada vez más intermitentes, hasta que todo quedó en la oscuridad. Si no hubiera sido por el intenso brillo de la luna tras las nubes, se hubiesen perdido hasta las siluetas de los árboles y sus copas se hubieran confundido con la tierra. Las luces del camión iluminaban las pequeñas gotas de agua y las polillas que se cruzaban en el camino. Llevaban varios minutos en la oscuridad cuando a lo lejos pudieron observar la inconfundible luz de una patrulla de carabineros. Mario y Eduardo se inquietaron. Estaban esperando órdenes de Káiser, pero él no detuvo su camioneta. Solo fue bajando la velocidad de a poco, hasta que la procesión quedó detenida a un costado de la patrulla. Desde el camión donde estaba Ian, se podía observar a un carabinero bajando y agachándose a la ventanilla de Káiser. Hicieron un par de señas con las manos, luego el carabinero dirigió la mirada hacia el camión e hizo un gesto de seguir con la mano.

Káiser estacionó su camioneta, la patrulla de carabineros se fue, Mario y Augusto estacionaron los camiones detrás de la camioneta. Cuando Mario se bajó, Káiser le dijo que tenía que estacionarla chueco, como si hubiera quedado ahí por accidente. Arreglaron los camiones para que quedaran en diagonal sobre el espacio de tierra que había entre la carretera y la barrera de contención. Una vez terminada esta parte de la operación, todos bajaron los bidones de bencina que llevaban en el carguero de uno de los camiones y comenzaron a esparcirlos. Solo se escuchaba el sonido de los pies moviéndose apresurados sobre la tierra en torno a los camiones, y el ruido del combustible cayendo sobre las llantas, los asientos y el motor. No tardaron más de dos minutos en bañar los camiones con bencina. Káiser dio instrucciones a todos de subirse a la camioneta mientras Gabriel prendía el fuego. Cuando todos iban corriendo, Ian recordó las fotos que Mario había dejado enganchadas al espejo. Pensó que alcanzaría, así que no avisó a nadie. Por la oscuridad y el ajetreo, nadie lo vio subir ni lo escuchó. Gabriel ya había prendido la hoja de papel que arrojaría al camión de Augusto. Ian bajó justo cuando las

llamas alcanzaban el camión en el que se encontraba. Fue ahí cuando Mario y los demás comenzaron a gritar. Al subir a la camioneta de un salto lo reprendieron: —Hueón, casi te quedai adentro.

—Se le quedaron las fotos po, don Mario.

Mario no dijo nada. El sonido de las llamas chamuscando los asientos y desinflando las ruedas era muy potente. La adrenalina y la coca hicieron que casi le explotara el corazón. En un momento pensó que le iba a dar algo, pero no pasó nada. Káiser estaba regando panfletos de la Coordinadora Arauco Malleco por todo el lugar. El viento comenzó a soplar muy fuerte, desde el motor de los camiones se oyeron pequeñas explosiones y, a lo lejos, un extraño sonido que Ian y los demás no olvidarían jamás. Era un cuerno mapuche. Sonaba como una de las trompetas del apocalipsis. Ian sintió el mismo escalofrío que le provocaban los cánticos y los bailes selknam. Los miembros de la cuadrilla gritaban a Káiser desde la camioneta, pasaban por el lado piedras silbando, ya se escuchaban los desaforados pasos de un oleaje humano venir hacia ellos. Gabriel y Káiser subieron rápidamente. Ian, Mario y don Eduardo estaban agachados cubriéndose la cabeza detrás de la camioneta, cayeron dos piedras en el techo, Augusto y Jaime gritaban en la cabina, Káiser por fin pudo echar a andar la máquina, un balín de metal trizó el parabrisas, Gabriel disparó tres tiros al aire por la ventana, Ian sacó su revólver temblando, lo cargó como le había enseñado Mario y, una vez que la camioneta dio la vuelta, quedaron los tres expuestos a los violentos disparos de honda y boleadora. Una piedra llegó justo en la mano con la que Ian sostenía el revólver. El arma cayó estrepitosamente sobre el piso de la camioneta, pero no se disparó. Ian se lanzó al suelo y Mario disparó directo a la turba mientras la camioneta se iba a más de ciento veinte kilómetros por hora. Pronto el ruido y la luz del fuego quedaron atrás. Por la pista contraria corrían camiones de carabineros y patrullas con la baliza encendida. Ellos harían el resto del trabajo. Todavía se escuchaban aullidos en la lejanía cuando Káiser preguntó hacia atrás si estaban todos bien. Ian tenía la mano ensangrentada. “Aguántese como hombre”, afirmó Mario mientras le vendaba la mano con un pedazo de tela que rasgó de su polera.

Cuando llegaron al galpón, todos estaban eufóricos. Káiser no paraba de sonreír, aplaudir y exclamar lo contento que estaba. Gabriel lo miraba con una sonrisa despectiva. Los demás estaban asustados, pero agradecidos de salir ilesos. Mario y don Eduardo se preocupaban por la mano de Ian, pero él no podía dejar de pensar en el sonido del cuerno y en lo que le había dicho Gabriel sobre Variloque. La sola expresión del nombre del pueblo resonó en su cabeza más que los pasos y las piedras silbando al lado de sus orejas. Káiser congratuló a

todos, decía que eran un gran equipo y que haría excelentes comentarios a los hombres de negro, para que así pudieran seguir realizando trabajos como esos y ganar la guerra contra los mapuches. También los invitó a formar parte del Comando Hernán Trizano. Nadie aceptó ni lo rechazó tajantemente, pero dejaron en claro que ellos solo estaban haciendo un trabajo y que su verdadera vocación era ser camioneros, no guerrilleros, ni soldados, ni militares, ni paramilitares. Káiser comprendía, pero estaba seguro que al final terminarían siendo grandes camaradas y que los invitaría a su finca un día para que mataran un cordero y celebraran. Media hora más tarde llegó una furgoneta negra. Dentro había un chófer que no hablaba. A su lado estaba de copiloto el hombre que los había contratado. Todos, menos Ian, se despidieron de Káiser y Gabriel, luego subieron. El hombre de negro casi no se refirió a la operación. Dijo que estaba contento de que todo saliera bien, pero estaba preocupado por la mano del niño. Su dedo aún tenía un poco de sangre seca. Tenía el hueso del anular entumido e hinchado. Le dolía, pero no se quejó. El viaje de vuelta al corral comenzó inmediatamente. En el camino, el hombre de negro repartió unos sobres con la misma cantidad de dinero que al principio y prometió a don Eduardo reponer a la brevedad los camiones sacrificados. Augusto y Jaime no paraban de hablar de la operación, Mario también conversaba con ellos, Ian a veces se metía en la conversación y reía con las anécdotas que de seguro se seguirían contando como una leyenda por el resto de los días en que trabajara con la cuadrilla.

Cuando llegaron al corral, Mario fue a curar la mano de Ian, mientras Augusto y Jaime se dispusieron a compartir una de las garrafas que sobró y a contar su aventura a Gustavo y César, quienes esperaban expectantes. Por su parte, don Eduardo permaneció con el hombre de negro a la salida del corral. Al reunirse con el grupo, comentó que debían estar preparados para las entrevistas que de seguro harían los periodistas a la mañana o en los días siguientes. Todos debían contestar que fueron asaltados por una turba iracunda de terroristas mapuches con la cara cubierta. Debían expresar el miedo y acusar al gobierno de no hacer nada. El hombre de negro decía que sería bueno mostrar la mano herida de Ian a las cámaras y que podían exigir que no se mostrara sus caras por miedo a represalias. Ian quedó más tranquilo con eso, en cambio la conversación que tuvo con Gabriel no lo dejaría tranquilo nunca. A pesar de todo, alguien, y quizá más de alguien, conocía la historia de los nueve hijos de Xalpén.

Con el pasar de los meses, el hombre de negro continuó apareciendo en el corral. Cada vez que iba, todos sabían lo que se avecinaba. Ellos ya conocían el trabajo y no era necesario contratar a otra cuadrilla para que lo hiciera. Casi todos los camioneros abrieron

cuentas de ahorro para guardar el dinero ganado, menos Gustavo y Augusto, quienes lo despilfarraban a manos llenas en alcohol, mujeres y drogas. Ian dejó de vender marihuana con Joel, pero siguió siendo muy amigo de los peruanos del gueto, con los que aún compartía cuando estaba en Santiago. Cuando no tenía que trabajar, celebraba el 28 de Julio y el 18 de Septiembre con ellos. La cuadrilla ahora contaba con camiones impecables, cada vez más grandes y mejores. Los encargos se multiplicaron, el sueldo subió y don Eduardo ya estaba a punto de retirarse. Pasados dos años desde la primera operación, todos los camioneros se convirtieron en seudo mercenarios de los hombres de negro. De vez en cuando siguieron viendo a Káiser, pero a Gabriel cada vez menos hasta que de un momento a otro ya no apareció más. Káiser lo recordaba como un traidor o un vendido sin una ideología más que la plata. Consideraba a los camioneros de la cuadrilla como miembros importantes del Comando Hernán Trizano, aunque no lo fueran, decía que era impresionante cómo había crecido el movimiento: según él tenía células repartidas por toda la novena región y algún día darían un golpe grande con la dinamita que guardaba con detonadores del número ocho y mecha larga. “Para alcanzar a ver el reflejo de la chispa en los ojos de esos indios culiaos”, decía.

II

Verónica se crio dentro de una familia pequeña. Desde chica se acostumbró a la modalidad de trabajo de Mario, su padre, quien se ausentaba durante siete días y los siete siguientes descansaba con ella en casa. Cuando él estaba la iba a dejar y a buscar al colegio en micro. Su esposa tenía un auto pequeño que podía usar, pero decía que manejaba lo suficiente en la cuadrilla de camioneros como para hacerlo también cuando estaba en su hogar.

Verónica no podía recordar el funeral de Marta, su madre biológica, pero varias veces lo soñó. Se encontraba a sí misma caminando entre pasillos silenciosos y estrechos por donde corría una brisa fresca llena de espíritus tranquilos a su lado. En el día de la madre y en su cumpleaños, siempre iban los tres a visitar el cementerio. Nunca lloraban, pero la tradición había quedado establecida y Verónica no recordaba un año en que no le fuera a dejar flores.

En su casa siempre hubo un piano viejo. Su padre le había contado que ese piano había sido traído desde Europa por el abuelo de Marta. Fue, junto con la casa, un regalo de bodas. La historia decía que el abuelo contrabandeaba pianos en la parte de abajo de los barcos cargueros. Nadie se explicaba cómo pasaba a los inspectores sin que lo detectaran. A ella le causaba mucha gracia imaginarse al abuelo junto con cuatro o seis hombres cargando un piano escondidos, o haciéndolo pasar por otra cosa hasta llegar a Santiago y venderlo a las familias del barrio alto a un precio ridículo, pero que ellos pagaban por el hecho de tener un adorno europeo más en la casa. El abuelo siempre dijo que ese piano iba a ser para la Vero, ya que ni su madre ni su padre tenían dotes musicales y cuando él vio las manos de su nieta al nacer, declaró que sería una excelente pianista. Bajo esa premonición, Verónica tocó el piano desde pequeña casi por instinto natural. Su padre sentía que cada semana que llegaba a casa, Verónica estaba tocando mejor. Ella le interpretaba algunos nocturnos y las escalas que le dejaba su profesora. Él aguantó muchas veces las ganas de llorar al escucharla, no porque le emocionara la música, sino porque pensaba en lo mucho que le hubiera gustado a su Marta

escuchar a la hija de ellos.

La adolescencia de Verónica en un principio fue como la prolongación de su infancia. Los grandes tabúes de su edad le fueron revelados a tiempo por Rosario, su madrastra (aunque ella siempre le dijo mamá), apenas llegó la primera menstruación. Le gustaba notar cómo cada cierto tiempo crecían sus pechos y su trasero. Comparaba sus protuberancias en el baño del colegio con sus compañeras. Ella siempre salía perdiendo frente a su mejor amiga Fernanda Núñez, quien ya a sus catorce años tenía los senos más grandes de la clase y la codiciaban gran parte de los alumnos de cuarto medio. A ella no la codiciaba nadie todavía, pero mentía diciendo que tenía parejas esporádicas o fugaces amores de verano. Exageraba e inventaba para tener algo que compartir en las innumerables reuniones con sus amigas, cuando salían a tomar helado al mall, a ver una película o al Parque Forestal a juntarse con los amigos de tal o cual. Fue en una de esas salidas que fumó su primer cigarro, tomó su primera cerveza y dio sus primeros besos. Cuando comenzó a salir y juntarse con hombres, notó a sus amigas cada vez más obsesionadas con ellos. A veces las reprendía y les decía que pensaban todo el día en el pico. Al contrario, ella no descuidaba nunca sus estudios. Mantuvo el primer lugar de la clase hasta que salió de cuarto medio. Mario y su madre nunca fueron muy estrictos porque no existió la necesidad. Verónica se imponía sus propias metas. No se imaginaba a sí misma cuidando a una decena de niños, luego a una veintena de nietos, bailando solo para las fiestas familiares y siendo la más abnegada de las madres. Prefería verse como una trabajadora independiente y no le espantaba el escenario de ser madre soltera. Nunca entregaría su vida a un hombre ni a nadie, decía, aunque tampoco tenía problemas en compartirla con un hombre que aceptara su espacio.

A su primer pololo le decían Basteth, aunque se llamara Óliver. Estudiaba en un colegio artístico, tocaba el violín y el bajo, tenía el pelo largo, una banda de rock de poca monta y marcas en las muñecas. Se esforzaba por mantener una imagen renegada y oscura de sí mismo. Decía no querer pertenecer a la sociedad y tener muchos problemas con sus padres ya que no aceptaban su forma de ser. Le escribía poemas oscuros y melosos a Verónica. A ella le gustaban, pero le incomodaban sus faltas de ortografía, que al mismo tiempo le provocaban cierta ternura. Con el pasar de las semanas, Verónica se comenzó a vestir de negro y a escuchar Iron Maiden y Black Sabbath. Cuando salía de su casa a juntarse con él, usaba un corsé rojo, una falda negra y pantis de malla que se esmeraba en romper de manera sincrónica. Su mamá decía que se veía linda, pero a su papá no le gustaba. Tampoco la reprendía mucho por eso, solo le hacía saber que no le gustaba, hubiese preferido que fuera más señorita. Con esto

gatillaba todo lo contrario en su actitud, sin embargo nunca llegó al punto de odiar ni desobedecer a su padre, a quien todavía adoraba con todo su corazón a pesar de que en ese momento lo comandaran sus hormonas.

No tardó mucho en perder su virginidad con Basteth. Sus amigas le decían que había cambiado. Pronto comenzaron a dejar de juntarse con ella porque parecía de otra onda. Ella a su vez comenzó a hacer nuevos amigos: los amigos y pololas de los amigos de Basteth. Con él se iniciaría en los sinsabores del amor durante unos largos y accidentados tres años. La inseguridad de Basteth gatillaba en extraños espasmos de violencia. El punto cúlmine de su relación fue cuando él le dejó marcas en un brazo por tratar de sujetarla en una discusión. Él sentía que su creación se le estaba escapando de las manos, ella ya no le creía su postura de niño renegado y después de todo el encanto que le había provocado su oscura ternura, se estaba abriendo el paso para un aburrimiento y hastío determinantes. Fue en ese momento, cuando ya se ponía espuela de galán en el brazo para hacer desaparecer los moretones, que decidió terminar con él por fin, a dos meses de su graduación de cuarto medio.

Al principio lloró y sufrió mucho, pero nunca dejó que su falta de ánimo se notara frente a su padre. Sin embargo él pudo descubrir su ruptura gracias a Rosario, quien se lo reveló cuando él llegó del trabajo. Verónica le había dicho que no le contara, él se daría cuenta con el tiempo, pero ella no podía soportar la idea de que su hija fuera a la graduación y a la gala sola, como había resuelto. Mario trató de distraer a Verónica llevándola a comprar ropa, al cine, al Cajón del Maipo e incentivándola para que saliera con sus amigas, pero le era muy difícil pensar en una forma de conseguir pareja para su hija.

El primer día libre que tuvo su padre después del trabajo en los camiones, llegó a casa con un invitado. Verónica ya lo conocía. Su padre lo había llevado a pasar con ellos un par de navidades y años nuevos. También aparecía cada vez que hacían grandes asados o fiestas. A veces conversaban de música y de la vida. Lo encontraba guapo, pero nunca se había fijado en él, además de que estaba con Basteth era una figura demasiado cercana a su padre y eso la incomodaba. Tenía improvisado un cabestrillo en el brazo derecho. Dijo que se había apretado los dedos con la puerta. Según Mario, Ian necesitaba hacer unos trámites en el centro y él no podía acompañarlo porque tenía cosas que hacer, así que le pidió a Verónica que lo ayudara. Ella casi se rio a carcajadas por la inocencia de su viejo, quien pretendía hacer pasar inadvertidas sus intenciones. Era obvio que intentaba generar cierta simpatía en su compañero de trabajo para que así ella lo invitara a la graduación o viceversa. Ian estaba confiado, era solo un favor para su amigo y cuasi padre. Además

siempre le había gustado Verónica, no estaba enamorado, pero cada vez que veía su foto colgando del espejo en el camión se sentía reconfortado. Entonces cuando ella lo acompañó supuestamente a que hiciera los trámites (no más que hacerse socio de la biblioteca), se dio cuenta de que Verónica escondía mucho más de lo que aparentaba. Él comentó que sabía mucho de ella: su padre le había construido un retrato que se había hecho grandilocuente y minucioso con el pasar de los años y las conversaciones arriba del camión.

Después de hacer el trámite Ian la invitó a tomar un helado. Ella aceptó. Se había dado cuenta de todo lo que se avecinaba y le parecía interesante notar cómo su "pretendiente" lo haría para convencerla de acompañarla en la gala de la graduación. Estuvo atenta a cada movimiento, mirada o coqueteo de Ian. Él se mostró relajado. No estuvo nervioso en ningún momento. Fue como haber salido con un amigo de la infancia. Esta poca pretensión de Ian le acomodó a Verónica debido a su reciente ruptura. Así que cuando finalmente le propuso acompañarla a la gala, aceptó de inmediato. Cedió para complacer a sus padres. Iban a ir como dos amigos. Ella tendría sus fotos e Ian disfrutaría una barra libre.

Era un humilde colegio de Puente Alto donde las graduaciones pretendían parecerse a grandes alfombras rojas hollywoodenses, pero en miniatura y con mucho menos presupuesto. Los fotógrafos inundaban e iluminaban la entrada de cada pareja. Los vestidos eran chillones y combinaban con la corbata del varón. Las niñas pintarrajeadas aullaban la euforia y cacareaban en el baño de mujeres, mientras algunas reían por lo tortuoso del peinado o por lo mal pintada que las había dejado su tía. Los hombres esperaban afuera. Eran en su mayoría compañeros de curso, así que Ian se limitaba a esperar en la pequeña plaza que estaba afuera del baño de mujeres. Los demás hombres lo miraban con recelo: era considerablemente más alto y parecía un galán de telenovela al lado de los demás graduados. Las mujeres se lo comentaban en el baño a Verónica. Ella sonreía y decía que era un amigo. Las demás se lo disputaban, amenazaban con quitárselo si no hacía algo antes. Los inspectores lo confundieron con un apoderado y lo enviaron a sentarse a las sillas destinadas para ellos. Él aclaró que era acompañante de una de las graduadas y todos quedaron sorprendidos.

La ceremonia fue terriblemente tediosa. Ian hace mucho tiempo que no asistía a un acto de esa naturaleza. Se la pasó haciendo bromas con Verónica, quien no paraba de reír y reprenderlo con pequeños empujones. A Ian le gustaba cada vez más. Sentía ese breve escalofrío escandaloso de los enamorados. Se preguntaba si sería correcto. Luego trató de ponerse en el lugar del padre, Mario, quien le había dado la entera confianza para ir con su hija a la graduación y a la gala. Bajo

esa misma lógica, podía darle la confianza suficiente para generar sentimientos hacia ella. Por su parte, Verónica sentía parecido. Los rescoldos de su antigua relación generaban todo un cúmulo de experiencias frente a los hombres. Como si Basteth hubiera condensado en un hombre a todos los hombres e Ian no se le presentara más que como un hombre agradable con quien no tendría problema en seguir viendo ni en enamorarse si es que así el destino lo tuviese determinado.

Una vez finalizado el ritual, todos los graduados salieron al patio de enfrente para despedirse. La mayoría lloraban abrazados a sus más queridos compañeros. Los demás aguantaban la pena y la nostalgia en un nudo. Verónica no demoró mucho en despedirse de sus compañeras. Luego fue con Ian, quien la esperaba a una distancia prudente. Ella le pidió que se pasearan un rato por el colegio, quería ver los pasillos por los que había corrido durante doce años antes de dejarlo para siempre. Lo tomó del brazo y caminaron lentamente por cada oscuro pasillo del pequeño colegio. Subieron las escaleras y pasaron por cada sala. Las sillas estaban sobre las mesas y las cortinas corridas. Se podía ver el diario mural, la pizarra y el escritorio del profesor. Verónica iba comentando cada uno de los espacios. Aquí estuve en quinto, aquí en séptimo, aquí me caí, aquí jugábamos a la roca, aquí fumábamos a escondidas y tomábamos ron. Fue como si ella lo estuviera llevando de a poco a ese lugar y a ese momento preciso. De pronto la cintura de ella se magnetizó a la mano derecha de él, la nuca a la izquierda, los ojos cerrados y un beso lento, tibio, volcánico, surrealista y quinceañero los encontró.

La gala fue inmediatamente después de la graduación. Los padres se iban y los alumnos se quedaban con sus respectivas parejas en el gimnasio que utilizaron como salón. Había barra libre, cócteles y música a cargo de un DJ. Ian y Verónica bailaron toda la noche al compás de las Supernova, Depeche Mode, Lucybell, Los Tres, Chancho en Piedra (aquí saltaban), Mecano, Soda Stereo, Los Prisioneros (aquí también saltaban) y algunas cumbias del grupo Red y Ráfaga. También bebieron pisco con Coca-Cola y ron con Fanta, también llamado Fanfarrón. Fue una gran fiesta que Ian recordaría más por el sonido de las ramas quebrándose bajo su espalda y la tierra fría colándose por sus pantalones, que por la fiesta misma. Verónica lo había guiado. Caminaron cuidadosamente sin hacer ningún ruido, pero no pudieron evitar reírse de los nervios de que algún inspector los encontrara. Afortunadamente no fue así. Verónica había decidido, entre la euforia de las piscolas y el baile, suprimir la sombra de Basteth para siempre. No había estado con otro hombre que no fuera él, pero eso no la desmotivó. Su experiencia desarmó la estructura prístina que Ian había construido en su cabeza respecto a ella. Se

rajaron completos los mantos de inocencia que había zurcido Mario en la imaginación. Verónica hace tiempo que era una mujer. Más que su belleza natural, su inteligencia y su desinteresado modo de enfrentarse al mundo, lo que convenció a Ian de su amor fue la imagen de ella en la oscuridad con los ojos cerrados y una sonrisa en la boca, por donde se escapaban cálidas y perfumadas masas de aire que llegaban hasta él.

Esa noche Mario los fue a buscar en auto. Preguntó cómo lo habían pasado y los dos respondieron que súper bien. Casi no podían disimular. Fue a dejar a Ian primero y luego regresó a casa con Verónica. Ella sugirió que Ian se quedara durmiendo en el sillón de la casa, pero él mismo se rehusó amablemente. No quería que Mario imaginara nada. Una vez dejado Ian en el centro, Mario le preguntó a Verónica:

—¿Cómo se portó?

—Bien —respondió ella.

Verónica no se sorprendió mucho cuando encontró la primera carta asomada debajo de un macetero del jardín. Al contrario de Basteth, Ian no escribía poemas. Eran cartas pragmáticas y sinceras. Decía lo mucho que le había gustado estar en la gala con ella e insistía en salir algún día. En su mayoría eran oraciones cortas y graciosas. Verónica leyó la carta sonriendo de principio a fin. Junto con la carta había un copihue seco laminado con cinta adhesiva. Lo utilizó como marca páginas durante toda su vida. Esa primera carta la contestó por teléfono al número que Ian le había dado. Se juntaron en el cerro Santa Lucía. Verónica dijo a su mamá que iba a salir con unas amigas. Todavía no se atrevía a revelar nada. Hasta donde todos sabían, él seguía siendo un compañero de trabajo de su padre que les había hecho un favor. No sabía cómo reaccionaría su familia. Le comentó esto a Ian cuando se juntaron. Él no estaba preocupado, dijo que conocía a Mario.

Esa tarde caminaron lentamente por todo el cerro. A veces Ian intentaba tomarla de la mano o darle un beso, pero los nervios de Verónica no se lo permitieron. El encanto de la noche en la graduación se transformó en algo más complejo. Así que le pidió a Ian un tiempo para pensar si es que podrían comenzar una relación juntos. Él aceptó. Siguieron saliendo juntos durante seis meses, pero sin ninguna formalidad de por medio. Ella entró a estudiar pedagogía en música y conoció a mucha gente. Ian estaba seguro de que algún día Verónica llegaría diciendo que no quería verlo más o que le había gustado alguien de la universidad. Pero pasado el primer semestre, esto nunca sucedió. Las veces que se juntaba con Ian, sentía que lo conocía desde hace mucho tiempo, y que, comparado con sus compañeros de la universidad, él sí demostraba ser realmente un

hombre. Los demás todavía no tenían muy claro su futuro, fumaban marihuana desde que amanecía, coqueteaban con estrategias infantiles y pasaban todo el día hablando de Spinetta, Charly García, Miles Davis, John Coltrane y Los Jaivas. Ian no la apresuraba a nada.

Con el pasar de los meses, caminaron por todos los parques posibles, doblaron innumerables hebras de pasto con sus abrazos y se besaron hasta sentir quemaduras en los labios. Cuando Ian metía una mano debajo de su polera o se deslizaba como una serpiente de agua hasta su entrepierna, ella lo frenaba. Le decía que todavía no, que debía esperar. Él no entendía por qué en la graduación sí, y durante esos meses de relación no. Pero ella quería estar segura. No era una estrategia romántica, no era para mantener hambriento y expectante al hombre, sino simplemente porque le daba miedo comenzar de nuevo y sufrir tanto como antes. Prefería estar soltera y con quien quisiera cuando ella quisiera, pero a la vez no quería dejar ir a Ian. Era un conjunto de resoluciones confusas que se mezclaban con el molesto hecho de que era un compañero de trabajo de su padre, lo que hacía imaginarlo como una prolongación de él.

Mientras Verónica pensaba en estos problemas, Ian y Mario se preparaban para un nuevo atraco. La noche estaba cerrada sobre sus cabezas. El ir y venir constante de Káiser los ponía más nerviosos de lo que ya estaban. La operación esta vez consistía en sembrar miguelitos en un punto determinado de la carretera, a medio kilómetro de la entrada a la reserva de Contulmo. La idea era asaltar un camión. Ya lo habían hecho un par de veces: una operación simple. Los camiones pinchaban sus ruedas con los miguelitos y frenaban escandalosamente a un lado de la carretera. Ahí aparecían los miembros del Comando Hernán Trizano vestidos con jeans, calzados con bototos, cubiertos con el makuñ y luciendo el tlarilonko amarrado torpemente a la cabeza. Mario e Ian estaban detrás de la barrera de contención de la carretera. Káiser se asomaba para avisar cuando viniera un camión. Augusto, José, Jaime y Gustavo esperaban al otro lado. El viento y las vibraciones de la tierra traían el leve y conocido rumor de las doce ruedas. Ian estaba más nervioso por lo que tendría que contarle a Mario que por el asalto. Tenía las manos frías, pero la frente le sudaba debajo del tlarilonko. Mario no paraba de sobarse la nariz y de hacer saber que estaba que se meaba. Una vez que el valor se le subió desde el estómago a la garganta, Ian decidió escupir la noticia.

—Mario, estoy pololeando con la Vero.

—¿Qué?

—Que estoy pololeando con la Vero.

Mario guardó un grave silencio, luego preguntó:

—¿Hace cuánto?

—Desde un poco después de la graduación… o sea, estamos como

saliendo… mira, te iba a contar, pero la Vero…

—Después hablamos.

No dijeron nada más. La vibración de la tierra se hizo cada vez más intensa. Frías masas de aire fueron movidas por el camión. Káiser se asomó una vez más hacia la carretera y comenzó a gritar: "¡Ahí viene, hueón, ahí viene, conchetumare!". El camión iba a gran velocidad. Todos miraban directamente hacia los miguelitos. Cuando pasó, las ruedas pifiaron y se rajaron. El camión comenzó a coletear, pero el conductor pudo enderezarlo antes de chocar con la barrera. Una vez que se bajó, todos se acercaron gritando extrañas onomatopeyas en un falso mapudungún. Corrieron hacia él haciendo morisquetas con las manos arriba. El hombre se puso blanco y huyó a una velocidad sobrehumana. Luego de que se hubiese alejado lo suficiente, comenzaron con el ya conocido ritual de la quema. Pasados unos minutos, una camioneta de carabineros se detuvo al lado del camión incendiándose. Ya habían quitado todos los miguelitos. El oficial se dirigió a Káiser por la ventanilla.

—¿Y el camionero?

—Salió a la chucha pa allá, mi sargento.

—Son malos, hueón —dijo y dejó escapar una pequeña sonrisa mientras se ponía en marcha para encontrarlo.

Augusto y Jaime dejaron caer panfletos de la Coordinadora Arauco Malleco por todas partes. Una vez que hubieron terminado, todos subieron al furgón que los esperaba unos metros más allá. Contrario a otras veces, no salió ninguna turba desde la reserva. Káiser estaba extrañado. Ya había cargado su revólver.

—¿Cómo es la huevá? ¿Ya no quieren salir a jugar?

Ian y los demás miembros de la cuadrilla insistieron en fugarse lo más pronto posible de ahí. Pero Káiser tenía órdenes de quedarse hasta que llegara el camión de policías. No pasaron más de dos minutos cuando dos camiones aparecieron a toda velocidad. Se estacionaron afuera de la entrada de la reserva. Salieron más de una treintena de tortugas ninja, como les decían a los del GOPE, y entraron rápidamente a la comunidad. Desde el furgón escucharon los disparos antimotines y un par de aullidos tristes que viajaron por el aire. Poco a poco fueron saliendo los miembros de la policía con algunos detenidos. Uno venía abrazado firmemente a un lonko sin polera ni pantalones que sangraba de la cabeza. También cuatro policías caminaban firmes, uno sujetando cada extremidad de una anciana machi. Los demás cargaban a los jóvenes que se atrevieron a defender al lonko. Cuando todos regresaron al camión, todavía algunas mujeres lloraban y gritaban de rabia al ver el camión incendiándose afuera de la reserva. Una vez que Káiser identificó a los detenidos exclamó: —¡Bien, conchetumare!

—¿Por qué tan contentó? —preguntó Mario.

—Ese es el indio que me pidieron —respondió.

Los tres miembros del Comando celebraron alegremente de camino a Victoria. Augusto, Jaime y César también compartieron el triunfo. Ian y Mario permanecieron en silencio hasta llegar al refugio de Victoria. Allí por fin Mario le dirigió la palabra a Ian. Lo llevó aparte del grupo, que en ese momento se divertía jugando a la brisca, le ofreció un cigarro y comenzó a hablar.

—Me pillaste de sorpresa, pero de hace tiempo lo sospechaba.

—Sí, en realidad yo te quería decir, pero la Verónica…

—Ya, si no importa. Lo único es que si le hacís algo… Le llegai a levantar la mano, te mato, hueón. Así de simple. No me importa que seai mi amigo ni que trabajemos juntos.

—Está claro. Yo nunca le haría…

—También le dije al otro brea, y te lo voy a decir a ti: le llegai a hacer una guagüita a la Vero antes que termine los estudios… te la corto, hueón. No te riai, te la saco, de verdad.

Ian se había reído más de los nervios que de la imagen de Mario cortándosela. Había dicho “guagüita”. Ian siempre pensaba en los dulces cuando alguien decía algo así, pero ahora no, el término de verdad le había hecho pensar en la Verónica con un bebé suyo en brazos, con los bracitos cortos y gorditos, con los ojos grandes observándolo todo, calando en lo más profundo de su esencia, descubriéndolo como nadie más. ¿Qué apellido tendría? Mario continuó:

—Mira, vo tení que cuidarte. No importa lo que te diga ella, ni que las pastillas, ni que la jeringa, ni huevás, vo tení que cuidarte

—Sí, tranquilo, en todo caso no ha pasado na…

—No me vengai con huevás. Yo soy zorro viejo. Mira, sabí, mientras ella esté feliz, yo estoy bien. Si la veo deprimida o alguna huevá, voy a cachar al tiro con quién hablar.

Ian se sentía de nuevo como un niño. Aquella preocupación que mostraba Mario por Verónica le recordaba mucho a su padre, es decir, al padre de Bastián. No pensaba muy seguido en él, pero en este preciso momento extraños recuerdos y sensaciones venían a su mente, sobre todo sensaciones antiguas, básicas, como la de ser reprendido por un padre, estar parado de pie, queriendo decir algo más que estupideces, pero no pudiendo soltar nada por temor a equivocarse o a faltar el respeto. Mi padre, pensaba Ian, ¿qué será de él?; y ese rostro tan lejano de a poco se iba transformando en una sola mueca, un color de piel, una barba, unos anteojos y el cabello muy corto. La imagen existía, pero la de Mario se superponía de a poco y de pronto estaba ahí, frente a ese nuevo padre, sintiendo lo mismo que antes, pero en

otro cuerpo, con otras formas, símbolos y significados.

—Y lo último, y esto es lo más importante: si llego a saber que te la llevaste al gueto donde vivís con esos peruanos culiaos, olvídate.

—Sí. Bueno, igual yo te quería decir que la quiero y…

—¿Estamos?

Mario tiró su cigarro al suelo y lo pisó. Le dio la mano a Ian y le repitió: "Cuídamela, hueón, en serio, cuídamela". Después se fueron a celebrar con los demás. Jugaron brisca y tomaron pisco toda la noche. Al día siguiente regresaron al corral. Un hombre llamó al teléfono diciendo que se había hecho el depósito a la cuenta de todos. Don Eduardo, que ya no salía a las misiones, solo servía de interlocutor entre los hombres de negro y la cuadrilla, les avisó. Hacía tiempo que Ian no sacaba dinero de su cuenta de ahorro, ni sabía cuánto tenía ahí.

A la jornada siguiente, Mario invitó a Ian a tomar once. Mientras Rosario comentaba lo que había visto en las noticas sobre una quema de camiones en el sur, Mario forzó el cambio de tema.

—Oye Rosario, ¿sabías que estos niñitos están pololeando?

—¿Qué? ¿Y desde cuándo?

Verónica se puso roja de vergüenza. Ian sonrió mientras Mario daba los detalles. Después de un rato Verónica confesó y se disculpó por no haber dicho nada antes. Al final de la once todos estaban muy contentos con la nueva relación. Cuando Ian se fue, Verónica lo despidió con un gran beso y le dio las gracias. A pesar de que su amorío hubiese comenzado mucho antes, ese día quedaría marcado como su fecha de aniversario, desde ahí se consideraron oficialmente unidos.

A los días Verónica quiso ir a la casa de Ian para saldar una deuda que mantenía sus noches inquietas. Ian recordó lo pactado con Mario y le dijo que no podían ir. Lo único que le había pedido Mario, además de usar preservativo, era no llevar nunca a Verónica al gueto. No le faltaban ganas de acostarse por fin con ella, pero Mario le había dado tanto, que se había convertido en el único hombre a quien Ian respetaba por completo y a quien nunca traicionaría. Por eso al final resolvieron ir a uno de los muchos moteles de la calle Ricardo Cumming en el centro de Santiago. Ian sentía que se estaba escapando por la letra chica del contrato, ya que los moteles de esa calle eran mucho menos glamorosos que su cuarto en el gueto y duraban solo las tres horas de la promoción.

Después de desnudarse efusivamente, ambos se lanzaron a la cama. Las paredes eran de un color rosa oscuro y estaban firmadas por la mayoría de las parejas que habían pasado por ahí. El colchón era duro, el cubrecama áspero y la luz del baño no funcionaba. El sonido de la cama los distrajo y los hizo reír muchas veces, pero después de

un rato se volvió la música de fondo. Verónica nunca había gritado de placer. La eyaculación de Ian salió a cincuenta y dos kilómetros por hora y se quedó en el condón. En ese mismo instante, en algún lugar del mundo hubo un choque de motocicleta, un primer beso, un grito a lo lejos, una botella de champagne se destapó, un grifo se abrió y tres se cerraron, miles de grifos se abrieron y se cerraron, el óxido de las tuberías comenzaba a tomar terreno, los años pasaban, los pasos peatonales se gastaban junto con las suelas y los zapatos y los pies, muchas personas murieron en guerra y nacieron en guerra, muchas otras lo ignoraban, la economía seguía con sus jugueteos tragicómicos, el pasado se iba olvidando, morían los últimos lectores de autores que ya nadie recordaba, se publicaban millones de libros, se creaban miles de canciones, se reproducían infinidad de gérmenes, se separaban y se unían parejas, se aprobaban leyes, se creaban drogas, se talaban árboles, se pescaban peces, seguía acabándose el petróleo, se reventaba el globo de una niña mientras a alguien le diagnosticaban cáncer, una bala entraba por el pecho y salía por la espalda, un ejecutivo guardaba sus lápices en el escritorio, una especie de ave se extinguía mientras trescientos cincuenta y seis mil instrumentos en el mundo ejecutaban la nota Do. El vector unidireccional del tiempo continuó avanzando sin piedad por esas tres horas que quisieron ser infinitas dentro del motel de la calle Ricardo Cumming.

Cinco años después de aquella cita en el motel, Verónica e Ian mantenían un feliz e intenso pololeo. Ian ya era camionero y Verónica ya era profesora de música en un pequeño colegio de Puente Alto. La cuadrilla aún existía, por lo tanto los trabajos que comandaban los hombres de negro, también. Llevaban varios años haciendo básicamente lo mismo: quemaban camiones, asaltaban otros camiones, tiraban molotovs a las cosechas, robaban caballos y quemaban establos, entre otras actividades comandadas siempre por los mismos hombres.

Los camioneros nunca se unieron al Comando Hernán Trizano a pesar de las constantes insistencias de Káiser. Trabajaban con ellos, incluso celebraban y tomaban juntos, pero todo esto condicionado por el constante flujo de dinero. Mario y Eduardo incluso decían no tener nada en contra de los indígenas.

A pesar de todos los lonkos y los caciques encarcelados, las comunidades mapuches no daban su brazo a torcer. Káiser no se preocupaba por esto, ya que su vida giraba en torno a ellos: si dejaban algún día de existir, él ya no tendría razón de ser. Mientras más viejo se hacía, más se extasiaba con las misiones que cumplía para los hombres de negro. Según él, las misiones con la cuadrilla no eran nada en comparación a las que hacía con el Comando Hernán Trizano y se daba excelsos aires de grandeza.

—Las misiones que yo hago con los miembros del Comando no salen ni en la tele ni en los diarios, porque a los mapuches les convendría. ¿Me entiende? Es como cuando mi general Pinochet, que en paz descanse, decía que aquí no se movía ninguna hoja sin que él lo supiera. Bueno, aquí en la Araucanía pasa lo mismo. No se mueve ni una hoja sin que yo no lo sepa, mire usté.

A pesar del gran amor que sentía Ian por Verónica, nunca le reveló ninguno de sus grandes secretos. Ni la existencia de Bastián, ni su vida como mercenario de las grandes empresas forestales. Tuvo que reinventar su infancia y su adolescencia. Utilizaba algunas imágenes reales, pero censuraba otras y las modificaba. Con el pasar de los años, Ian se volvió un experto en el fino arte de la mentira. Ya no le temblaba la vista ni se contradecía. Las veces en que conversaban y Verónica insistía en saber sobre su pasado, él la evitaba con maestría. Cuando ambos se fueron a vivir juntos, el cadáver de Bastían ya se había fundido con la tierra, sobre él habían crecido flores, esas flores habían sido polinizadas y el jardín completo se había reinventado muchas veces con el pasar de las primaveras. De tanto mentir, Ian estaba por fin olvidándose de que alguna vez no fue camionero o de que en un pasado remoto sí tuvo una familia de verdad. Así también, el ritual de los Hijos de Xalpén durante el cual murieron las cuatro excursionistas ya le parecía una pesadilla remota; algo que hubiera soñado en una noche de fiebre o un delirio, algo que le hubiesen contado o que leyó en algún periódico. Además, la euforia de la emancipación y su nueva vida con Verónica terminaron por apagar los últimos y ardientes átomos de un viejo remordimiento.

Con el trabajo de ambos pudieron arrendar una muy bonita casa en La Florida. A Verónica le gustaba mucho porque en las mañanas de invierno, cuando la lluvia disolvía toda la contaminación del ambiente, la cordillera se iluminaba hasta abajo con su vestido de nieve y el viento bajaba frío hasta su casa, transportándola a ese sur de Chile que siempre había soñado con conocer. Todos los años insistía a su familia con viajar a Chiloé, o a Punta Arenas, o a Valdivia, o a Aysén. Pero la respuesta siempre era negativa, debido a que sus padres preferían mil veces el norte, ya que Rosario tenía una placa de metal en el brazo izquierdo que cuando se enfriaba la hacía chillar de dolor. Además, Mario recorría todo el año el sur. Cuando era joven le gustaba. Hacía lo posible por quedarse unos días. Pero con más de veinte años trabajando en lo mismo, las lluvias, el aire y el olor de la tierra mojada lo asqueaban. Prefería la eterna primavera de Coquimbo, los valles de Salamanca, el infinito desierto de Atacama o las playas de Arica. Por su parte, Ian tuvo que inventar motivos para evitar el sur. Debido a esta negativa confabulada entre todos sus seres queridos, ella crio en su interior un deseo tan vivo, que poco a poco se

fue transformando en una meta, y esa meta cobraba cada vez más protagonismo en sus conversaciones cuando el ajetreo y el hastío que le producía Santiago la golpeaba en la cara. No soportaba el ruido de las micros, ni el progresivo aumento de la delincuencia, ni las calles y los colegios rayados, ni el sonido de las bocinas aullando en los tacos del centro, ni el olor apestoso del canal San Carlos que traía desechos de una curtiembre y hacía sentir náuseas a cualquiera que pasara por allí, ni las constantes faltas de respeto que debía soportar de sus estudiantes. Pensaba que este escenario era distinto en el sur. Ian escuchaba pacientemente cada indirecta. Él trataba de mantener feliz a Verónica y de cumplir hasta sus más pequeños caprichos.

El arriendo de su casa tenía un plazo de cinco años. Durante ese tiempo, se dedicaron a juntar dinero para comprar una definitivamente. Vivieron ahí hasta el año 2008. Verónica reprendía a Ian, ya que gastaba parte de su sueldo en estupideces, en vez de ahorrarlo, como hacía ella. Pero no sabía todo el dinero que él tenía guardado en su cuenta producto de los trabajos como mercenario de las empresas forestales. Durante cinco años, Ian y Verónica se descubrieron casi por completo. Ian era un hombre sincero. Su pasado delictual siempre sería el casi, pero a pesar de eso, con el ir y venir de los días, todos los pequeños detalles que cada uno encontraba en el otro se convirtieron en la argamasa que mantuvo firme esa joven estructura del amor. A Verónica le gustaba que Ian fuera alto, que supiera tocar la guitarra y que no supiera ocupar el computador, ni nada que fuera más o menos cibernético. A sus casi treinta años, era un analfabeto de la tecnología. Le gustaba escucharlo cantar desde la cocina, aunque no cantara muy bien y le salieran gallitos. A Ian le gustaba que Verónica se pintara las uñas de los pies y que nunca estuviera descalza ni con zapatos que las mostraran. También que se riera con los ojos y que comiera más que él, a pesar de lo flaca que era. Al final, ese período en que vivieron los dos solos, se transformaría en un bello recuerdo que conservarían para siempre y que no volvería, porque justo el último año que les quedaba del contrato de arriendo, Verónica quedó embarazada.

Mario y Rosario estaban radiantes. Esa tarde en que les avisaron durante la once, se esmeraron en contarle a todos los familiares posibles por teléfono y por Facebook (Ian no lograba entender eso tan de moda). Mario bromeó con Ian sobre su promesa de cortársela si es que le hacía una guagüita a la Vero, pero esa tarde, en la sobremesa de la once, mientras se reemplazaban las tasas de té y los platos de pan por botellas de vino y platos de maní, la familia completa discutió el próximo paso a seguir. A Mario le molestaba que arrendaran, en vez de comprar una casa. Decía que era como echar la plata a un saco roto. Verónica no daba su brazo a torcer sobre la posibilidad de

adquirir un terreno en el sur y construir allí. Mario y Rosario fueron alimentando esa gran hoguera de proposiciones hasta que ya casi iluminaba por completo el oscuro túnel del futuro. Ian no decía mucho. Trataba de ocultar su recelo a través de puntos en contra. Primero planteó el problema del frío y de la construcción, pero todo eso fue abatido por los argumentos de los otros tres, quienes dijeron conocer a un contratista y tener noticias de terrenos muy baratos en Valdivia, Temuco y Osorno. Rosario se comprometió a preguntarles a esos conocidos y Mario a hablar con su amigo contratista. Verónica no era de las mujeres que se entusiasmaban con muchas cosas y luego dejaban todos los proyectos a medias o perdidos en el mundo de las ideas. Ella no soñaba, instalaba metas. Con sus casi diez años de relación, Ian sabía que cuando algo entraba en su cabeza, no podía salir ni con orden de desalojo. Sabía que eventualmente tendrían que irse a vivir al sur. En el fondo él también extrañaba ese frío, ese aroma de los árboles maduros, la lluvia imperecedera, el olor de la masa caliente en los hornos de barro y el trato cordial, como de hermanos, como de cómplices, que había con cualquier sureño. Pero las ansias que le contagiaba Verónica revivían de a poco al difunto y putrefacto Bastián. Le aterrorizaba el escenario de encontrarse con algún fantasma del pasado. Quizá viera a su madre, a su padre, a su hermano o a la misma Amanda, que quizá ya estaba libre o nunca había caído presa y junto con los demás miembros de la secta lo buscaban para colgarlo de un árbol y asarlo en una fogata débil por su traición.

Imaginó el temible rostro del Hermano Mayor respirando cerca del suyo mientras le pasaba la cuerda por el cuello.

Ian se había esmerado en sus casi quince años de ausencia en no revelar a nadie su secreto. Cualquier persona podría estar confiada en que el asesinato de las excursionistas fue archivado para siempre después de las detenciones y que el nombre de Bastián Jiménez estaba escrito en una lápida, y bajo esa lápida un montón de tierra cobijaba un cajón vacío. Esa era la realidad, pero se trizaba en el medio por una sola y mísera frase dicha hace casi una década por un desconocido.

—Sí, en Variloque todos juegan al cacho.

Ese hombre sabía. De alguna forma, ese fantasma encontrado en sus andanzas paramilitares sabía. Nunca más lo volvió a ver y deseaba nunca más verlo de nuevo. Según Káiser, ahora ese mercenario trabajaba directamente con los hombres de negro. Estaba un escalafón arriba del Comando. Era la mano derecha del misterioso jefe que los fue a visitar los primeros días. Ian no podía recordar si se llamaba Gabriel o Javier o Miguel. Pero estaba seguro de que, si lo veía, lo reconocería en un momento, aunque esperaba no volvérselo a

encontrar.

Ian pensaba en todo esto mientras Verónica y su familia seguían conversando sobre el cambio de casa. Pudo percibir que ya era casi un hecho. Todos notaban su desazón, pero lo diagnosticaban como miedo e inseguridad, algo que con el tiempo pasaría. De seguro Verónica hablaría con él durante la noche, en ese espacio íntimo que les sobraba después de hacer el amor, pero antes de dormir. Él le diría que sí, luego tocaría su guatita y le volvería a decir que sí. Luego quizás le pediría matrimonio, le daría un beso y se lo preguntaría susurrando.

III

Jorge Matamala, exiliado chileno en Suecia, escribió un libro de poesía titulado El infierno de Chile. En él, su propio fantasma descendía al infierno guiado por Diego Portales, quien le trazaba un recorrido desde Atacama hasta Santiago, pasando por la base aérea Los Cóndores, el batallón logístico N° 6 de Pisagua, el campamento de prisioneros de Pisagua, el campamento Las Machas, la cárcel anexa ex Comercial y el famoso recinto DINA, Casa de la Risa. Después del recorrido, Diego Portales sufría un ataque de asma que lo obligaba a volver de donde había venido (no se especificaba sobre el lugar de origen de los fantasmas, solo se mencionaba que era un lugar post-apocalíptico) y era reemplazado por Arturo Prat, quien guiaba a Jorge por los centros de tortura en Valparaíso: la academia de guerra naval, el buque-escuela Esmeralda y la cárcel de Valparaíso. Cuando el fantasma de Jorge llegaba a Santiago quien lo guiaba era Manuel Rodríguez vestido de "un traje negro como los ojos de su caballo/ con calaveras en el cuello / y el semblante como un rayo / iluminaba su cabello". Al final del poema, Jorge se volvía torturador y ponía a Manuel Rodríguez, a Salvador Allende, a Lautaro y a Recabarren en una cama eléctrica mientras les hacía preguntas retóricas y adivinanzas: "¿Si un árbol cae en el bosque, pero nadie puede escucharlo, hace ruido?", "¿Cuánto es la mitad de uno?", "¿Qué sonido hace un aplauso?", "¿De qué color era el caballo blanco de Napoleón?". A cada respuesta incorrecta Jorge soltaba una descarga. El libro se conoció oficialmente en Chile después del año dos mil a través de las gestiones de una editorial anarquista, pero la primera edición se pasaba clandestinamente de mano en mano entre los poetas comunistas de los ochenta para entretenerse en la clandestinidad. Jorge Matamala murió en una ráfaga de balas salida de un auto sin patente. La embajada de Suecia no logró detener al asesino, porque al momento de su captura, el hombre alcanzó a difuminarse en la multitud y luego huir. La prensa extranjera culpó al gobierno chileno de ese entonces, pero los que conocían bien la historia sabían que lo más grave de ese libro no eran las alusiones al gobierno (el que no podía hacer mucho por las obras literarias que publicaban los exiliados), sino por las alusiones al bar La Ruleta. En uno de los

dieciocho cantos aparecía un párrafo del poema que refería al centro de tortura y bar: cuando el fantasma de Jorge recién llegaba a Santiago y le preguntaba a Manuel Rodríguez qué era ese ruido proveniente del antro más oscuro ubicado en las afueras de la ciudad, entre caminos de tierra, viñedos y parcelas enormes.

> En este lugar hay gente enferma
> que se divierte disparando y apostando
> En este lugar no hay gente: hay bestias
> que pagan por ver La Ruleta girando.

La Ruleta era un secreto protegido por militares y políticos. Quien osaba ventilar algo sucumbía como Jorge Matamala. Las reglas del juego eran las siguientes: dos sillas en el centro de la habitación, una para el que apostaba su vida y otra para el que giraba el tambor del revólver. El público apostaba por la posibilidad de que la bala saliera o no. En el revólver hay seis espacios, por lo tanto, un 16,6% de probabilidad de que el martillo caiga en el hueco donde está la bala y un 83,4% de que no. Si la apuesta es por la bala, la ganancia es mayor. En tiempos de dictadura se jugaba hasta que la bala saliera. Hubo una vez en que el martillo cayó dieciséis veces en los espacios vacíos. Después del octavo intento, el detenido, Álvaro Cortés, líder de las Juventudes Comunistas de La Campiña en Puente Alto, se burló de sus torturadores y los insultó. Murió riéndose de sus asesinos.

En el año 2010 La Ruleta seguía funcionando, pero no de la misma manera. El antro, ubicado en una pequeña calle cerca del centro de Puente Alto, abría sus puertas a todo el mundo. No llegaba mucha gente. Solo viejos y fieles clientes, jóvenes colo-colinos que repletaban el lugar cuando había partido y delincuentes que utilizaban las mesas para organizar atracos en el barrio alto. El cantinero era un anciano imponente de más de setenta años con unos ojos muy azules, casi celestes, y un gran bigote encanecido sobre sus labios. Le llamaban Bigote y en sus tiempos mozos era conocido por ser uno de los miembros más sanguinarios de la ex Central Nacional de Informaciones. Otro de sus dueños era Emiliano Von Baer quien aún conservaba su uniforme blanco de Patria y Libertad. Cuando parrandeaba hasta tarde con el Bigote, Eriberto Hasbún (el más asiduo de los clientes) y Káiser y mantenían el antro cerrado, Emiliano sacaba su tenida para fanfarronear frente a todos. Los demás se reían y luego cantaban. Ya hace mucho tiempo que nadie se volvía a sentar en las dos sillas que permanecían, una al lado de la otra, en el sótano. A veces, durante esas conversaciones patrióticas y nostálgicas, Káiser proponía volver a jugar.

—Cómo en los viejos tiempos. ¿No les gustaría?

Él estaba casi siempre en Victoria, pero cuando viajaba a Santiago era solo para verlos a ellos. Aunque en el fondo, el Bigote y Von Baer sabían que Káiser estaba tramando algo más (Eriberto no entendía nada desde su mal disimulado problema cognoscitivo). El ochenta por ciento del tiempo en que estaban ahí, hablaba del movimiento paramilitar que comandaba en el sur. El otro veinte se les iba en el Colo-Colo y las bailarinas de moda. Káiser decía que tenía células en toda la novena y décima región. Comentaba lo maravillado que estaba con las redes sociales que le ayudaba a utilizar su nieta. Ya tenía más de mil miembros en un grupo de "feibú" para enviar una carta al presidente y que se hiciera cargo de la situación, que dejara de poner pacos y que llevara militares de una vez por todas.

—Con metralletas y bazucas contra esos indios terroristas —remataba.

Cuando hablaba de sacar a los militares a la calle, sus oyentes parecían caer en un éxtasis o en el más profundo y pegajoso sueño erótico. Esa frase les encantaba y por ese lado Káiser los fue convenciendo de organizar juntas. Por otro lado, Emiliano Von Baer se ilusionaba con el hecho de que durante esas juntas podrían revivir La Ruleta.

—Sentamos a un par de comunistas o pasteros o vagabundos o a cualquier hueón por quien nadie pregunte, y hacemos apuestas como antes. ¿Se acuerda, Bigotito? Puta que era entretenido, hombre por Dios.

—Podríamos sentar a un par de mapuches terroristas incluso —decía Káiser.

—¿Y los pacos? —preguntó el Bigote.

—Son amigos míos oye. Los de Puente Alto los conozco hace rato. Yo voy y me paseo por la comisaría de ahí, de Balmaceda, y todos me saludan de mano. La mayoría de los de fuerzas especiales fueron alguna vez a entrenarse a la Araucanía, y si fueron pa allá, yo los conozco.

—¿Es como una prueba de fuego? —quiso saber Hasbún, babeando sin darse cuenta por el lado del labio.

—Eco. Yo podría robarme un cajero, pitearme a un hueón, a dos hueones, andar con pistolas y no pasa nada. Me pueden llevar, pero pego un telefonazo y listo. Si no, mire usté.

Káiser subrayó la última frase con su clásico gesto de sacar el revólver y plantarlo estrepitosamente sobre la mesa. Hasbún y Von Baer tomaron el revólver en sus manos y lo examinaron como si fuera un juguete perdido hace años que acababan de encontrar. Al final el Bigote terminó por tentarse y pidió que organizaran la junta. Káiser le dio la mano agradecido. Prometió que volvería en un mes más y

harían una fiesta de aquellas: mientras, debían preparar y amononar el lugar para jugar a la ruleta como en los tiempos mozos y, a la vez, organizar la nueva célula del Comando Hernán Trizano en Santiago.

—Ya verá como algún día este comando va a hacer algo grande por la patria, compadre, y todo gracias a usté. Avíseme cuando vaya pal sure pa que carniemos un chanchito o un corderito.

La sonrisa de Káiser contagió de entusiasmo al par de ancianos fascistas. Pronto los volvería parte del movimiento y organizaría la primera célula del Comando Hernán Trizano en Santiago, ahí, en ese bar de Puente Alto, cuya única ventaja respecto a otros lugares era que se situaba en la periferia de la capital del país. Su estrategia, que muchas veces colindaba con el delirio, era estar lo más cerca posible de las personas influyentes, pero no tanto como para ser captado por periodistas chupasangre o por policías que se creían el cuento, como decía él.

Una de las labores finales del Comando Hernán Trizano era manipular la opinión pública a través del asalto a camiones madereros y la quema de terrenos agrícolas para facilitar la implementación de leyes antiterroristas, todo esto perpetrado por soldados paramilitares de la Araucanía pertenecientes al Hernán Trizano y a la cuadrilla de camioneros saboteadores de Don Eduardo.

Sin embargo, durante el último tiempo la cuadrilla estaba particularmente ocupada en trabajos dentro de la ley. Tenían muchos pedidos y la mayoría de los camioneros estaban fuera, menos Mario e Ian, quienes comenzarían recién el turno. Camino al corral, Mario expresó a Ian su deseo de dejar de trabajar para los hombres de negro. A sus cincuenta y tantos años, ya todo lo que antes le parecía inofensivo, comenzaba a darle miedo, como el exceso de azúcar, de queso y de frituras, pero también el de atentados terroristas. Decía que temía por la demencia que cada vez demostraba más Káiser en sus conversaciones. Además, Augusto y Jaime habían caído casi por completo en su juego. Deliraban patrioterías igual que él y definitivamente habían perdido su vocación de camioneros. Mario le decía, mientras exhalaba el humo de su cigarro por la ventana, que ya estaba viejo para andar haciendo huevadas.

—Además, ya tengo suficiente plata para un retiro decente. ¿Para qué seguir? No podemos estar quemando camiones por siempre, como si fuera un trabajo.

Temía exponer a la Rosario y a la Vero a posibles represalias. Al final de su monólogo, cuando ya llegaban al corral, afirmó con seguridad que al próximo trabajo hablaría con Don Eduardo y le diría que desde ese momento sería solamente camionero, como antes de que llegaran a tentarlo los hombres de negro.

Ian le encontraba la razón. Él también temía por la integridad de

su pequeña familia. Los gemelos nacerían dentro de unas semanas y pensaba que podría quedar gravemente herido o morir en alguna de las misiones, las cuales aumentaban su intensidad a medida que pasaba el tiempo. Recordaba aquella vez en que quemaron la casa de un latifundista. A él le había parecido un trabajo absurdo, ya que era un montaje obvio. La casa estaba protegida las veinticuatro horas por carabineros. Cuando la quemaron, los oficiales de turno se retiraron a la comisaría y, una vez que estuvo en llamas, volvieron. Ian se daba cuenta de que los mapuches no eran ingenuos. Conocían todos estos movimientos, que no eran más fuertes que el latifundista, quien además estaba postulando a la alcaldía. Su proclama era exterminar a los mapuches y ponía como argumento los actos terroristas que él había vivido en carne propia. Ian no recordaba el nombre, pero sí su cara roja, sus ojos negros y su pelo blanco. Sacando la cuenta, había quemado ya veinte veces su casa y las veinte veces les había echado la culpa a los mapuches. Con su ejemplo pregonaba en las plazas y en las ferias libres juntando votos para la candidatura. Los miembros de la cuadrilla se burlaban de él, ya que cada vez que quemaba su casa, construía otra con materiales ligeros, pero las amoblaba completamente. Káiser también le aconsejó que no usara muebles tan caros, pero él insistía en la credibilidad.

Una de las veces que volvían a Victoria en camioneta después de haber quemado esa casa, encontraron un caballo muerto en la carretera. Káiser quería pasarlo, pero César insistió en moverlo para evitar futuros accidentes. Era un hermoso caballo blanco. Ian lo tomó de la cabeza. Su ojo derecho estaba abierto y en él se reflejaba como en un espejo el cielo azul, las nubes y las piedras cruzando como meteoritos a centímetros suyo. Levantó la cabeza hacia la camioneta y sintió el golpe. No alcanzó siquiera a mirar atrás. La vista se le nubló como si hubieran puesto un filtro azul frente a sus ojos. El sonido de la piedra chocando contra su cráneo lo estremeció por días. Cuando cayó al suelo, el sabor del asfalto le pareció como una premonición del sabor de la tierra sobre su tumba. Los balines de las escopetas llovían al lado suyo. Ambos bandos se disputaban su cuerpo paralizado. Mientras la sangre caía por una de sus sienes, sintió retumbar los balazos por encima de su espalda. Mario, Augusto, Jaime, César y Káiser disparaban sus revólveres. Káiser disparaba con las dos manos. Estaban los cinco cubriéndose detrás de las puertas abiertas de la camioneta. Al lado suyo estaba el hermoso caballo blanco. Ian le rozaba las crines con las yemas de la mano izquierda. En un extraño espasmo de conciencia, deseó montar a pelo a ese enigmático animal. El filtro azul todavía estaba sobre sus ojos. Los gritos de guerra y los cuernos de los mapuches transformaron de a poco el mareo y la ensoñación en terror. Ya casi podía sentir las manos apretando sus

tobillos y arrastrándolo hacia quién sabe qué dimensiones ancestrales. Quizá lo ahogarían con la tierra debajo del canelo, lo sentarían en una pica, lo entregarían en carne viva a los Wekufe o se lo servirían en un plato de piedra al Pillán. El tiroteo no duró más de dos minutos, pero a Ian le pareció una eternidad. Dentro del incesante delirio que le provocó el golpe, creyó que los demonios ancestrales tironeaban su espíritu por las axilas para separarlo de su cuerpo, pero solo era Mario tratando de subirlo a la camioneta. La herida que tenía en la nuca escupió borbotones de sangre. Mientras estaba inconsciente en un pequeño hospital de Victoria, soñó con Verónica sobre el caballo blanco. En cada mano tenía una serpiente, una de tierra y otra de agua. Se mordían una a otra, mientras en el semblante de Verónica se podía adivinar cada vez más la angustia. Cuando su expresión se volvió insostenible, Ian despertó. Había pasado un día entero. Mario estaba con él. A Verónica y a Rosario les dijeron que se le había caído un televisor encima.

Por este accidente y otros más, cuando Mario le dijo que quería dejar los trabajos, Ian lo entendió. Estaba a punto de compartir su decisión si es que ese día no hubiese aparecido Káiser en el corral. Mientras Mario estacionaba el auto, lo vio conversando con don Eduardo. Sostenía su tradicional posición altanera con el pulgar derecho en la trabilla y el izquierdo en un bolsillo. Evitaba los ojos, hablaba mirando hacia cualquier parte con una distorsionada y sutil sonrisa en la boca. Don Eduardo les hizo señales para que se acercaran. Ian temía que Mario cumpliera su promesa ahí mismo. De ser así comenzaría una larga conversación, de la que él tendría que ser partícipe. Afortunadamente no fue así. Todos se saludaron y comenzaron a charlar sobre lo que Káiser proponía. Era una simple congregación de amigos que deseaban conocer a los miembros de la cuadrilla para coordinar futuros trabajos. Hablarían de los métodos usados, compartirían experiencias y la pasarían bien un rato.

—Es un bar que queda cerca de la Plaza de Puente Alto. A usted le queda cerca, don Mario. Se llama La Ruleta, no sé si lo ubica. El dueño es amigo mío y tendremos una fiestoca de puros soldados como nosotros. Además, estarán algunos jefes que comandan las operaciones.

Don Eduardo estuvo de acuerdo. Siempre sería mejor mantener relaciones estrechas con los hombres de negro, quienes habían sido tan buenos y atentos con la cuadrilla. Mario fingió entusiasmo sonriendo y asintiendo. Una vez que Káiser se fue, habló con don Eduardo. Ian se dirigió a su camión. Todo se sabría a su tiempo. En ese momento no pensaba en nada más que en Verónica y en trabajar. La junta quedó agendada para dos semanas más.

No hubo asaltos, ni sabotajes, ni trabajos anexos durante esas dos

semanas. El día de la junta en el bar La Ruleta llegó. Viajaron todos juntos hacia Puente Alto. Dejaron la camioneta de Gustavo y el auto de Mario en una lúgubre calle al costado de la Plaza de Puente Alto. Caminaron hasta el bar siguiendo las indicaciones que les había dado Káiser. Eran las diez de la noche y todavía se veían algunas personas caminando. La mayoría estaba esperando locomoción para regresar a sus casas o para ir al centro. La música de carnaval de la plaza de Puente Alto se componía a través de una extraña mezcla hecha por el retumbar de un reguetón violento en la lejanía, los aullidos fantasmales de los perros callejeros, cigarras eléctricas entre los cables, botellas quebrándose, autos acelerando sus motores al máximo y balas cortando el aire como una continuidad de violines etéreos.

Afuera, en un pequeño pasaje perdido, la débil luz de neón naranja todavía iluminaba titilando el nombre del bar. Todos leyeron La Ruleta y entraron. El olor de completos y cerveza añeja los recibió como una patada en la cara. En una esquina se percibía el brillo de un televisor mudo, mientras en todas partes se oía el barullo de hombres conversando y riendo. Augusto encontró una mesa vacía y la ocupó. No veían a Káiser por ninguna parte. Ian fue a comprar unas cervezas mientras esperaban. Después de un vistazo al rededor, Ian se dio cuenta de que el bar estaba hasta el máximo de su capacidad y de que no había ninguna mujer, solo viejos de mediana edad. El hombre que lo atendió era un anciano imponente que tenía el par de ojos más azules que jamás había visto, eran casi celestes. Cuando el hombre le preguntó cuántos vasos quería, Ian demoró un par de segundos en responder ya que todavía se encontraba absorto en la incandescencia de esa mirada. Volvió a la mesa con las botellas y los vasos. Su puesto estaba ocupado por Káiser, quien se paró a saludarlo cuando lo vio, se disculpó por quitarle su asiento y fue a buscar otro. Káiser dijo que estaban en su casa, que pidieran las cervezas que quisieran, todo iba por cuenta de él. Luego les comentó que todos los que estaban en el bar esa noche eran miembros del Comando Hernán Trizano pertenecientes a la nueva célula de Santiago. Los miembros de la cuadrilla quedaron sorprendidos. No sabían que hubiera una célula en Santiago. Káiser dijo que no la había, esa noche era la inauguración, por eso estaban invitados. Nadie se esforzó en hacerle saber a Káiser que ellos no eran parte del Comando Hernán Trizano, él ya lo sabía, pero los consideraba miembros de igual manera. Antes de irse les pidió quedarse porque en el piso de abajo se jugaría a la ruleta. Estaban invitados a presenciar el espectáculo. Augusto quiso saber más, pero Káiser prefirió la sorpresa: solo adelantó que era un juego con apuestas donde se podía ganar mucha plata.

Ian estaba nervioso. Le dijo a Verónica que iba a salir con Mario a un bar junto con toda la cuadrilla. A ella le gustaba que se divirtiera

con su papá. La llevó a casa de Rosario para que ambas se hicieran compañía mientras ellos no estaban. Pero Mario decía que había escuchado pequeñas historias sobre el lugar, nada serio, mitos urbanos: que lo manejaban milicos, que lo manejaban nazis, que allí mataron a los comunistas, que los sentaban y jugaban con ellos hasta que se mearan o lloraran, que los hacían confesar cosas que no habían hecho.

Pasada una hora, cuando todos ya conversaban y reían a viva voz, llegó el corpulento hombre de la cantina junto con Káiser. Él se paró junto a ellos, le palmoteó la espalda a su acompañante y les dijo:

—Camaradas, este es el Bigote, un amigo mío, ex militar, un patriota de los antiguos y el dueño de este bar.

—Buenas noches —saludó el hombre dando la mano y mirando a todos con sus ojos claros—. ¿Todos saben disparar un revólver como este? —dijo y puso estrepitosamente un Smith & Wesson sobre la mesa, como lo hacía Káiser.

Cada vez que Ian escuchaba esta pregunta, instantáneamente recordaba las latas sobre la rama del árbol y la postura de boxeador para no perder el equilibrio. Todos respondieron, menos Mario que no contestó.

—En una media hora más vamos para abajo entonces. Hoy tenemos un invitado especial —acompañó esto último con una sonrisa y su clásica mirada penetrante.

Augusto, Jaime y Gustavo estaban muy entusiasmados. César trataba de dilucidar de qué mierda se trataba el asunto. Mario estaba concentrado en su vaso de cerveza y en nada más. Ian casi acababa su cajetilla chica de cigarros. Siguieron bebiendo hasta que ya todos estuvieron lo suficientemente borrachos como para comenzar a reclamar por la ruleta. Los nervios abrieron paso a las ansias. Augusto gritaba: “Ya po, quiero apostar po hueón oh”. Jaime lo acompañaba: “Ya po, la ruleta chuchesumare”. Mario se reía de los dos y los bajaba de las sillas. Káiser y El Bigote pasaron por al lado de la mesa riendo, bajaron la cortina metálica del bar, e indicaron a todos que ya iba a comenzar el juego. Los demás comensales se pararon entusiasmados. Comenzaron a sacar billetes de a diez mil y veinte mil pesos de sus billeteras. Todos reían y se ayudaban para bajar por las escaleras hacia el sótano. Era una habitación amplia con murallas de concreto sin pintar. Parecía una especie de búnker abandonado. Había una gran bandera chilena colgando de la pared y un águila alemana de bronce macizo, también una gran fotografía de la junta militar. En una esquina se lucía un catre metálico conectado a dos tenazas y un medidor de voltaje. El Bigote, Emiliano Von Baer y Eriberto Hasbún la exhibían con orgullo. Pero lo que más llamaba la atención del grupo era la silla cubierta con una manta. Algo bajo ella se movía, jadeaba y

dejaba salir extrañas onomatopeyas. Hasbún se puso detrás de la silla y tomó la manta con las dos manos, luego gritó en voz alta: —¿Quieren que la saque? —preguntó jugando, mientras babeaba por la misma comisura de siempre, la derecha.

Todos se rieron cuando lo oyeron. Él se refería a sacar la manta, pero los demás lo entendieron como quisieron.

—No saquí ese hueá fea, negro culiao.

—No saquí el meñique, Hasbún.

—No lo saquí hueón, por favor.

—Sácatelo del hoyo, Hasbún culiao.

Todos se burlaron de él. Káiser le quitó la manta de las manos y le dio un empujón. Hasbún chocó con la pared y botó el águila de bronce macizo que estaba colgada. El símbolo cayó en su cabeza y todos explotaron en risa y gritos. Eriberto Hasbún se alejó refregándose la cabeza con cara de idiota por su propia torpeza. Cuando el hombre debajo de la manta sintió a la muchedumbre, comenzó a moverse y a jadear con furia. Káiser sacó la manta y quedó descubierto el sudado cuerpo moreno de un mapuche.

Tenía todavía el tlarilonko amarrado sobre la frente. Sudaba por todos los poros de su cuerpo. Cuando los miembros del comando lo vieron, levantaron los brazos y gritaron desaforadamente. Comenzaron a hacer una ronda a su alrededor. Saltaban y celebraban abrazados, como si tuvieran de rehén al general del ejército contrario (dentro de su retorcida lógica, efectivamente era así). Augusto y Jaime estaban excitados por la imagen y por la cocaína. César y Gustavo habían ido a jalar a la cama metálica para aguantar la situación. Mario subió por las escaleras, Ian lo tomó del brazo.

—¿Se va? Porque yo me voy con usted.

—No, voy a buscar una cerveza. Quiero ver hasta dónde llegan estos hueones.

Cuando Mario remontaba la escalera, se topó con un pequeño grupo de hombres vestidos muy formales. Le abrieron el paso y cuando lo vieron lo saludaron de la mano. A Mario le costó reconocer al hombre de negro y a Gabriel. Este último se veía de la misma edad, como si no hubiese envejecido ni un poco desde hace una década. Mario sacó dos cervezas de litro y bajó. Todos quedaron en silencio cuando los dos hombres de negro y Gabriel hicieron su entrada. Al parecer, el hombre importante de ese grupo era un anciano flaco, pero con cuerpo atlético, que vestía un esmoquin negro, un sombrero, gafas redondas negras y un sobretodo que le recibió el Bigote. Káiser lo tomó de un hombro con la mano izquierda y le dio la derecha. El hombre nunca dejó de sonreír. Saludó a todos los demás con la mirada y ellos le devolvieron el saludo con una inclinación de cabeza, como

los súbditos a su rey. Káiser le acercó una silla a él y a sus hombres y comenzó a dar uno de sus patrióticos y latosos discursos. Al contrario de las veces que lo habían escuchado anteriormente, esta fue breve. Explicó a los invitados la situación que vivían las empresas forestales y los agricultores de la Araucanía. El mapuche amarrado y amordazado a la silla no paraba de gemir y patalear, pero él no prestaba atención, solo lo señalaba con su mano cuando se refería a su pueblo. Mostró su cicatriz de la cabeza hecha en una de las misiones y explicó el sistema operativo del Comando. Lo ensalzó como una organización protectora de los valores y la propiedad privada. Se refirió a la figura del Comandante Hernán Trizano, como un personaje importante dentro de la historia de Chile, quien tuvo como objetivo central desplazar a los indios a punta de fuego y plomo durante su cargo como capitán en el Cuerpo de Gendarmes de las Colonias, pero cuya tarea había quedado inconclusa, puesto que la zona aún se encontraba a merced del bandidaje y la violencia; por lo tanto, continuó Káiser, era misión de unos cuantos valientes llevar el orden a como dé lugar. Finalmente presentó al hombre de negro, quien representaba a las grandes empresas y financiaba en todo lo posible al Comando.

—Sin él, nada de esto sería posible, camaradas.

Todos aplaudieron al hombre de negro, quien agradeció con una sonrisa y una pequeña reverencia, mientras el mapuche casi se ahogaba en sus gritos. Se notaba que estaba echando maldiciones. La información que había obtenido esa noche era vital para su pueblo. Por esa misma razón, sabía que iba a morir.

Káiser terminó e invitó al hombre de negro a ser el primero en jugar. Él se paró de la silla y sonrió como un niño. Luego se quitó la chaqueta, se arremangó la camisa y se quitó los lentes. Se sentó sobre una silla desocupada y sostuvo el revólver que le entregó Emiliano Von Baer. El mapuche gemía y movía la cabeza hacia los lados evitando el cañón. Los demás gritaban y el hombre de negro reía a carcajadas mientras movía despacio el revólver hacia donde fuera la cabeza del lonko. Mientras jugaba, preguntaba a Káiser: —¿De dónde es este?

—De Tirúa.

—¿Uno de los que te pedí el otro día?

—Ese mismo.

—Me alegro mucho.

El hombre de negro levantó una mano y giró el tambor de la ruleta. El mapuche gritó. Sonó un clic en la mano del hombre. Todos rieron y se lamentaron amistosamente. El hombre dijo: “Así juegan otro rato”. Káiser le dio la mano y se despidieron. Se fue junto con sus dos guardaespaldas, pero le dijo a uno que si quería se quedara. Gabriel, su sicario personal, volvió a bajar la escalera con una

pequeña sonrisa. Miró a Ian y lo saludó con la cabeza. A pesar de los años, todavía se acordaba de él. Ian sintió el mismo escalofrío de aquella vez en Victoria jugando al cacho. Le pidió a Gustavo que le hiciera una línea sobre la cama de metal. Dobló torpemente su billete e inhaló. Necesitaba mucho valor para mirar los ojos de Gabriel, que de alguna forma eran como los del fantasma que lo miraba mientras dormía, el que se había muerto hace quince años, ese cuyo nombre no quería recordar pero del cual todavía conservaba la mitad.

A pesar del miedo que le transmitía Gabriel y todo lo que su figura escondía, Ian trataba de entrar en sintonía con el juego y el denso ambiente que se vivía en esa especie de búnker, para así olvidar aquella frase que el hombre le había dicho hace años. Trató de convencerse de que quizá solo había sido un comentario que había emergido al azar, aunque también barajó la posibilidad de que Gabriel efectivamente supiera la verdad sobre los hijos de Xalpén y las cuatro excursionistas quemadas; de todas formas era un sicario, alguien que transita por pasillos llenos de crímenes y asesinatos. Puede que Gabriel fuera la mejor persona para guardar un secreto ¿Qué problema hay? La mejor forma de esconder un crimen era rodearse de criminales. Y en eso estaba. Contemplaba como la multitud de hombres se agolpaba frente al Bigote para anotar sus nombres en una lista e inscribir su apuesta. Eran treinta y siete seudónimos con los que se reconocían todos. La mayoría se ponía nombres de grandes próceres fascistas y héroes de la patria: Bernardo O'higgins, Manuel Montt, Arturo Prat, Diego Portales, Pedro de Valdivia, Diego de Almagro, Jaime Guzmán, Adolf Hitler, Henry Kissinger, Richard Nixon, etcétera. Otros hombres, no tan patrioteros, se ponían nombres graciosos: Care palta, Cabeza e pico, Cuento Corto, Toni Caluga, Care puta, Chino tuerto, entre otros.

—¿Cuánto?

—Cuarenta.

—¿Vive o muere?

—Muere.

—¿Bernardo?

—Sí, Bernardo O'Higgins —y el Bigote anotaba en su agenda Bernardo, con un cuarenta al lado y una M de muere. Luego pasaba a la persona siguiente con las mismas preguntas.

—¿Cuánto?

—Diez

—¿Diez no más? Te ha ido mal, Care na.

—Ahí no más.

—¿Vive o muere?

—Vive.

—Vive —repitió el Bigote mientras anotaba Care na, un diez al lado y una V.

Fueron muchas las apuestas a la bala, pero fueron más los que apostaron al espacio vacío que salvaría al mapuche, a quién bautizaron como Caupolicán.

El gran tumulto de hombres encerrados emitía vapores fétidos a alcohol y transpiración. La coca los hacía sudar como cerdos y todo el olor se mezclaba con el humo del cigarro. Hasbún prendió un pequeño ventilador que no pudo refrescar el ambiente. Afuera hacía frío, pero dentro de ese lugar lleno de hombres, parecía el día de verano más ardiente o un sauna tormentoso. Algunos se quitaron las camisas exhibiendo majestuosas panzas peludas y blancas con tatuajes en el pecho y una que otra bandera chilena o esvástica adornando por ahí.

Los camioneros borrachos, sedientos y eufóricos estaban reunidos en un rincón. Augusto tironeaba a Jaime, quien no dejaba de gritar estupideces y de caerse al piso. Mario, Gustavo y César observaban cómo torturaban al mapuche con quemaduras de cigarro, cachetadas y golpes de puño. Káiser lo defendía. Insistía en que no se excedieran o si no se desmayaría y el juego sería mucho menos entretenido. El Bigote terminó de anotar los nombres con apuestas. Augusto apostó cincuenta mil a la bala, Jaime también, Gustavo, Mario y César apostaron treinta mil al espacio vacío. Ian apostó veinte mil también al espacio vacío. Para su sorpresa, el mismo Gabriel sería quien giraría el tambor y apretaría el gatillo. Se lo había pedido expresamente a Káiser antes de que comenzara el juego. Normalmente el tirador se escogía al azar, pero habiendo un voluntario, mejor aún. Gabriel se sentó en una silla frente al mapuche y apuntó a la cabeza riendo. El lonko gritaba y se movía esquivando el cañón, como había hecho antes, pero esta vez lloraba. Por mucho que tuviera la boca envuelta con cinta adhesiva y papel de diario, se notaba que pedía por favor. Pero nada iba a parar ahí.

El Bigote y Káiser anunciaron que el juego comenzaría. Todos guardaron un silencio interrumpido por apenas uno que otro comentario. Gabriel abrió el tambor sin dejar de sonreír. Revisó y mostró al público que había una sola una bala insertada, luego lo cerró. Mientras hacía esto, von Baer amarró la cabeza del mapuche a la silla para inmovilizarlo. Pasó la cuerda por sobre el tlarilonko y la anudó firmemente detrás de la madera.

La mano de Gabriel estuvo a una altura suficiente. Anunció, como en un juego de niños, que todos debían contar hasta tres, y así lo hicieron:

—Uno… Dos… ¡Tres!

La mano cayó y dio vueltas el tambor a unas cien revoluciones por minuto. Sonaba como una ruleta de casino. Todos los hombres estaban

expectantes. Algunos taparon sus oídos, pero la mayoría no ponía atención al posible estruendo, sino a la posible imagen de la cabeza reventada. Los miembros de la cuadrilla se ponían de puntillas y se subían a cajones viejos para mirar por sobre los demás. Gabriel miraba los ojos del lonko, que gritaba debajo de la mordaza. La orina se escurrió tibia por sus piernas y formó una pequeña laguna bajo sus pies. El tambor disminuyó su giro. El tendón y las falanges de Gabriel se contrajeron y apretaron el gatillo. Sonó una especie de clic, pero ningún estruendo. El lonko no dejó de llorar. Todos vociferaron, celebraron y rieron, como si entraran en un retorcido éxtasis. Gabriel levantó los hombros, se acercó al mapuche y le dio unas suaves cachetadas con el cañón frío del revólver.

—Te salvaste, Caupolicán —le dijo.

Luego de ese primer intento, el Bigote, con calculadora en mano, fue pagando o aumentando los pozos de cada uno de los hombres. Las apuestas a la bala la segunda vez fueron más y mayores. Gabriel esperaba sentado frente al lonko con el revólver en la mano. Los miembros de la cuadrilla seguían apostando igual que los demás. Mario se acercó lentamente a Ian y le murmuró al oído: —¿Viste? Los cabros van a terminar igual a ellos

Ian ya quería irse. Iban a ser las cinco de la mañana, pero parecía que recién hubiera comenzado todo. Siguieron tomando cerveza, mientras el juego recomenzaba. Se notaba que la garganta del lonko estaba desgarrándose. La saliva le caía por el pecho. Tenía el pelo mojado sobre la cara y los ojos rojos y vidriosos de tanto llorar. Ian pensó que ya no parecía una persona. Tampoco podía verlo como un animal. Era un ser vivo, muerto y renacido un millón de veces. Las facciones de su rostro y el petróleo hirviendo en sus ojos daban la abrumadora sensación de lo imperecedero, como si la muerte hace mucho tiempo hubiese dejado de funcionar dentro de su pueblo. Ian estaba seguro de que cuando la bala por fin brotara del cañón y destrozara el cráneo de Caupolicán, saldrían lombrices, guijarros y tubérculos desde su cabeza, luego todo su cuerpo se convertiría en polvo, ahí frente a sus ojos, como el cadáver de las cuatro excursionistas, como los huesos blancos sobre la ceniza, como el comentario de Gabriel en su primera misión: “Sí, en Variloque todos juegan al cacho”. El polvo de los huesos volaría por los aires como la verdad que nunca debería saberse, pero que se estaba filtrando por alguna parte, un orificio pequeño que podía hacerse gigante si él no hacía algo, si no se movía rápido.

Estaba en estas cavilaciones, con la botella de cerveza en la mano, cuando el Bigote lo interrumpió y le preguntó si iba a apostar. Ian dijo que no. El Bigote ya tenía todas las apuestas anotadas en su cuaderno y los billetes en un bolsillo. Gabriel levantó la mano. Comenzaron a

contar de nuevo. Uno… Dos… Tres. Cien revoluciones por minuto. Sonaba como una ruleta. Los tendones se contrajeron. Clic. Todos vociferaron y rieron. El mapuche ya no estaba llorando. Tenía la cabeza inclinada hacia adelante.

El Bigote volvió a dar el paseo habitual de las apuestas. Algunos celebraban, pero otros se lamentaban. Mientras cobraba, Káiser tuvo una idea. Les propuso a todos poner otra bala en el tambor, así habría más posibilidades de que saliera de una vez por todas. Además, el porcentaje de ganancia por los espacios vacíos subiría. Todo sería igual, ya que más que el dinero, el vicio verdadero era la sangre y el morbo. Así, después de que todos hubieran aceptado la propuesta, Gabriel desencajó el tambor y agregó otra bala saltándose un espacio respecto a la otra. El orden del tambor era: bala, vacío, bala, vacío, vacío, vacío. Lo hizo por capricho. Nunca se imaginó que la siguiente vez (un, dos, tres, cien revoluciones por minuto, clic), el martillo caería justo en el espacio vacío entre las dos balas. Debajo de la mordaza, Caupolicán estaba evidentemente riéndose. Von Baer le dio una bofetada y Hasbún le puso un cuchillo en el cuello. Hasbún ya mostraba los evidentes símbolos de una sobredosis. Sus ojos no podían cerrarse. Gabriel lo tuvo que quitar, como lo había hecho antes Káiser. Entre todos lo frenaron y le dieron unos cuantos coscorrones. Emiliano Von Baer propuso acostar al mapuche en la cama eléctrica, para ver si aún funcionaba. La mayoría no lo tomó en serio, pero la incisiva seriedad de su rostro no delataba ninguna broma. Káiser lo propuso con más energía. Después el grupo completo dijo que sí, menos Mario e Ian, quienes ya definitivamente querían salir de ahí. Se lo propusieron a Augusto y a Jaime, pero ellos se opusieron enérgicamente. Querían quedarse a ver el espectáculo e instaban a sus compañeros a mirar también. Ellos se negaron, pero Augusto volvió a insistir. Quería que volvieran todos juntos en la camioneta de Gustavo, quién se había encargado de no beber mucho (o eso decía) para ir a dejarlos a sus casas. Mientras discutían, Gabriel y Káiser desamarraron al mapuche y entre varios lo llevaron a la cama de metal. El Bigote y Káiser conversaron sobre las antiguas técnicas de electrocución. El Bigote se acordaba como si lo hubiera hecho ayer mismo. Emiliano y Eriberto lo miraban como se mira a un gran artesano. Añoraban esos tiempos gloriosos en que los problemas se resolvían a punta de voltios, bencina, navajas, martillos, cigarros, patadas, encierro, insultos, bofetadas y amenazas. A Emiliano Von Baer le encantaría que volvieran las camas eléctricas, casi tanto como a Eriberto Hasbún. A Gabriel le era indiferente. Para él, la ignominia era un arte, no un medio. Él hubiera amarrado a cualquiera a esa cama. Le daba igual si era mapuche, general del ejército o su madre. Todos gritaban de la misma forma.

El Bigote conectó la pinza roja al pezón y puso la pinza negra sobre los testículos. Caupolicán mostró sus grandes y blancos dientes mientras se le tensaban todos los músculos del cuerpo. El Bigote no alcanzó a darse cuenta de que el estúpido de Hasbún estaba apoyado con las dos manos sobre la cama al momento de liberar la descarga. Un golpe eléctrico lo hizo gritar. Todos los miembros del Comando Hernán Trizano estallaron en risas. Algunos se revolcaron en el suelo mientras Hasbún todavía temblaba y el mapuche sudaba por todos los poros de su cuerpo, pero también se reía del incidente bajo la mordaza. Cuando el Bigote lo notó, volvió a soltar una descarga. Estuvieron así un par de minutos, hasta que Káiser insistió en que si seguían Caupolicán se desmayaba y se acababa la fiesta.

Una vez que volvieron a amarrar a Caupolicán en la silla, Mario les dijo a los demás camioneros que Ian y él se irían en taxi. Se despidió, pero Augusto no lo dejó ir y Jaime lo apoyaba. Recién en ese momento, Mario recordó que Augusto, Jaime y Gustavo tenían una pésima borrachera. Se volvían agresivos y violentos o, en el mejor de los casos, sentimentales. Gustavo comenzó a gritar que sus compañeros se querían ir sin ver morir al mapuche. Los miembros del Comando los abuchearon. Mario insistió en que era tarde y tenía que volver a su casa. Cuando se disponía a subir la escalera, entre las pifias, Káiser tomó del brazo a Ian y les dijo que no se podían ir hasta el final. Lo dijo con tanta violencia que el ambiente se densificó en un momento. Ian se zafó: “Suéltame, conchetumadre”. Káiser agregó que no fueran mal agradecidos, tenían que quedarse. Mientras tanto, Gabriel ponía todas las balas en el tambor del revólver, sin que nadie se diera cuenta. Ya estaba aburriéndose. El mapuche lo miraba con una mueca de desesperación. Trataba de hacer que los otros lo notaran, pero estaban todos concentrados en la discusión. Gabriel se puso un dedo sobre la boca y le hizo un gesto al mapuche para que guardara silencio. Lo hizo como si estuviera haciendo una travesura. Luego chifló sin poner sus dedos sobre la boca y gritó: —¡Ian, quédate, te presto la pistola para que juegues!

—No, gracias. Me tengo que ir.

—María Jesús, María Inés, María José y María Ignacia. Así se llamaban.

—¿Qué?

—Así se llamaban ¿O no, Bastián? Ven, siéntate.

Cayó un silencio sepulcral. Ian caminó lentamente hasta la silla donde estaba Gabriel. Él se paró y le ofreció el puesto con un gesto de extrema cortesía. Ian lo miró a los ojos intentando descubrir quién era. No lo pudo averiguar en ese momento. El corazón se le iba a salir por la garganta. Las manos le temblaban. Pensaba en golpearlo o en quitarle el revólver y dispararle. Pero ese lugar estaba lleno de

asesinos y Verónica se le aparecía como un flash. Una imagen proyectada al centro de su cuadro visual. Ella con dos serpientes en las manos, una de tierra y otra de agua. Se sentó en la silla. Gabriel lo abrazó por la espalda y le levantó los brazos.

—Así, firme, con una mano lo afirmas y con la otra lo giras.

—¿Quién mierda eres?

—Cuando vaya frenando el tambor, aprietas el gatillo…

Ian sostuvo su mirada lo más que pudo, luego apuntó a Caupolicán, quien ya no lo miraba. Sus ojos atravesaban el campo de lo real y se perdían en algún bello lugar de la infancia. El Bigote comenzó con la ronda de apuestas. Gabriel aprovechó para apostar quinientos mil pesos a que salía la bala. Ian levantó la mano. Comenzaron a contar.

Uno… Quizá era uno de los de la secta, no recordaba el rostro de ninguno, por qué cresta no estaba preso, cómo salió, cómo lo encontró, por qué estaba obsesionado con él, por qué no lo entregaba a los pacos, por qué no lo mataba, por qué no lo torturaba…

Dos… Es del sur, es de Santiago, es del Comando, es un psicópata, conocerá a la Verónica, sabrá sobre la Verónica, que estaba embarazada, que él daba la vida por ella, que sin ella no era nada, le daría lo que sea a Gabriel para que no dijera nada, para que lo dejara hacer su vida, le pasaría toda la plata…

Tres… Quizá era paco, quizá era pariente de una de las excursionistas, quizá conoció a la Amanda, quizá lo seguiría por toda la vida, quizá tenía que matarlo… Se tenía que ir de allí.

Ian bajó la mano y golpeó el tambor. Cien revoluciones por minuto. Mario cerró los ojos. Gabriel sonrió con las dos manos sobre los hombros de Ian. Caupolicán gritó algo, quizá el nombre de su madre, de su padre, de sus ancestros, o quizá gritó marrichiweu tan fuerte que despertó a la trempulcahue que lo llevaría montado en su lomo a los frescos cielos de la Isla Mocha.

El tambor siguió girando, un semicírculo de hombres lo escuchó hipnotizados. El tambor aminoró la velocidad cada vez más. Los tendones de Ian se contrajeron, sus párpados se juntaron. El martillo se activó y chocó con una bala. La pólvora explotó, la bala cruzó el aire, rompió la piel, rompió el cráneo, atravesó el cerebro y empujó toda la sangre hacia el fondo. La cabeza del mapuche estalló y manchó casi todo el blanco de la bandera chilena que estaba colgada atrás. El olor metálico de la sangre llegó como un manotazo a su nariz. Cuando logró salir de su estupor, entregó el revólver a Gabriel.

Mientras celebraban, Gabriel le susurró al oído:

—Todo se devuelve en esta vida, amigo.

Ian y Mario pidieron al Bigote que les abriera la cortina de metal

mientras todos celebraban eufóricos la muerte de Caupolicán y jugaban con su cadáver. Cuando Augusto notó que sus colegas se querían ir, comenzó a gritar insultos a Mario. Él no lo tomó en cuenta, hasta que una botella explotó al lado de su cabeza mientras subía la escalera. Gustavo empujó a Augusto, Ian sostuvo a Mario, Augusto golpeó a Jaime, Jaime golpeó a Ian, Ian golpeó a Augusto y Mario golpeó a Augusto. César se reía de todos. Los miembros del Comando se apretujaron y trataron de separar la trifulca. La sangre que salía de la cabeza del cadáver inundó la sala y pronto estuvo en los zapatos y las botas de todos, creando una densa lámina de color café rojizo en el suelo. El olor del cuerpo abierto se mezcló con el del sudor, la pólvora, la orina y el cigarro.

En medio de todo el desorden, Káiser se subió al catre y lanzó un chiflido. Todos se detuvieron. Comenzó a hablar. Al principio expuso tranquilamente su felicidad de haber vuelto a los años mozos del bar La Ruleta, explicó que no había necesidad de pelear, ahí eran todos hermanos unidos para luchar contra el terrorismo indígena (apuntó al cadáver). Luego de que los ánimos estuvieron caldeados, aprovechó la oportunidad de preparar una segunda reunión para comenzar a trabajar ya con acciones militares. Vaticinó un gran golpe, algo que por fin encendiera al máximo las alarmas sobre el peligro que corría el país si seguían existiendo indígenas en él.

—No puedo explicar ahora lo que tenemos planeado con los miembros más antiguos del Comando Hernán Trizano, pero les aseguro que después del gran golpe a la ciudad de Santiago, la gente no querrá ver más a estos hijos de perra.

Bajó del catre y dijo esto último pateando la cabeza del recién difunto Caupolicán, que ya estaba siendo cubierto con nylon y llevado a una habitación especial por Eriberto y Emiliano. Todos aplaudieron y silbaron. Luego Káiser volvió a hablar.

—No creo que sea necesario decirles que corre la ley del plomo para cualquiera que hable de lo que hacemos aquí. ¿Ya les he contado sobre el hueón que escribió un libro y puso el nombre del bar? Lo mandamos a matar a la misma Suecia, señores. Cuidadito.

Luego se bajó del mueble al que se había encaramado. Augusto se disculpó llorando con Mario por su actitud. Lo abrazó y le dijo que era su hermano. Mario aceptó sus disculpas y todos quedaron tan amigos como antes.

Ya estaban listos para irse, cuando el Bigote bajó por la escalera con una verdadera procesión de prostitutas. El brillo de sus vestidos y el olor de sus perfumes baratos inundaron el bunker con una efusión de testosterona explosiva. El Bigote gritó:

—¡Cortesía de los jefes!

Todos se abalanzaron sobre las invitadas. Había algunas con

grandes y sospechosas espaldas, pero a esa hora y en ese lugar, no importaba nada. Hasbún enchufó una radio y puso a sonar unas cumbias. Ya había aparecido una alfombra sobre la sangre y no quedaba ningún vestigio del asesinato. Eran cinco hombres por cada prostituta, lo que se presentaba como una proporción bastante generosa. La mayoría tenía grandes pechos y faldas que exhibían los rincones carnosos de un trasero perfumado y lacónico. El maquillaje pegajoso se quedaba en las caras de los miembros del Comando y la cuadrilla, quienes ya no se preocupaban ni de Mario ni de Ian ni de nadie. Cuando alguien apagó la luz, lo único que se escuchaba era el violento choque de las piernas y los culos, el refriego acuoso de los sexos, los gemidos agotados, los resoplidos de nariz y de boca, algunas palabras de amor, risillas, susurros, indicaciones, ponte ahí, ponte acá, agáchate, eso, así.

Mario e Ian se fueron apenas llegaron las prostitutas. El Bigote los despidió en la puerta y les deseó buen viaje. Afuera los recibió la violenta luz del día. No sabían qué hora era. Conversaron sobre su inminente salida del Comando y sobre el asesinato de Caupolicán. Ian no había pedido consuelo, pero Mario se lo daba.

—Estas cosas pasan, hijo. Usté tranquilo.

En el fondo ambos sabían que esas cosas no pasaban. Todo lo que habían vivido esa noche no debió haber pasado nunca. Antes de entrar a la casa, se deshicieron de los zapatos manchados con sangre. Sus mujeres dormían.

Unas horas más tarde estuvieron los cuatro paseando en la feria. Mientras caminaban, dos frases todavía repicaban en la cabeza de Ian: “Un gran golpe a la ciudad de Santiago” y “Todo se devuelve en esta vida”.

—Como en las ruletas —se dijo en voz baja mientras elegía tomates.

IV

La lluvia había cesado hace unos instantes, pero por la forma en que se movían las hojas del arrayán, Ian intuía que seguiría cayendo. En ese momento la gata saltaba la pandereta y volvía desde su escondite. Rasgaba la puerta y maullaba pidiendo entrar. Cuando Ian le abrió y la tomó en sus brazos, sintió el aire cálido escandalizar su bata de dormir e introducirse por todos los rincones que dejaba la tela. Carlota estaba mojada, Ian la llevó a su habitación y la secó con un secador de pelo mientras la reprendía. A ella le gustaba. Se revolcaba sobre el cubrecama y dejaba que el viento secara las gotas de agua sobre su pelaje. Estiraba las patas y ronroneaba.

Verónica había acompañado a su madre al médico. Esa mañana tenía control. Ian pensaba que ya no le quedaba mucho de vida. Secretamente estaba organizando el entierro. Ya se había contactado con varias funerarias de Valdivia. Todas ofrecían más o menos las mismas tarifas y promociones. Rosario pidió expresamente que se la enterrara a la sombra de un sauce, para que así nadie tuviera excusas de no ir a verla cuando hubiera mucho sol. Siempre insistía con esto a modo de broma, pero luego hablaba más despacio y con más tristeza, para decir que tenía que estar enterrada al lado de su negrito. Ian ya había considerado esa opción, pero en ese caso el funeral tendría que ser en Santiago. Él nunca supo de un muerto que lo enterraran muy lejos de donde murió.

El agua hirvió. Ian buscó su taza que tenía la frase “Te queremos mucho papito” y una foto de Verónica abrazada con sus hijos, Fernando y Matías. Las bolsas de té estaban dentro de un pequeño cisne de madera que les había regalado Mario. Era una de las pocas cosas que sobrevivió a la infancia de los gemelos. Al sacar una bolsita, Ian se detuvo un instante en el cisne. Recordó cómo la Rosario se ponía cada vez más débil y él pensaba que Mario la estaba llamando. Se preparó para todo lo que iban a sufrir Verónica y sus hijos. Él también, pero estaba más acostumbrado a la muerte, como casi todos los chilenos después del 21-J.

Ian esperaba sentado al lado de la ventana con la gata sobre sus piernas. Verónica llegaría dentro de poco. Pensaba en muchas otras

cosas que podría hacer en vez de estar mirando la lluvia, pero hasta que llegara Verónica y encendiera la casa con su algarabía innata, él no quería nada más que esperarla en silencio. Un sueño que tuvo durante la noche lo perturbaba. Entre las muchas imágenes difusas, aparecía Fernando, su hijo, montando a pelo un caballo negro. Fernando le estiraba la mano y lo invitaba a subir, pero él no quería. Decía que no fuera, que más allá lanzaban piedras, que le podían disparar. Fernando insistía, pero él le mostraba su mano llena de sangre y decía: “Mira, así me la dejaron”. Luego de eso, la imagen de Fernando desaparecía y aparecía Matías escondido detrás de un árbol. Estaba vestido de militar, como la última vez que lo había visto en una de las fotos que le envió desde el campamento. Matías le hacía el signo del silencio con un dedo sobre los labios y le apuntaba a la corona del árbol, donde estaba Mario sentado sobre una rama. Mario se veía joven, como cuando él lo había conocido: con su camisa de franela a cuadros arremangada. Ian le dijo que se bajara de ahí, pero Mario no lo escuchó, entonces él desenfundó un Smith & Wesson, se paró como boxeador y apuntó a la base de la rama. Tenía otra vez quince años. Mientras apuntaba, escuchó una voz que le dijo: “Así, firme, con una mano lo afirmas y con la otra lo giras”. Ian levantó la mano, giró el tambor y disparó. La bala dio en la base de la rama donde estaba Mario y la quebró. Cuando Mario levantó los brazos por la caída, Ian despertó. Verónica todavía dormía. No quiso contarle que había soñado con su padre.

Mirando por la ventana, logró contar casi veinte caracoles en el jardín. Estaban boca arriba echando espuma. Los observó durante mucho tiempo. Quería desviar sus pensamientos. La explosión del 21-J sonaba en su cabeza una y otra vez. Volvían a reproducirse en su mente los innumerables vídeos que mostraban en televisión y en internet sobre lo ocurrido. Veía el tren echado hacia un costado y a la gente aplastándose a la salida de la estación. Imaginaba el lugar en el que había podido ir su suegro: le gustaba sentarse a la ventana para no tener que dar el asiento pero, ante todo, le gustaba no andar en metro. Esa vez fue al centro por un trámite simple. El auto estaba en el mecánico.

Un zorzal bajó del naranjo y agarró un caracol con el pico, luego volvió. La distracción hizo a Ian olvidar sus preocupaciones por un momento, pero en seguida volvieron con más fuerza. Ya no era el recuerdo de Mario que lo perturbaba, era la preocupación por Fernando, su hijo menor. Sus dos hijos nacieron con una diferencia de minutos, pero Fernando llegó después, por lo tanto, siempre se refirieron a él como el menor. Sin quererlo, esto generó en toda la familia la percepción de que Matías era el mayor, por lo tanto el responsable y el que debía estar a cargo cuando los padres no

estuvieran. Ian pensaba que quizá por eso Matías había crecido varios centímetros más que Fernando, pura sugestión. “Quizá por eso también se hizo milico”, pensó. Después concluyó que fue por meterlo a los Boy Scout. Por otro lado, Fernando era más tímido, más callado y más inteligente que su hermano. También era el regalón de la Vero, aunque ella dijera que los quería a los dos por igual. Cuando entró a la universidad cambió instantáneamente. Se dejó crecer el pelo, comenzó a discutir y a ver las noticias todos los días. Hablaba de política y de religión. Tenía ideas conspirativas de las que Matías se burlaba y por las que ambos terminaban peleando y enojándose. Eso fue en primer año de antropología. Ahora estaba en tercero y ya era más calmado. Su timidez se convirtió en elocuencia y buenos modales, y su pasividad derivó en una violencia irónica pero locuaz. No era un pelmazo universitario, sino alguien culto, inteligente, muy crítico y responsable. Eso precisamente hacía a Ian estar tan preocupado por su repentina desaparición, que se intensificaba con cada minuto que pasaba.

Ian volvió a marcar el número de Fernando. Seguía sonando apagado. El zorzal bajó por otro caracol. Las piernas le dolían con el frío. Decidió tomar una ducha caliente y luego ir a la comisaría para saber si los carabineros podían ayudar. Toda su vida eludió a los policías. Mientras se desvestía, murmuró “Pa que trabajen los huevones”, luego tosió, se quitó las gafas y entró a la ducha. El agua caía muy caliente por su espalda y sus piernas. Le gustaba así desde niño. El agua caliente, casi quemándolo. Con Verónica solían bañarse juntos de vez en cuando, o él se metía a la ducha para hacer el amor ahí, de pie, contra la pared o tomándola en brazos. De cualquier forma, se entumía de frío, ya que Verónica prefería el agua casi helada. Desde otros tiempos que no se bañaban juntos. Cuando Chile había ganado la Copa América y los conflictos en la Araucanía todavía no salían de la Araucanía. Pensaba en esa época, entre el terremoto del 2010 y el atentado del 2020, cuando recién se mudaron al sur por insistencia de la Vero, cuando los niños estaban guagüitas. Todo era más tranquilo, pensó mientras esparcía el champú por su cabello cada vez más claro. Después del atentado, el miedo de la gente se multiplicó. Volvieron a su cabeza los vídeos de las personas asfixiándose dentro de la estación de metro. Recreó todo ese día desde que se había levantado. Fue un día más o menos normal. La Vero hacía clases, los niños estaban en el colegio y él en la planta de celulosa. Ya preparaban las cosas para irse, cuando todos vieron la noticia en sus celulares y después prendieron la tele. Era veintiuno de junio. En televisión dirían muchas veces que los terroristas habían elegido ese día por el We Tripantu. Lo primero que hizo Ian fue llamar a Verónica, le dijo que contactara a sus papás, por si acaso. La señora

Rosario estaba histérica: Mario no contestaba el celular. Faltaba media hora para que fueran las siete. “El papá dijo que iba a llegar a las siete, hija”. Su madre lloraba por el teléfono. “Espere hasta las siete, mamá, tranquila, ¿ya?”. Ese mismo día a las ocho viajaron todos a Santiago. Llegaron a la mañana siguiente. La señora Rosario había llorado toda la noche, pero aún le quedaban lágrimas para compartir con el resto de la familia. Los gemelos no querían llorar, pero Matías lo hizo cuando vio llorar a la abuela y Fernando lloró cuando vio llorar a Matías. Ian fumaba mientras escuchaba la tele desde el jardín. Verónica intentaba ser fuerte para contener a Rosario, pero le era casi imposible reprimir su propia angustia. Su luto fue el más largo de todos, porque duró toda la vida. Desde ese día, algo murió dentro de ella. Se decretó luto nacional por varios días. La ciudad se llenó de funerales. Los medios aullaban culpabilidad, testigos, llamadas anónimas, panfletos en el lugar, mensajes de WhatsApp, palabras y nombres en mapudungún, enlaces con la guerrilla centroamericana, nombres y apellidos guatemaltecos, colombianos, peruanos y bolivianos, redes de cooperación, segundos, terceros ataques. Un avión se estrelló en Medellín, cayeron torres de alta tensión en Arequipa, se incendiaron bosques en Temuco e innumerables camiones salieron de la ruta. Se autorizaron operaciones militares. Hubo manifestaciones violentamente reprimidas. La selva amazónica se volvió nuevamente una zona de guerra. Se escuchaba el sonido del río, los gritos del tucán, las balas silbando, las botas sobre el cemento y gritos de auxilio en varios idiomas ancestrales.

El agua dejó de caer, Ian tomó su toalla y se secó la cara.

Recordó a su amigo, Florencio Chuquehuala, quien tiempo después se llamaría Florencio Gómez Gómez. Era miedo, estaban siendo perseguidos. Se desenfundaron las camas eléctricas y los bisturíes saborearon la sangre de pequeñas cortaduras por todo el cuerpo. Se volvieron a quemar los cigarrillos en el pecho.

Ian salió de la ducha y limpió el agua condensada en el espejo. Se afeitó.

Imaginó a sus antiguos compañeros de armas en los movimientos paramilitares, al Hernán Trizano, los latifundistas armados. Recordó lo que había dicho una vez el viejo Káiser, que algún día darían un golpe grande, con la dinamita que él guardaba con detonadores del número ocho y mecha larga para alcanzar a ver el reflejo de la chispa en los ojos de esos indios culiaos.

Siempre se cortaba en el mismo lugar de la cara al afeitarse.

Le dijeron que no podía pensar en todo lo que hicieron. Le dieron un incentivo. Le dieron mucha plata, más que toda la que había ganado. Lo amenazaron de muerte. Un sicario le dio un beso en la mejilla. ¿Javier, Miguel, Gabriel? Era nombre de ángel. No podía

pensar en nada de lo que hizo antes del 21-J, los camiones quemados, las entrevistas arregladas, el mapuche asesinado, los movimientos paramilitares, las putas, la coca, las cervezas, el dedo quebrado, el caballo negro, los disparos a la oscuridad. En nada. “O si no…”, le mostraron tres imágenes, una de cada gemelo y una de la Vero.

Se secó los genitales, se puso las chancletas, salió rápidamente y se metió en la habitación. Se vistió. Algunas gotas de agua quedaron debajo de la camisa. Se secó el pelo con el mismo secador con el que secó a la Carlota. Ella llegó a maullar afuera porque había escuchado el sonido del aparato.

Ian renunció a la cuadrilla de camioneros mucho antes del atentado, cuando se fue a vivir a Valdivia en el 2010. Por eso se sorprendió cuando lo contactaron. Lo estaban esperando afuera de la planta de celulosa. Aún pasados casi diez u once años de no saber nada de sus anteriores compañeros de la cuadrilla de camioneros, excepto por lo que le contaba Mario, quien aún mantenía contacto a pesar de haberse retirado el 2015, después de una caravana de protesta hacia los mapuches desde Temuco hasta Santiago; aún después de tanto tiempo de no saber nada de los camioneros, ellos lograron encontrarlo, amenazarlo y comprar su silencio con varios millones. Eso todavía le hacía sentir miedo.

Mientras abrochaba sus zapatos, pensó que si Mario hubiese vivido, los habría acusado, habría abierto el tarro, porque él era así, orgulloso. Quizá por eso lo mandaron a hacer ese trámite al centro, ese día y a esa hora, un trámite que le pidieron como amigos, un trámite que podrían haber hecho ellos. Estaba seguro de que a él lo habían mandado con una de las bombas, pero eso era solo un presentimiento.

El portón se abrió. Verónica volvió del médico con su mamá. Ian les ayudo a bajar las compras que aprovecharon de hacer en el centro. Venían hablando del Fernando. Él dijo que iría a la comisaría a poner la denuncia. Verónica se puso a llorar, él la abrazó, le dijo que los pacos sabrían qué hacer, que estuviese tranquila. Llamaron a Matías, le contaron de su decisión, él les dijo que estaba bien, que lo hicieran.

Pronto se cumplirían diez años del atentado del 21 de junio del 2020. Todas las fuerzas militares estaban preparadas para algún ataque conmemorativo. Ian presentía lo peor. Las gotas de lluvia chocaban contra el parabrisas. Mientras manejaba, escuchaba en su cabeza lo que alguien con nombre de ángel le dijo alguna vez al oído: “Todo se devuelve en esta vida, amigo”, una y otra vez. Prendió la radio. El ruido de la música no pudo evitar lo inevitable. Después de haberlo evadido durante muchos años, por fin sucedió: recordó a las cuatro excursionistas asesinadas. El cadáver de Bastián volvió en forma de fantasma y se incorporó en el asiento del copiloto. Era un

niño de quince años muy triste. Ian tuvo que detener el auto a un costado de la carretera. El niño tenía parte de las facciones de Fernando. Cuando Ian sacó las manos de su cara empapadas con lágrimas, todavía sintió la presencia del espectro en el asiento del copiloto.

—¡Ándate!, ¡ándate!, ¡ándate! —gritó desesperado, pero el niño no desapareció.

Tocó la bocina muchas veces para meter algo de ruido, a ver si se asustaba, pero nada. La presencia se hizo más grande, inundó el auto por completo. Ian tuvo que abrir la puerta y salir. Llovía terriblemente. Se sentó afuera del auto y lloró como nunca antes. El ruido de su largo y potente gemido apenas se escuchaba entre el sonido del agua y los truenos, que eran como el del mar embravecido. Ian sujetaba sus rodillas con los brazos y se ahogaba con sus sollozos. Entre pucheros susurró la palabra perdón, luego volvió a llorar como al principio, con gritos que no lo dejaban respirar. El fantasma de Bastián caminó lentamente y se detuvo frente a él. Ian levantó la cabeza de a poco. Primero vio sus pies, luego sus piernas, y cuando fue subiendo la mirada para contemplar su rostro el espectro se hincó mirándolo a los ojos. Ian lo evitó como si lo estuviera quemando. Volteó hacia los lados, al cielo y al espacio entre sus rodillas.

—Ándate… por favor ándate —repitió, pero el fantasma no hizo caso.

Finalmente Ian encontró el valor necesario para encararlo durante varios segundos. Se hundió hasta el fondo de su iris oscuro esperando encontrar algo. Pudo notar que en ese rostro azul estaban todos los rostros que alguna vez quiso olvidar: el de su padre, el de su madre, el de su hermano pequeño y el de Amanda. Pidió perdón sinceramente, con una voz libre de estertores. El espectro no mudó su expresión, pero se acercó lentamente, llenándolo de una candidez que nunca había experimentado. De pronto los labios sepulcrales se estrellaron suavemente contra los suyos. Tenía sabor a tierra e inciensos. Una mano esquelética estrujó los pocos cabellos que le quedaban en la nuca y lo empujó con una leve fuerza hasta su boca. Después de algunos instantes, la frente y la nariz de Bastián tocaron la de Ian y mientras estaban así, como dos amantes que se encuentran después de décadas en el olvido, el fantasma dijo una sola palabra que Ian escuchó con el mismo volumen que se escuchan los pensamientos, para luego desaparecer: —Resiste.

V

—Giovanni y Cecilia, los antropólogos, murieron. Eran famosos, tenían varias publicaciones en Europa y acá.

—Creo que leímos un texto de ellos en la U.

—Con el profe Lucho…

—Sí. ¿Buscaste a los demás?

—No, solo a los antropólogos. Pero no importa, Fernando. Los otros están presos o perdidos o muertos, no importa.

—No tiene gracia el escenario sin los actores.

—No estamos aquí para una obra, precisamente.

Fernando, Camilo y Bruno habían llegado recién a la mítica casona abandonada de los hijos de Xalpén. Desde el asesinato de las cuatro excursionistas y de uno los miembros de la secta, ese lugar se volvió un destino de peregrinación para todos los estudiantes de antropología. Decían que el líder del grupo había sido el último selknam y que junto a otros ocho, mantuvieron vivo el ritual del Hain por muchos años. Decían también que eran mestizos que querían volverse indígenas. “Fanáticos de Rousseau”, dijo un profesor que realizó una investigación respecto a ellos. A pesar de los innumerables intentos de documentalistas e investigadores, nadie pudo llevar a cabo ningún trabajo serio e influyente respecto a la secta. Se hacía casi imposible conseguir fondos. Parecía que todos querían invisibilizarlos. Era como si los selknam y sus reivindicadores estuvieran destinados irrevocablemente al olvido.

Decían que el verdadero líder era la mujer, Sofía, quien había vivido en Tierra del Fuego toda su infancia. Cuando entrevistaron a sus padres, contaron la historia de cómo el Hermano Mayor la raptó. Decían que tenía un poder de persuasión increíble, que con sus grandes ojos amarillos y el poder de la diosa Xalpén persuadía a las personas para que hicieran lo que él quisiera. Decían, incluso, que él había dicho a las cuatro excursionistas que se suicidaran en nombre de la diosa y ellas así lo habían hecho.

La resistencia escogió ese lugar porque estaba fuera de los mapas y de las rutas, y porque estaba fuera de la zona de conflicto. Además, ese lugar no tenía nada que ver con los mapuches, sino con los

selknam. De hecho, no tenía nada que ver con las comunidades indígenas, sino con quienes buscaban reivindicarlas. Era una especie de coartada ingenua, pensaba Bruno, ya que para los milicos no hay comunidades, solo indios.

Los tres amigos llegaron de los primeros a la reunión. Pensaron que alguien los estaría esperando, pero no fue así. La casa estaba sola y escondida bajo una densa capa de niebla que parecía haber estado allí desde siempre. La madera crujía como si fuera a ceder en cualquier momento o como si se estuviera comunicando en un extraño lenguaje. Bruno no dejaba de fumar. Camilo intentaba tranquilizarlo.

—No sé si vamos a poder hacer esto, hueón.

—No es tan difícil si seguimos al pie de la letra las instrucciones, todo va a salir bien.

—Esta casa está en los registros, hueón, aquí murió gente, nos van a encontrar…

—Tení miedo de que nos penen, maricón.

—Vo no cachai na parece.

—Mira, todavía es tiempo si te querí ir —Fernando guardó silencio, pero su amigo insistió—. Ya po, decide.

—Me quedo. Ya estamos aquí… Me quedo.

—Si cae uno, caemos todos, hermano.

Mientras Camilo y Bruno conversaban, Fernando recorrió la casa por dentro. Apestaba a humedad. Había gusanos asomándose por los agujeros de la madera, también varias frazadas y colchones en el suelo desintegrándose. Los vidrios estaban en su mayoría rotos. Intentaba encontrar algo, una pista, un vestigio de lo que fue esa casa hace más de treinta y cinco años, pero nada: seguro ya habían sacado todo lo interesante. Tenía que guardar en su memoria cada rincón, espacio y aroma. Todas las sensaciones vividas ahí le servirían como guía para escribir un ensayo basado en los tenebrosos hechos que habían ocurrido en ese lugar hace más de tres décadas. Ya tenía mucha información recolectada en casa. Apenas terminara todo lo que tuviera que hacer con la resistencia, retomaría su proyecto, junto con todo lo que había dejado pendiente.

Fernando tomó el teléfono de su bolsillo con intención de llamar a sus padres, pero recordó que no tenía señal. Los días anteriores tuvo problemas con la batería. Llevaba mucho tiempo sin comunicarse. Quería hablar con ellos por lo menos esa noche, por si acaso algo resultaba mal con la misión o por si resultaba bien, porque en cualquier caso no los vería en mucho tiempo. Quería mantenerlos tranquilos con una buena mentira que durara hasta que los viera o se comunicara con ellos otra vez.

Pasaron varias horas antes de que comenzaran a llegar los demás

miembros de la resistencia. La primera fue Violeta, quien ya conocía al resto del grupo. Su nombre real no era ese, pero así se reconocían para mantener el anonimato y evitar las delaciones. Ella estuvo saliendo un tiempo con Bruno, luego con Fernando, y finalmente con Camilo, a quién había dejado de ver hace un par de semanas. Él todavía insistía, aunque sus demás compañeros le dijeran que ella no era antropóloga, sino antropófaga.

—Que no te engañe su metro sesenta y su sonrisita de ardilla, ella podría sacarle el cromo a un tubo de escape.

—O culiarse a toda la selección.

—Hasta al Cáceres

—O al Muñoz.

—O al hijo del Muñoz con el Cáceres.

—Hueones picaos —respondió Camilo y volvió donde Violeta.

Los demás miembros llegaron de a poco durante las siguientes horas. Eran dieciocho personas en total. La mayoría de ellos ya se conocía. Se encontraban en las mismas juntas clandestinas. A veces se daban la mano, compartían cigarros y secretos. Hablaban en código. La mayoría se expresaba en mapudungún, que en esos días era un lenguaje prohibido. El santo y seña para saber si estaban dentro de la resistencia era: “Kai Kai”. Se lo decían al oído después de haber compartido varias miradas cómplices y preguntas secretas. El estandarte de este segmento de la resistencia era Kai Kai Vilú, la serpiente de agua. Ella era la encargada de hundir la tierra, de hacer correr al winka hasta las montañas más altas, de ahogar al chileno traidor, de exhumar el cuerpo de los caídos, de levantar las olas hasta la ciudad y de envolver en tormentas al poderoso.

El último en llegar fue el líder del grupo. Se llamaba Ankafilo Curimán. Era muy moreno, alto y hermoso. Tenía una cicatriz en la cara que iba desde la parte exterior de su párpado hasta la comisura de su labio derecho. Algunos decían que los del Hernán Trizano le cortaron la cara, otros que él mismo se lo hizo cuando estaba en la cárcel, para que así lo llevaran al hospital y desde ahí pudiera fugarse. En cualquier caso, nadie tuvo el valor para preguntarle por la marca. Él asistía a todas las reuniones de la resistencia. Era uno de los últimos mapuches vivos; una estatua de carne.

Cuando estuvieron todos reunidos dentro de la casa, Ankafilo instó a que salieran y que armaran una fogata para inaugurar la operación con los favores de Kai Kai, de Pillán, Wangulén y los espíritus guerreros. Estaba de muy buen humor. Inspiraba confianza en lo que pronto iban a hacer. Bruno parecía más tranquilo. Fernando y Camilo estaban ansiosos. Una tibia brisa movía las hojas de los árboles que habían crecido atrás. Cuatro grandes canelos bailaban al compás de un

ritmo etéreo. Nadie sabía quién los había plantado o cómo habían crecido de manera tan uniforme sobre la casa. Sin embargo, casi todos tenían un leve presentimiento sobre su origen.

Ya era de noche. Un montón de madera reunida a un costado de la casa iba a ser la primera fogata del grupo. Ankafilo la encendió con un poco de yesca y un fósforo. Alguien había llevado un par de paquetes de longaniza. Las ofreció, pero nadie tenía hambre en ese momento. Querían escuchar lo que diría su líder, quien se había alejado después de encender la fogata. Estaba conversando por celular con expresión seria. Tardó unos minutos. Fernando hablaba con Bruno y Camilo con Violeta. Un sonido de murmullos ansiosos y pasos de tigre enjaulado hacían vibrar al aire. El humo de la madera, el tabaco y la marihuana subían al cielo y se mezclaban con el agua de la neblina. Ankafilo dejó de hablar por su teléfono y volvió al grupo. Dijo que aún estaba coordinando las cosas para el viaje, pero que hasta el momento todo estaba saliendo según lo planeado. Guardó su celular en el bolsillo y comenzó a hablar frente al grupo con una poderosa voz. Fernando se preguntó por qué cresta él sí tenía señal. Todos guardaron silencio mientras él habló. Primero se refirió al momento histórico que estaban viviendo. Describió las organizaciones guerrilleras internacionales a las que debían adherirse. Dijo que Chile era el único país que aún no formaba su célula guerrillera, que el Frente Kai Kai sería el primer intento de una agrupación chilena indigenista revolucionaria, y que los demás países del cono sur y de Centroamérica estaban trabajando en unir fuerzas con el ejército chino, quien buscaba hacer alianzas con la guerrilla sudamericana y con los movimientos de medio oriente, para así hostigar a las fuerzas norteamericanas y de la Unión Europea por lo sucedido durante la APEC de Beijing 2027.

Ankafilo hizo un recorrido por la situación política mundial, para luego justificar el Frente Kai Kai. Dijo que ya no se peleaba contra los ganaderos y latifundistas; ellos ganaron para siempre con el autoatentado del 21-J. Guardó largos silencios y bajó la voz en ocasiones para dotar a su discurso de una oscura emotividad. Recorrió pasajes de su infancia y su adolescencia. Parecía como si esas dos primeras partes de su vida hubieran condensado todo el sufrimiento del pueblo mapuche durante las últimas décadas. La mayoría de los estudiantes contuvo la pena.

—Recuerdo una vela pálida, chiquitita ya, la única que teníamos y que alumbraba las caras de mi familia en Contulmo mientras las balas pasaban por los techos y la madera de las puertas crujía, así como si gritara, y escuchábamos cómo se llevaban al tío Aucán que estaba en la otra pieza y a la abuela Millaray entre cuatro, un paco sujetando cada bracito y piernita de nuestra machi. No la dejaron ni ponerse vestido, la sacaron con la ropa que usaba pa dormir. Yo la vi a ella

que iba llorando con más pena que rabia. Nosotros les gritábamos que habíamos visto desde la reserva cómo los del Hernán Trizano asaltaron un camión con miguelitos. Esa vez, varias veces, nunca fuimos nosotros. Eran los winkas que se trataban de vestir como nosotros. Tenían puesto el makuñ y el tlarilonko. Después de parar el camión, asustaban al camionero gritando como hueones. Esa vez, me acuerdo, no salimos. Mi tío Aucán dijo que si no salíamos, no podían hacernos nada, no podían ser tan care raja, pero igual llegaron y entraron echando los portones abajo. Yo era chico, debí haber tenido quince años esa vez. Pero me llevaron, porque yo defendí a mi tío Aucán. Ahí me hicieron el tajo, porque le escupí en la cara a un paco que le pegó un palo a mi tío. A mí me dijeron que me tenía que ir calmaito pa la comi, pero yo era choro y no entendía que era puro teatro, que ellos siempre tenían que ganar. A mi abuela y a mí nos soltaron, pero a mi tío no lo vi más. Lo tenían pedido los del Hernán Trizano, los mismos del 21-J. Si po el famoso veintiuno jota… Los hijos de perra… A su propia gente… Ese año nosotros íbamos a celebrar como nunca. Habíamos llegado a la ONU con harta bulla. Ustedes estaban chicos, ni se deben acordar. Nos apoyaban ONGs de varios países. Al principio no pude creerla. Estuve casi un año afuera. Me hubiera quedado de no haber sido por mis cauros chicos. Ahora ni me buscan los hueones. Quedamos pocos. Contados con una mano…

Luego de decir esto, Ankafilo abrió la palma de su mano y la miró por varios segundos. Después cambió de tono, como si hubiera salido de un largo trance y volvió a hablarles a los estudiantes.

—Bueno, pero ahora nuestra misión es entrar a la Confederación de Guerrilla Latinoamericana y ser apoyados y escuchados por los gobiernos orientales. Si ustedes llegaron hasta acá, es porque no hay vuelta atrás, compañeros. Ni siquiera voy a dar la oportunidad de retirarse ahora. Quien está acá, está dentro del Frente Kai Kai, así que ¡Marrichiweu mierda!

—¡Marrichiweu! —respondieron todos como un gran coro, luego aullaron como habían visto en los documentales.

Ankafilo guardó silencio. Le causaba ternura y vergüenza ajena su alegre rebeldía. Los estudiantes sentían el calor de la revolución y el peligro quemándoles la garganta como un gran trago de aguardiente. Los ideales hervían en su cabeza y el vapor salía por sus orejas fundiéndose con la neblina. Ankafilo observaba desde una distancia infinita, como si estuviera a miles de años luz, desde las estrellas. Los jóvenes seguían el pregón con sus propias ideas, un millón de veces más obscenas, rojas, negras y ardientes. Aullaban consignas en mapudungun. Deglutían y vomitaban conspiraciones. Por sus ojos caían lágrimas estériles, que eran lágrimas de ellos mismos, pero de cientos otros. Ankafilo aprovechó la oportunidad para hacer saber al

Frente sobre la primera orden que dieron los guerrilleros colombianos. Habían comandado el anonimato. La autodesaparición, el autoexilio. Instó a que todos hicieran desaparecer las ataduras invisibles y poderosas del imperialismo.

—Rompan sus celulares, destrocen las tarjetas de crédito, quemen los billetes, las monedas y las credenciales de identidad. Que su nombre winka desaparezca para siempre.

La expresión en los rostros denotaba cierta inseguridad; pequeñas muecas de desconfianza que Ankafilo alcanzó a percibir. Dijo que sabía que era difícil, pero era por una cuestión más táctica que espiritual. Los celulares y las tarjetas podían ser rastreados en cualquier parte del mundo. Afortunadamente, nadie de los que estaba allí tenía instalado el Dispositivo Social Dérmico. De hecho, la mayoría de los estudiantes estaba en contra de los que usaban la pantalla bajo la piel, ya que lo consideraban el comienzo de una era biotecnológica. Siempre rechazaron los dispositivos sociales. Por eso, cuando Ankafilo tiró su teléfono a la hoguera, los demás no demoraron mucho en imitarlo. También arrojaron sus cédulas de identidad y sus tarjetas de crédito. Ankafilo lo agradeció mucho. Les dijo que desde ese momento, él sabía que se encontraba con revolucionarios de tomo y lomo, que serían grandes guerreros como él.

A modo de festejo por la quema de identidades, las botellas de licor comenzaron a correr. Algunos creyeron que no era correcto, pero Ankafilo los dejó celebrar por esa noche y por todas las noches que durara la espera de los guerrilleros venezolanos que vendrían a apoyarlos.

—¿No eran colombianos, maestro?

—Venezolanos y colombianos, hijo. Somos todos latinoamericanos. Ahora beban y rían mientras puedan, que en la guerra se acabó la diversión y el carrete.

Los estudiantes aceptaron contentos. Compartieron al amparo de la neblina y la luna que se adivinaba detrás. Conversaron todo lo que pudieron. Hubo grandes espacios de tiempo en que el tema no cambiaba: era la revolución, los planes, las ideas, las situaciones políticas, las conspiraciones. Pero luego comenzaban los chistes, los cahuines, las bromas y los juegos. La hoguera era constantemente alimentada. El fuego no se apagó en toda la noche. Ni el de la hoguera, ni el de los cigarrillos con tabaco y marihuana. “Beban como si se acabara el mundo”, les dijo Ankafilo y les empinaba la botella de ron como una mamadera. Él también bebía y conversaba. Trataba de no hablar ni de política ni de su pasado. Decía que esas historias las dejaría para otro momento, ahora solo quería relajarse, reírse, compartir con sus nuevos compañeros. Aunque lo disimulaba muy

bien, todos notaron que estaba igual de nervioso que ellos.

Después de una hora, los más jóvenes comenzaron a vomitar. Escupieron grandes trozos de longaniza y pan mojado. Los demás los ayudaron y mandaron a acostarse. El resto de los estudiantes se quedó atrapado en el espectáculo de las pequeñas brasas que subían al cielo. Se dieron el lujo de fumar hasta quedar estúpidos. Ankafilo se preocupaba de mantener la dotación de pitos armados y de botellas abiertas. Algunos no quisieron beber ni fumar. A ellos les convidó café, té y mate. Todos quedaron muy agradecidos de su anfitrión. Pensaron que sería un gran líder durante la aventura.

Camilo tocaba las piernas de Violeta. Ella giró lentamente la cabeza hacia los ojos de su acompañante. Fernando conversaba sobre un tema que no tenía claro con gente que no lo estaba escuchando, pero que no lo ignoraba. Las palabras le salían de su boca como si las estuviera diciendo otra persona. La percepción del tiempo lo hizo pensar que llevaba ahí toda la vida.

—Mientras haya pasión y un poco de odio en nuestros corazones —dijo—, podremos levantar de nuevo las grandes carpas, ser otra vez lo que fuimos. Hay que dejarlo todo. Podremos dejar de llorar a nuestros muertos y comenzar a ser nuestros muertos.

Los que lo escuchaban y lo veían con los ojos achinados, sentían esa última frase como un eco ensordecedor que quedaba rebotando en sus cabezas durante mucho tiempo. “Dejar de llorar a nuestros muertos y comenzar a ser nuestros muertos”.

—La media volá Fernando hueón —aclamaron sus compañeros.

Ankafilo iba y volvía cada cierto tiempo. Fernando lo vio hablar por su celular varias veces. Al parecer tenía más de uno. Explicó que eran teléfonos desechables. Después de hablar, se acercaba nuevamente al grupo y decía que los compañeros peruanos ya estaban cerca, que llegarían por la mañana para llevárselos por la cordillera hasta Argentina. Algunos se asustaron. Replicaron a Ankafilo que en ese caso no había sido una buena idea celebrar. Los compañeros podrían sentir el obsceno olor de la resaca. Quizá se enojarían y cancelarían la misión. Ankafilo decía que no sería así, que ellos mismos habían sugerido que celebraran esa noche para conocerse mejor.

—Para que nos hiciéramos hermanos. ¿Ustedes creen que el Che nunca se fumó unos pitos o se tomó unos roncitos? Además, sirve pa los nervios —concluyó.

Después de oírlo todos volvieron a la jarana espiritual. Ya había varios caídos. La casa crujía como si estuviera gritando; como si estuviera gritándoles algo.

Camilo y Bruno convencieron a Violeta de hacer un trío.

Compartían un beso triple en un rincón de la casa, sobre un colchón harapiento y húmedo que cubrieron con sacos de dormir. Fernando seguía hablando afuera con los que quedaban despiertos. Fue sintiendo de a poco la fuga de su razón y de sus percepciones. Hace años que no perdía completamente la noción de la realidad y las cosas. Pensó que le había dado la pálida. Siempre le pasaba cuando había mucha marihuana gratis. Se paró a vomitar a un lado y perdió el conocimiento.

Después de unos minutos, todos dormían de la misma forma que Fernando, vencidos por la marihuana y el ron. Ankafilo se preocupó de meterlos a todos dentro de la casa, para que no se mojaran con la garúa. Pero se sentía mareado. Se sentó en un rincón y comenzó a tocar el trompe, para acallar sus pensamientos. La baba resbalaba tibia y lenta por el pequeño instrumento. La vibración subía desde los dientes y le recorría todo el esqueleto. Con el dedo índice empujaba el alambre hacia adelante siguiendo un ritmo que era como los latidos del corazón. El sonido era amplificado por la boca y distorsionado por el movimiento de la lengua. A veces también cantaba con la garganta mientras tocaba. Sonaba así: Ko koi ko kio ko kio ko koi

ko koi ko kio ko kio ko koi.

Las pastillas somníferas reposaban en su bolsillo dentro de una bolsa de plástico.

Ko koi ko kio ko kio ko koi

ko koi ko kio ko kio ko koi.

Se lamentó por los padres de los que se veían más cabritos y siguió tocando.

Ko koi ko kio ko kio ko koi

ko koi ko kio ko kio ko koi.

Luego de penetrar a las cuatro mujeres del grupo usando el mismo condón, fue envolviendo tranquilamente todas las bocas con cinta adhesiva industrial. Amarró las manos a la espalda de los dieciocho estudiantes y los envolvió a todos con bolsas de tela negra. Lo hizo con mucha tranquilidad, como un artesano que llevaba décadas en lo mismo.

El sol comenzó a salir. Sonó su celular.

—Estamos listos, vengan no más.

—¿Los amarraste?

—Sí, pero apúrense que ya van a despertar.

—Les mandai un palo si despiertan los hueones.

La madera de la casa sonaba tan fuerte que parecía rugir. Los wekufes, murmuró Anfakilo. Después tomó una bolsa de plástico y echó los restos de las tarjetas, las cédulas y los celulares quemados adentro. Por fin podría ver al Lautaro y la Josefina.

Ko koi ko kio ko kio ko koi
ko koi ko kio ko kio ko koi.

VI

—¿Apareció tu hermano? —fue lo primero que escuchó ese día.

Se lo preguntaba el suboficial Sanhueza. Él respondió que no, que hace días que no contestaba el celular. Después de eso pensó todo el día en él. Ya había tenido muchas conversaciones con sus padres respecto a Fernando. Le decían que tratara de buscarlo con los milicos, ellos siempre fueron yuntas, cómo no iba a saber dónde estaba. No comprendían que de verdad era así: por primera vez en toda su vida, Matías no sabía dónde estaba su hermano. Lo último que supo de él, al igual que sus padres, era que andaba mochileando por toda Sudamérica. Había visto unas fotos suyas en Machu Picchu, en La Paz, Córdoba, Buenos Aires, Montevideo, Bariloche. De ahí nada más.

Los meses de distancia hicieron que se creara un abismo gigante entre ellos. A veces, cuando Matías no tenía con quién conversar en las noches, acostado, mirando el techo, repasando su día, pensaba que separarse de su hermano fue como sacarse la mitad del corazón o extirparse un pedazo de espíritu. Siempre habían sido un par, nunca dos unidades, nunca dos individuos. Más que dejar a sus padres, más que las pruebas físicas y el entrenamiento, más que todo, dejar a Fernando fue lo que de verdad lo convirtió en un soldado.

Matías no se había dado cuenta de que Fernando hace mucho tiempo no publicaba nada en las redes sociales. Durante la hora de almuerzo, cuando a los soldados en campaña se les permitía usar el Dispositivo Social Dérmico para distensión, Matías revisó el perfil social de Fernando. Su última fotografía publicada era de hace tres días. Posaba al lado de un río con dos amigos. Por el color del cielo, parecían estar en algún lugar del sur de Chile o Argentina. Estaba más flaco y se dejó crecer la barba. Sus dos amigos tenían un aspecto familiar, pero no lograba reconocerlos. Quizás eran de su universidad. Pensó que debía estar con ellos. A él le gustaba andar cerca de la naturaleza, subir cerros y viajar. Pero su mamá se oía cada día más desesperada por el teléfono. Insistía en que Fernando estaba desaparecido.

Mientras comía, comenzó a preocuparse en serio. Ya nadie pasaba más de tres días sin publicar o aparecer en la publicación de alguien

cercano en las redes sociales. Su papá iba a ir a la comisaría para poner la constancia de desaparición. Él le dijo que estaba bien, que lo hiciera.

Debido a la preocupación, sus superiores lo reprendieron varias veces por estar distraído en las capacitaciones militares de los gringos. Un amigo le dijo que los estadounidenses estaban haciendo estas clases en toda Latinoamérica para exterminar a los grupos indígenas, mientras que los chinos les pasaban armas a los guerrilleros.

—Es como en la guerra fría, hueón.

—Mi hermano dice las mismas hueás que tú. Yo no sé. Los gringos siempre han estado con los chilenos. Nos tienen buena. No sé. Son mejores los gringos que los chinos.

—¿Por qué?

—Los chinos son como raros, aparte de comunistas. Prefiero a los gringos. Han ganado todas las guerras.

—Vietnam no.

—Sí la ganaron.

—No, hueón, no la ganaron.

—Da lo mismo, pon atención.

Matías y sus compañeros de campaña participaban en una serie de clases sobre inteligencia militar. Les enseñaban códigos para usar los programas nuevos de búsqueda. Les mostraban las nuevas subametralladoras de asalto, que venían con muchos otros dispositivos y que se armaban y desarmaban más fácil que las anteriores. Era como la repartición de juguetes nuevos en un orfanato. Pronto comenzaría una nueva pacificación en la Araucanía. Luego los enviarían a Colombia, para apoyar a las fuerzas militares de allá. Matías estaba a punto de subir de rango. No podía permitir que estar pensando en su hermano lo distrajera y con eso echara por la borda toda la simpatía que había obtenido en sus superiores. “Debe estar muerto de volao y curao por ahí, el hueón desconsiderado”, se decía para mantener la calma mientras tomaba apuntes.

Al día siguiente Matías se embarcaría en una de las campañas de pacificación. Todavía no le decían qué sector de la zona A le correspondía. Casi todos sus compañeros ya habían sido escogidos para cada misión, pero Matías y otros tres quedaron al último. Sanhueza les hizo un gesto con la mano para que esperaran. Salió del hangar y volvió con dos hombres, uno muy anciano en silla de ruedas y otro llevándolo. El de la silla de ruedas tenía el cabello blanco y corte militar, llevaba un chaleco sin mangas, una camisa bajo el chaleco, jeans azules y zapatos negros. El hombre que lo llevaba era indudablemente más joven, pero aun así denotaba varios años, como si el tiempo pasara con menos violencia sobre él. Parecía un profesor

retirado o una especie de inmortal bañado en harina. Usaba gafas y tenía los dientes muy amarillos. Su piel blanca los hacía notar más aún. Parecía que brillaban dentro de su boca. Ambos avanzaban lentamente hacia los soldados. El anciano les sonrió. El hombre que lo llevaba hizo resbalar su mirada sobre ellos. El suboficial Sanhueza se dirigió al anciano casi gritándole al oído.

—Estos son los mejores soldados en campaña que tenemos, como usted había pedido, don Ka.

—Así veo —dijo el anciano examinándolos.

A Matías le tomó por sorpresa la presentación. Nunca hubiese imaginado que el suboficial pensara eso de él, aunque había notado que no tenía tanta confianza con ninguno de los otros soldados en campaña. Una noche incluso le ofreció cigarrillos y le habló del matrimonio. No era por sus habilidades, sino porque se parecía a un hijo suyo que no veía nunca. Era por nostalgia. Los otros tres sí eran buenos soldados reconocidos por todos. Obedecían en un santiamén, eran ordenados y nunca cometían errores. Estaban a punto de ser derivados a la zona A de forma permanente. Matías, sin embargo, todavía tenía que pasar por muchas humillaciones o recibir algún golpe de suerte para lograrlo. Intuía que aquella reunión podía ser uno.

El anciano hablaba poco. Vio a los cuatro soldados erguidos al frente suyo. Exhaló grandes bocanadas de aire tibio mientras su acompañante empujó lentamente la silla de ruedas. Las grandes bolsas bajo sus ojos le daban un aspecto malévolo, como también lo hacía el cadavérico rostro de su acompañante. A Matías le quedó la sensación de haberse encontrado con alguien muy poderoso. Pensó que quizá era un coronel retirado. Cuando se fueron, Sanhueza les explicó a los soldados que ese anciano fue alguna vez el líder de las operaciones paramilitares en la zona A.

—Ese hueón mató más indios que todos los españoles.

Sanhueza les dijo que a la mañana siguiente no saldrían a las campañas de la zona A. Tendrían una misión especial comandada por él mismo. Matías notaba cierta inseguridad en la expresión del suboficial, como si le diera vergüenza dar las instrucciones de la operación.

—Tenemos que llegar mañana temprano a un punto que me indicaron. Ahí nos dirán qué hacer.

Luego de decir esto, el suboficial Sanhueza se rascó la cabeza y la nariz, miró hacia los lados y continuó.

—Lo importante de esta operación, no es la operación misma, ¿me entienden? Esto está fuera del archivo. Yo los elegí a ustedes porque son los más vivarachos. Con esto van a ganar mucha plata.

Al momento de hablar sobre dinero, los ánimos de los cuatro soldados se inquietaron. Se miraron discretamente e hicieron muecas de incomprensión, pero no dijeron nada. Esperaron que el suboficial prosiguiera.

—Van a salir noticias de esta hueá. Ustedes no vieron nada, no escucharon nada. Esa es la única regla.

Era un montaje. Matías había escuchado muchas veces sobre eso. Fernando hablaba de los montajes todo el tiempo. Él le reprochaba. Le decía que él sí estaba en el ejército, que él sí había hecho el servicio y que nunca sucedía nada semejante, que eran fantasías suyas, que no hablara hueás.

Las órdenes del suboficial fueron claras. Desde ese momento solo tenían que seguir instrucciones, ser de piedra, ciegos, sordos y mudos. También amnésicos. No debían recordar nada jamás. Es decir, desde ese momento, tenían que ser soldados, aunque la situación los hiciera mercenarios, tenían que comportarse como soldados.

Todavía no amanecía. Tenían permiso para saltarse todos los protocolos de la mañana. Los cuatro soldados fueron despertados silenciosamente por el suboficial. Pasados unos minutos los cinco estaban en el patio vestidos con su ropa de civil y pistolas de mano en el cinto. Esperaban un camión que los iría a buscar. El frío se pegaba a las caras recién lavadas. Sanhueza les convidó un poco de café que sacó de un termo. También les ofreció cigarrillos. Todos aceptaron. Era una buena señal. El suboficial ya los apreciaba como a ningún otro miembro del campamento. De seguro los enviarían a la zona A con un rango superior después de la operación. El humo les revolvió un poco el estómago, pero aguantaron porque los hombres de verdad, como el suboficial Sanhueza, fumaban en ayuna. Él se daba cuenta de que los soldados querían ser cómo él y eso le causaba un incómodo sentimiento de orgullo que se volvía menos incómodo a medida que pasaba el tiempo. De vez en cuando lanzaba un chiste para relajar a sus hombres. Ellos reían con él.

El camión llegó a la hora establecida. Del asiento del copiloto bajó el hombre que acompañaba al anciano del día anterior. Saludó con desdén al suboficial y luego caminó hacia la parte posterior del contenedor. Abrió las puertas y todos subieron. Sanhueza lo miró con incredulidad y odio, pero al igual que sus hombres, sabía que no tenía que decir nada. Debía subir. Aunque al momento de abrir las puertas hubiera salido una ráfaga de aire tibio con un espantoso olor a mierda y adentro hubiera ocho cerdos, debía subir, no tenía que decir nada. El hombre de aspecto cadavérico preguntó si había algún problema. Sanhueza lo negó. Los cinco hombres subieron y sintieron cómo las puertas eran cerradas por fuera. Los animales se amontonaban en la parte delantera del contenedor. Cuatro de ellos dormían y cuatro

estaban despiertos. Soldados y cerdos separados por una rejilla de alambre. Ulises fue el primero en vomitar, de ahí siguieron los demás. Lograron aguantar varios minutos. Sanhueza no dijo nada. Iba masticando la rabia. Se sentía humillado. Pensaba que los del Hernán Trizano querían humillarlo. Sanhueza pensaba que a ellos les costaba entender que en el ejército sí tenían que seguir órdenes, que no podían otorgar soldados las veces que ellos quisieran, que no podían ayudarlos con lo del 21-J, aunque tampoco iban a entregarlos. Pensaba que eran unos maricones, que cómo podían llevarlo con los chanchos, en vez debieron haberse conseguido otro camión, no era necesaria tanta coartada. Le dolía en el orgullo. Sus hombres regurgitaban en silencio. Intentaban vomitar por la parte de abajo de las puertas, para que cayera por la rendija y no se acumulara dentro. Pasada media hora, Sanhueza les dijo que en la guerra había que aguantar situaciones como esta y peores. Todos asintieron con la cabeza. Estaban de acuerdo.

Los cerdos casi no podían moverse dentro del espacio que les quedaba. Había unos más inquietos que otros. Rugían y se montaban desesperados sobre los demás. Había paja, mierda, y comida mezclada en el suelo. Pasadas las dos primeras horas, los soldados ya se habían acostumbrado al olor, aunque de vez en cuando sacaban la cabeza por los pequeños espacios como ventanas que tenían las puertas. Se sentían enfermos.

Matías se imaginó ese camión como lo más parecido al infierno, aunque allí no habría reja y serían muchos más cerdos o quizá él mismo sería un cerdo. Miraba los ojos negros de los animales. Daban la impresión de no tener alma. Quizá ellos habían sido personas alguna vez y ahora estaban en el infierno. Quizá el infierno estaba sobre la tierra y la tierra era un lugar con distintas dimensiones conviviendo juntas. En ese camión había dos dimensiones. ¿Y si la suya era el infierno? Matías no solía reflexionar, siempre había sido alguien práctico, pero el silencio de sus compañeros y el olor de la mierda de los cerdos lo obligó a resguardarse dentro de sí.

Los temas de conversación se les habían acabado hace dos horas. Después de eso todos se entretuvieron tratando de dormir apoyados sobre las paredes del contenedor o mirando a los cerdos. De un momento a otro el camión se detuvo, las puertas del contenedor se abrieron, se escucharon pasos y finalmente los ruidos metálicos del cerrojo abriéndose. La débil luz del sol que se filtraba a través de las nubes les molestó en los ojos. Estaban al costado de un camino de tierra. Hacia todos lados se extendía una llanura inhóspita. Había pequeños y grandes arbustos al rededor, pero ningún árbol.

El hombre de aspecto cadavérico dijo que debían caminar, entonces caminaron. Iban hacia un pequeño conjunto de cerros hacia

el este. Sanhueza animó a sus hombres para llegar allá.

El hombre de aspecto cadavérico iba liderando la pequeña procesión de soldados. Llevaba un gran bolso negro. Sanhueza intentó hablarle un par de veces, pero él respondía sin mirarlo y en monosílabos. Fueron dos horas de caminata sin descanso hasta alcanzar la cumbre de un cerro. Ninguno sabía dónde se encontraban exactamente, pero intuían que era algún lugar del sur. Daniel murmuraba que quizá estaban en la zona A. Nadie podía asegurarlo, pero trataban de convencerse de que eso no importaba, solo se concentraban en seguir al desconocido líder. El hombre de aspecto cadavérico les dijo que debían bajar hacia la casona que se veía más abajo. Era la única construcción de todo el camino. A medida que avanzaron, la niebla se hizo cada vez más espesa. Cuatro cerros guardaban la casa. Cuando quedaban pocos metros para llegar, un hombre muy moreno y alto se le acercó al líder. Tenía cara de mapuche. Le dio la mano y se dirigió a él con mucho respeto. Los soldados no pudieron descifrar lo que conversaban. El hombre moreno los miró pero no los saludó. Los guió a todos hasta la casa y luego de hablar unas últimas palabras con el hombre de aspecto cadavérico, se fue trotando por el mismo camino que ellos habían llegado. Al pasar por el lado de los soldados, Matías observó una gran cicatriz cruzando todo su rostro.

Llegaron a una gran casa de madera que sonaba como si se fuera a derrumbar en cualquier momento. El hombre de aspecto cadavérico entró e hizo señas a los demás para que entraran. Dentro había una hilera de bultos acomodados en un rincón. Los soldados sintieron escalofríos al verlos. Nadie miró por mucho tiempo la imagen. En ese momento no pudieron distinguir ni adivinar qué era. Sanhueza estaba agitado, pero no se dejó perturbar frente a sus hombres. Ulises, Álvaro, Daniel y Matías temblaban de pies a cabeza, pero tampoco dejaron que el suboficial lo notara. El hombre de aspecto cadavérico apoyó su bolso negro en el suelo, lo abrió y sacó cuatro palas. Luego, por primera vez en todo el viaje, se dirigió a los soldados.

—Necesito un hoyo bien grande. Puede ser en cualquier parte, da lo mismo. Bien profundo, como un pozo, por favor.

La amabilidad con que habló los perturbó. Los cuatro soldados asintieron y salieron en seguida. Todos sabían lo que iba a pasar. Sanhueza los miró fijamente y les hizo un gesto para que salieran. Daniel dijo que fueran a la parte de atrás. Vieron los restos de una fogata que todavía humeaba y varias botellas de ron en el suelo. Álvaro fue el primero en hundir la pala sobre la tierra.

—Hagámoslo aquí —dijo.

—Tiene que ser bien grande —agregó Ulises.

—Como de este porte —siguió Daniel, retrocediendo unos pasos y

dibujando un círculo con su pie.

—¿Va a ser para…?

Matías no pudo terminar su pregunta. Álvaro se incorporó, lo miró a los ojos y le dijo:

—Cállate hueón, por favor, no digas ni una puta hueá.

Matías inclinó la cabeza y hundió la pala sobre la tierra igual que el resto de sus compañeros. Las lágrimas bajaban por sus mejillas y le quemaban el rostro. Ulises se acercó a él y lo quiso tranquilizar. Matías siguió cavando sin pensar en lo que había visto dentro de la casa.

Las lágrimas le volvieron a caer y el polvo que levantaban le manchó la cara. Sentía ese frío en la espalda que le corría cuando su papá lo retaba por haberse sacado malas notas, cuando le habían llamado al apoderado por poner una bomba de ruido en el baño del colegio, cuando pensaba que dejó embarazada a su ex polola, cuando se puso a pelear con el Fernando y le sacó sangre del labio. Seguía hundiendo la pala con fuerza, destruyendo la tierra, como destruiría al que lo había llevado, que lo había hecho ver a esos bultos que de seguro eran muertos y que iban a tirar en el hoyo que estaban haciendo. Ya habían juntado un pequeño montón de tierra cuando sintieron el primer balazo dentro de la casa. Los cuatro se asustaron y se detuvieron por un momento para mirar, pero Sanhueza les hizo un gesto y les dijo: “Sigan hueones, sigan ustedes”. Entonces todos siguieron.

Después del segundo balazo, Matías no pudo detener el llanto. Sus compañeros no dijeron nada. Daniel también estaba llorando, pero en silencio. Álvaro enloqueció, como si hubiera mascado peyote, como si hubiera jalado coca, como si en su cabeza no hubiera nada. Sus ojos no expresaban ninguna emoción, igual que los ojos de los chanchos. Ulises seguía tranquilizándolos: “Somos soldados, hueón, tranquilos”, decía; pero él también lloraba y quería estar en su casa o en el campamento. Matías quería a su mamá, igual que los cabros chicos, pensó. Quería estar acostado en la cama el sábado en la mañana viendo monos con el Fernando, esperando que les trajeran la leche con chocolate. Quería saltar las olas agarrado de las manos de su papá. Quería tirarse bombitas de agua con los amigos del pasaje, quería doblar sus camisas el domingo en la noche, quería comprarse berlines para la colación camino al colegio con su mamá. “No quiero estar aquí”, pensó cuando sonó el tercer balazo. El cuarto balazo. Sigan mierda, sigan, decía el Sanhueza, el Sanhueza y la concha de su puta madre que lo parió bajo un puente. Y sonaba el quinto y el sexto, y la tierra le entraba en los ojos y tenía que restregarse con el antebrazo. Sintió el olor de su sudor y del sudor de los demás, tenía el cuerpo hirviendo pero la cara congelada. Ya llevaban un montón grande de

tierra. Entre balazo y balazo se escuchaban pequeños gritos ahogados que venían de adentro de la casa. “Estaban vivos, hueón”, dijo el Daniel, y el Álvaro: “Cállate, hueón, cállate conchetumadre”, insistió con los labios apretados, gruñendo como los chanchos del camión, con los ojos como fuego y estaba que le mandaba un palazo en la cabeza. “Sí hueón, están vivos, pero ya no”, pensó Matías, lo pensó gritando y trató de que sus gritos acallaran los sonidos de afuera. El “¡Por favor no!” que alcanzó a escuchar, porque parece que los últimos ya despertaban, porque los gritos eran más fuertes y más constantes a medida que seguían los balazos, el décimo, el undécimo, el doceavo, el treceavo, y ya tenían que meter un pie dentro del hoyo para seguir sacando tierra, tenía que ser más hondo, pero Daniel decía que más ancho, entonces se corrían hacia atrás y comenzaban a hundir la pala más afuera para ensanchar la tumba, no, la fosa común.

Un viento pasó de pronto y enfrió el sudor de la espalda de los soldados. Las hojas de los canelos sonaban como las olas de la playa. La casa crujía como si estuviera llorando, como si estuviera diciendo algo. El cuadragésimo, el quincuagésimo, el décimo sexto, el décimo séptimo, un “Noooo”, agudo, grande, terrible, que se cortó de pronto con el decimoctavo balazo. Y todo quedó en silencio. Solo sonaban las palas y los resoplidos de los soldados cansados que cavaban. El hombre cadavérico salió caminando lentamente de la casa. Llegó hasta donde estaban los soldados y se limpió unas gotas de sangre que le quedaron en los zapatos. Se paró en el borde del agujero y sonrió. Luego dijo: —Son súper rápidos. Después de hacer el hoyo sacan… Los sacan y los ponen adentro. Los tapan. Tiene que ser un poco más profundo, por favor.

El suboficial Sanhueza estaba detrás, cansado, como si hubiese corrido una maratón. El hombre de aspecto cadavérico le ofreció desayuno. Había traído una bolsa de panes con queso dentro del bolso negro. El suboficial no aceptó. Estaba demasiado consternado para comer. El hombre de aspecto cadavérico le ofreció cigarrillos y tampoco aceptó, pero sacó de los suyos. El hombre lo miraba como un principiante mientras engullía el sándwich con voracidad, luego tiró una talla y el suboficial respondió con una pequeña y obscena sonrisa. Después de media hora, la fosa quedó lista.

Comenzaban a caer las primeras tímidas gotas del día. De la tierra subía un fresco aroma que se mezclaba con el de la pólvora y la sangre coagulada. Las hojas del canelo se movían como un montón de mariposas inquietas. El viento cálido y la electricidad del aire vaticinaban una gran tormenta para la tarde y la noche. Matías y sus compañeros ya sentían los rayos y los truenos dentro de su corazón. La lluvia caía sobre los sacos. Los arrastraron. La sangre dibujaba líneas negras que marcaban el recorrido que hicieron los bultos desde la casa

hasta la fosa. El hombre de aspecto cadavérico deglutía los panes con queso mientras los soldados realizaban el trabajo. Sanhueza los ordenaba dentro de la fosa para que cupieran todos bien. Había unos más altos que otros. Sanhueza tuvo que quebrar varios cuellos y doblar piernas con pliegues imposibles La lluvia caía con fuerza. Entre los cuatro soldados y el suboficial echaron la tierra sobre los sacos. El hombre de aspecto cadavérico se preocupó de quemar todas las pertenencias de los difuntos: grandes mochilas de viaje y pequeños bolsos de mano. Las amontonó dentro de la casa y las roció con un poco de bencina. Pronto se formó una fogata que luego se convirtió en una gran hoguera. La casa comenzó a crujir como si estuviera gritando de dolor. La madera se quebraba de a poco. Pronto el fuego se esparció por toda la construcción. La lluvia no la apagaba. Los seis hombres se quedaron de pie, bajo los canelos, observando. De un momento a otro los pilares cedieron y todo se derrumbó estrepitosamente. Matías suspiró. Extraños sentimientos de la infancia lo asediaban. Como si la casa hubiese guardado valiosos recuerdos familiares. Pronto el hombre cadavérico tomó las cuatro palas, apelmazó la tierra suelta de la fosa con los pies y dijo: “Vamos”. Entonces todos lo siguieron por el mismo camino que habían tomado para llegar hasta ahí. Antes de partir, Matías cortó discretamente una pequeña flor amarilla que había crecido bajo los canelos y la dejó caer sobre la fosa. Era la única forma que se le ocurría para pedirle perdón a los muertos.

Llegaron nuevamente al camino de tierra donde los había dejado el camión. Ulises pensaba que tendrían que aguantar nuevamente aquel fatídico viaje con los cerdos y se lo comentó a sus compañeros. Daniel pensó en plantearle al suboficial la posibilidad de devolverse solos al campamento, pero Álvaro lo cortó en seco, no podía ser tan confianzudo. Sanhueza iba más adelante con el hombre cadavérico. Desde atrás, esa conversación parecía ser llevada principalmente por el segundo, ya que el suboficial solo se limitaba a escuchar y responder de vez en cuando. Se veía evidentemente perturbado, pero pronto archivaría las imágenes de ese día en el oscuro y frío lugar de su mente donde permanecían todas las imágenes de tortura y homicidio que su profesión le proveía.

Para la sorpresa de todos, no los estaba esperando el mismo camión de antes, sino un furgón negro. El hombre de aspecto cadavérico les abrió la puerta corrediza y les dijo que subieran, luego se subió por la puerta del copiloto. Indicó a los soldados que ahora estaban invitados a la casa del general Káiser para un asado de cordero al palo. Sanhueza agradeció la invitación en nombre del grupo. Nadie habló durante el viaje. Al llegar a la finca del anciano fueron recibidos por un gran grupo de hombres viejos y jóvenes que

parecían ser exmilitares. Los más ruidosos eran los más ancianos, quienes parecían conocerse desde hace décadas.

Los soldados tomaron vino navegado, cerveza y chicha todo el día. La carne era servida con papas mayo y ensalada por mujeres gordas y amorosas. Entrada la media tarde se siguieron abriendo botellas de vino y de pisco. Los soldados comenzaron tímidos, pero luego de algunos vasos se soltaron. La lluvia seguía cayendo sobre el techo de lata que los cubría. Después del almuerzo y un par de partidas de dominó, Matías y sus compañeros se doblaban de la risa con las historias y los chistes de sus anfitriones. Todos se mostraban simpáticos y muy agradecidos por el trabajo que los soldados acababan de hacer, pero cada vez que alguno se refería de manera muy específica al asunto, el anciano general Káiser cambiaba el tema con algún chiste o una declaración resolutiva.

—Y así es como… Nuevamente… Hemos luchado contra el terrorismo… Sin ayuda alguna del gobierno, solo de nuestros… Valientes soldados… Aquí presentes…, Salú mierda —dijo el anciano con dificultad para respirar.

Durante la tarde, Sanhueza juntó a los cuatro soldados y les dijo:

—Ahoguen la conciencia, cabros, no hemos hecho nada malo, así es la guerra mierda, ustedes saben, somos hombres, somos soldados, hueón, que no se les olvide —los soldados asintieron y siguieron con la fiesta.

La noche llegó en forma de cinco jóvenes adolescentes campesinas que el gremio de exmilitares les ofrecía a los novísimos soldados. “La mejor carne de Victoria”, dijo Augusto, uno de los más graciosos y simpáticos amigos del general Káiser. Antes de entrar a la pieza, les hizo una seña para que pasaran al baño, dio vuelta un espejo y escribió cuatro líneas blancas. Daniel, Ulises y Álvaro no aceptaron. Matías sí, Matías podría haber aceptado cualquier cosa que le ofrecieran esa noche. Después de ver a su compañero, los demás también quisieron. Augusto les palmoteó el trasero y les cerró la habitación de un portazo después de dejar entrar a las cinco mujeres y apagarles la luz.

Tras unos minutos, los cinco sentían el sudor suyo y el de los demás mezclado con el sudor acaramelado de las mujeres que gemían al atarantado compás de la penetración. Estaban felices. La angustia de la mañana se borró por completo: se quedó dentro de las botellas descorchadas de vino y de las vaginas chorreantes de sus putas. Matías ya no pensaba en su hermano.

Sanhueza les prometió que a la vuelta serían asignados a la zona A de forma indefinida, o a cualquier zona que les acomodara. Volverían como cabo primero. Era un salto de dos rangos, además del dinero. También les dio dos semanas para ir a sus casas. Dijo que se lo

merecían.

Matías partió a Valdivia al día siguiente. Sus padres lo recibieron con gran alborozo. Él les inventó una mentira sobre su ascenso de rango que había fraguado durante el camino. Ian y Verónica estaban felices, pero su alegría siempre estuvo bajo el luto de la desaparición de su hermano y del estado de su abuela. “Ya le queda poco”, le dijo su padre cuando fueron juntos al mercado. Expelían la tristeza por todos los poros. Matías trataba de hacerlos sentir bien, pero todo fue inútil cuando llegó la noticia definitiva del paradero de Fernando.

Salió en todos los periódicos. Había fotos de reuniones secretas, conversaciones telefónicas, mails, testimonios, testigos, todo. Dieciocho jóvenes estudiantes de diversas carreras, fundamentalmente de antropología, conformaron un frente de resistencia mapuche y se unieron a las fuerzas guerrilleras colombianas. En las redes sociales se mostraron videos e imágenes de Fernando y sus compañeros conversando en reuniones clandestinas y subiéndose a transportes que, grabados en la oscuridad, parecían sospechosos. El gobierno chileno y el colombiano trabajaban juntos para adelantarse a cualquier tipo de ataque durante el próximo veintiuno de junio, la fecha que todos temían por cumplirse el primer decenio del gran atentado. Dieron todos los nombres y mostraron las fotos. Durante mucho tiempo se entrevistó a los padres de los estudiantes, entre ellos a Ian y a Verónica, quienes dijeron no entender nada y no tener nada que ver en el asunto. Al principio, gente cercana, amigos y vecinos los humillaron con comentarios déspotas y desprecio, e incluso hicieron circular algunos rumores de complicidad con el hijo, pero luego entendieron, en su mayoría, que no era preciso juzgar al ganado entero por una sola oveja negra. Los dedos de la opinión pública apuntaron principalmente a la formación izquierdista que daban las universidades.

La gente estaba asustada, pensaban que en cualquier momento podía caer un avión sobre el Costanera Center o estallar un carro bomba en plena Alameda. La prensa cubría lo que sucedía en la Araucanía como en algún momento se cubrió la guerra en Irak o en Venezuela. No hubo grandes manifestaciones en contra del gobierno. El terror hizo que todos se sintieran a gusto con cualquier decisión que tomara el Estado. El Ministerio de Educación quiso modificar las bases curriculares en concordancia al estado político de las cosas. Se eliminó de las escuelas todo lo que hiciera referencia a las comunidades peligrosas, en especial a la mapuche. Las universidades fueron altamente censuradas y los profesores investigados. Fue todo tan unánimemente aceptado que las leyes se aprobaron en un santiamén. Los demás países tomaron decisiones parecidas. Nunca Latinoamérica estuvo tan unida como en los años siguientes a la conformación del

Frente Kai Kai. Los atentados no tardaron en aparecer. Fueron pequeños, pero aumentaron el miedo de la gente. Según las declaraciones que hizo el Ministerio del Interior y el de Defensa, el Frente Kai Kai tomaba cada vez más fuerza y debían hacer todo lo posible por detenerlos.

Con el pasar de los días, Verónica trató de buscar en sus recuerdos alguna conversación que vaticinara la decisión de Fernando, pero la confusión era tan grande que no podía distinguir entre lo real y lo que su mente había creado después de la noticia. Cada conversación o gesto de su hijo en el pasado se veía ahora como un torbellino de verdades forzadas, personalidades falsas y grandes lagunas donde ella hubiera deseado poner más atención. Debido a este deseo que le contraía el pecho, lloraba todas las noches boca arriba y en silencio. En su corazón sentía que Fernando nunca los hubiera dejado solos con esa angustia, pero pensaba que mientras exista odio y avaricia en el mundo, siempre habrán hijos revolucionarios que partirán sin despedirse, y detrás, en la penumbra, madres que lloran.

Ian parecía un hombre distinto, alguien a quien la vida le hubiera quitado toda esperanza de un manotazo. Envejeció de pronto, las facciones de su rostro se contrajeron y el hermoso verdor de sus ojos se fue degradando cada vez más, hasta convertirse en un gris pálido. No expresaba por completo su sentir, solo se ocupaba de su esposa, la persona que más le importaba en ese momento. Mientras la abrazaba largamente y besaba sus cabellos, imaginaba a Fernando como a él mismo cuando era un adolescente. Alguien le dijo alguna vez: “Todo se devuelve en esta vida”, y sintió pánico de que sus antiguos fantasmas volvieran a aparecer frente a él para juzgarlo, o que sus hijos tuvieran que vivir algo parecido. Sin embargo, mirando en retrospectiva, siempre concluía sobre esto deseando que así fuera, que todo se devolviera. De esta forma, tal como él había encontrado el amor y la estabilidad después de varios infortunios, su hijo también lo haría. Esa era la lógica que, según Ian, debía seguir el universo. Él aguantaría la angustia como una forma de redención que por fin liberaría a su torturado espíritu.

Las semanas en que Matías estuvo en casa, trató de ser el punto de apoyo sobre el que se balanceó el ánimo de su familia. Su madre no tenía fuerzas para hacer clases, lloraba al frente de todos sus alumnos mientras revisaba pruebas. Le dieron días de descanso. Su padre iba a la planta de celulosa sin faltar. Le servía para distraerse. Matías se quedaba en casa con ella todo el día. La acompañaba a hacer compras y a llevar a la abuela Rosario al médico que estaba muy débil: la noticia sobre el paradero de Fernando la dejó en un estado de shock perpetuo, que se prolongaría hasta el día de su muerte, tres semanas después. Matías recordaría cómo le brillaban los ojos cuando lo

miraba y que a veces lo confundía con su hermano. Él le servía té de manzanilla. También trataba de hacerle bromas y de contarle sobre sus hazañas en el ejército.

Cuando hablaban de Fernando, Matías intentaba ser lo más racional posible. Sus padres pensaban en las personas a las que podían acudir para saber más. Quizá hacer un pequeño viaje a Colombia para discutir con la embajada, conmoverlos, no sabían para qué. Ian suspiraba constantemente y no dejaba de acariciar a la gata. Ella seguía cazando pájaros y llevándolos a la puerta de la habitación de Matías.

Durante la noche, Matías no dejaba de soñar con su hermano. Extrañaba hacerlo callar golpeando la pared con los puños para que bajara la música y respondiera: "Chúpalo", luego se levantara y fuera a su pieza para golpearlo sabiendo que después de esa pelea terminarían los dos viendo videos graciosos en internet mientras fumaban por la ventana.

Una noche particularmente calurosa, Matías no pudo conciliar el sueño y se levantó de su cama. Miles de imágenes de su hermano muerto a la orilla de un río o sepultado en una tumba anónima se le vinieron a la cabeza. Se sentó en la cama y fue al baño. Aún estaba la máquina de afeitar, el cepillo de dientes y el champú que utilizaba Fernando. Matías orinó mirando todos estos elementos y pensando que su hermano todavía estaba en la casa. Tuvo el presentimiento de que todo había sido una pesadilla, que ambos tenían dieciocho años y no sabían qué hacer con sus vidas. Caminó hasta la habitación de Fernando esperando verlo dormido con un libro entre las manos, pero no estaba. Se notaba que su madre hizo el aseo. Los posters de Rage Against The Machine y Pink Floyd daban la sensación de que Fernando llegaría pronto, aunque la presencia real de su hermano era más producto de su imaginación que de la realidad. En esa habitación no había nadie más que él. Se sentó en la cama de su hermano y acarició las sábanas. Se forzaba a imaginarlo en la selva amazónica con la barba crecida, el pecho descubierto y una metralleta en los brazos. Quería ver en las noticias que el Frente Kai Kai había dinamitado La Moneda con todos los parlamentarios dentro, que su revolución había tenido éxito y pronto llegarían las fuerzas militares orientales para combatir indirectamente con Estados Unidos en toda Latinoamérica. Casi podía escuchar las balas tronando fuera de su incansable fusil. Casi lo podía ver sonriendo entre las afiladas hojas de la amazonia, pasándose un mate entre los compañeros, hablando despacio, analizando algunos mapas corroídos por la intemperie o enamorándose.

¿Cuántos secretos puede guardar un hombre?, se preguntó Matías. Se sentía traicionado, pero a la vez complacido. En realidad admiraba

la valentía y el coraje de su hermano, pero lo que más le sorprendía era su capacidad para ocultarle toda una faceta de su vida al mundo. Se volvió a sentar en la cama. Un gran silencio inundaba toda la casa, pero se interrumpía a veces por un pequeño golpeteo de patitas en la pared y maullidos entrecortados. Era Carlota, que estaba cazando a una polilla que se había metido a la casa. El insecto entró a la habitación de Fernando y comenzó a volar alrededor de la ampolleta. La gata lo miraba atentamente desde el suelo esperando a que bajara un poco para poder alcanzarlo. Matías pensó en tomar a Carlota en brazos y llevarla hasta él, sin embargo, prefirió observar el desarrollo natural de la cacería y así distraerse un poco. La polilla era grande y torpe. Comenzó a dar vueltas más amplias alrededor de toda la habitación. Chocó con las paredes y descendió su vuelo. Carlota saltaba detrás de ella y Matías contemplaba la escena en silencio. De pronto la polilla se posó sobre el librero, cansada, rindiéndose ante la gran bestia que la seguía. Carlota se acercó despacio, tomó unos segundos para darse impulso y saltó sobre los libros. Varios títulos cayeron al suelo y causaron un pequeño estrépito. Matías se apresuró a recogerlos mientras la gata huía con la presa todavía aleteando entre sus dientes. Cuando fue a poner los libros de vuelta a su lugar, notó que uno de ellos tenía la tapa y la contratapa adornadas con hojas de árbol adheridas con cinta adhesiva. No llevaba ningún título. Era una agenda con muchas anotaciones, poemas, dibujos y relatos que Fernando había hecho. Matías comenzó a leerlo con fruición. Ese gran compilado de textos era una puerta que se abría ante un largo pasillo de secretos. Siguió leyendo invadido por una súbita felicidad que subía desde su estómago y lo hacía temblar. Estaba frente a toda una faceta desconocida de la persona que más creía conocer en el mundo. Los poemas eran en su mayoría contestatarios y complejos. También aparecían dibujos de personas con el cuerpo pintado de rojo y blanco con grandes cascos puntiagudos o planos. Los extraños seres llevaban una pequeña descripción en la parte de debajo de cada página. El cuaderno seguía con muchas historias sobre la exterminación sistemática de un pueblo austral. Matías creyó que su hermano estaba trabajando en una obra de ficción, aunque por la exactitud de los datos más parecía una recopilación sobre algo que de verdad había ocurrido en el sur de Chile.

Después de los textos sobre una comunidad que Fernando había llamado selknam, comenzó una compilación diferente con algunos textos en un idioma que Matías no pudo descifrar, pero intuyó que era mapudungún. Soltó pequeñas carcajadas nerviosas a medida que iba avanzando. Nunca pensó que Fernando tuviera semejante talento para el dibujo. Vio una serpiente gigante, perfectamente detallada con lápiz grafito, que se levantaba desde las olas. Era una fiera monstruosa que

se abalanzaba sobre un montón de militares y políticos que corrían despavoridos. En la esquina de abajo podía leerse una pequeña frase: "El despertar de Kai Kai". Matías reconoció de inmediato el nombre de la serpiente mítica. Era el mismo que tenía la resistencia. Quiso seguir investigando para encontrar algo que le diera más detalles sobre la vida secreta de su gemelo. Se encontró con algunas anotaciones que parecían apuntes tomados en una reunión. Mientras leía, acariciaba a Carlota, quien había dejado la cacería de polillas para acurrucarse entre sus piernas. En algún momento de la lectura, el sueño y la agitación le hicieron pensar que el pelaje de la gata era la cabeza chascona de su hermano. Tuvo ganas de llorar, pero se contuvo.

La primera página estaba marcada con fecha de hace un par de meses. Las siguientes se saltaban cada dos semanas. Matías pudo leer muchas veces las palabras: montaje, comando HT, para-milicia, atentado, guerrilla y contra-información, pero no pudo hilar pensamientos al respecto, debido a que su entusiasmo se hizo tan grande que tuvo que pararse y caminar por la habitación. Su respiración se agitaba y el sonido de las hojas pasando de a una en una con rapidez podían despertar a sus padres, lo cual significaría compartir un secreto revelado que en ese momento quería solo para él. Decidió refugiarse en su habitación y seguir leyendo ahí. Volvió a las páginas. Un nudo crecía en su garganta. Se hacía alusión constantemente al atentado del 21-J, el día en que había muerto el abuelo de ambos. Ya habían tenido muchas discusiones al respecto. Fernando siempre dijo que fue un montaje, que no existían los terroristas, que el verdadero asesino estaba en las corporaciones. Cuando iba en primer año de universidad, lo vociferaba como letanía en cada discusión política de sobremesa, hasta que su padre lo abofeteó y lo amenazó por hacer llorar a su madre: "¿Tú crees que saberlo cambia las cosas?", gritó Ian con furia, apretando el estómago y la cara a centímetros de sus ojos.

La presencia de su hermano se hacía cada vez más grande a medida que avanzaba por las páginas. Sentía que en cualquier momento podría llamarlo y él respondería. La información sobre la resistencia era evidente. Fernando anotó, a modo de lista y con varias abreviaciones los principios fundamentales del Frente Kai Kai. Lo que Matías pudo entender fue que se configuraban como una célula anarquista que buscaba unirse a los diversos movimientos armados de Latinoamérica para luego poder atacar, con ayuda de la milicia china, los diversos movimientos militares y paramilitares establecidos en la zona A. Al leer esto, Matías sintió escalofríos. La zona de guerra a la que él y todos sus compañeros querían pertenecer, ya sea por comodidad o por salario, era el punto que los guerrilleros querían atacar. Lo releyó muchas veces. Imaginó encontrarse frente a frente

con su hermano en una batalla. Él con un M-16 norteamericano y Fernando con una AK-47 rusa. Sintió ganas de gritar. Se sentó en la cama de un salto y abrió las cortinas para tomar aire. Recién ahí se dio cuenta de que el sol había salido. Prendió un cigarro, fue por un trago para calmar sus nervios y siguió leyendo. Tenía el vaso de ron en una mano y el libro en la otra. Daba pequeños sorbos de vez en cuando. El licor le calentaba la garganta y le quitaba el sueño. Necesitaba mantenerse despierto para leer hasta la última página de la agenda. Se dio cuenta de que en los apuntes de pronto se comenzó a hablar de un número. Al principio no pudo entender lo que la cifra 2302 significaba, pero luego comprendió que se aludía al veintitrés de febrero de ese mismo año. Las diversas contextualizaciones de la información lo ayudaron: reconocimiento oficial de la resistencia 2302; junta con Ankafilo en la Casa de los Hijos 2302. Matías hizo los cálculos correspondientes y se dio cuenta de que justamente por la víspera de esa fecha dieron por desaparecido a Fernando y que a los días después se dio la noticia de la formación de la resistencia Kai Kai, hace casi un mes desde esa misma noche en que leía el cuaderno.

Miles de conclusiones apresuradas vinieron a su mente después de obtener aquella información. La primera y la más reticente era que su hermano de seguro estaba vivo. El Frente Kai Kai era una realidad. Todo lo que él había mirado en las noticias con cierto recelo era verdad: las grabaciones de Fernando y sus compañeros subiéndose a vehículos sospechosos, las llamadas telefónicas interceptadas, las fotos, las reuniones, todo. Fernando era, según los conceptos que se utilizaban dentro de su profesión de soldado, un enemigo. Ya todos en el ejército lo tenían claro, pero él, hasta ese momento, no había pensado en su hermano más que como en un estudiante de izquierda aplicado. Ahora de verdad, leyendo las palabras como salidas directamente de la boca de Fernando, lo creía, aunque seguía sin aceptarlo como tal. Nunca pensaría en su hermano como en un enemigo y estaba seguro de que él también pensaba así, dondequiera que esté.

Matías cerró el cuaderno, fue a lavarse la cara y volvió a la habitación. El extraño cuaderno reposaba sobre su cama. Podría quemarlo y olvidar todo. De todas formas él ya sabía que lo que se decía sobre su hermano era cierto. Aunque le doliera, Fernando tenía toda una vida guardada que nunca le reveló. Pensó en que se lo ocultaba debido a su recién emprendida carrera militar, de otra forma, si hubiesen compartido los mismos intereses, quizá hasta lo hubiese invitado a la resistencia para emprender ambos un camino revolucionario. Quiso llorar pero no le venían lágrimas, solo unas ganas irrevocables de golpear un muro hasta sangrar. Claro que podría quemar el cuaderno, o esconderlo hasta que Fernando volviera. Nadie

se lo impediría. Quiso seguir leyendo, aunque la fatiga por el desvelo ya hubiese comenzado a afectarle.

En las páginas finales, Matías encontró un dibujo. Era una construcción mezclada con árboles y cuerpos. Parecía una casa con vida propia, con extremidades como ramas y un rostro hecho de cadáveres. Cada vez que la miraba sentía terror. En el cielo del mismo dibujo, un sol gigante estiraba sus brazos de luz para golpear a la luna. Todo estaba minuciosamente sombreado. Matías pudo imaginar a su hermano rompiendo la mina del lápiz y frotándola con sus yemas sobre el papel. En la parte inferior derecha de la página se leía un título: La Casa de los Hijos. Matías volvió sobre las páginas. Se dio cuenta de que aquella casa estaba nombrada en uno de los apuntes tomados en las reuniones de la resistencia: “Junta con Ankafilo en la Casa de los Hijos 2302”. Un pequeño movimiento se percibió en los engranes sueltos que llevaba en su cabeza.

En la página siguiente había otro dibujo. Era un montón de figuras humanas que se asemejaban a los mismos indios que Fernando había retratado en las páginas anteriores. A Matías le costó comprender a primera vista lo que hacían. Esos seis hombres de cuerpos esqueléticos jalaban cuatro cuerdas enganchadas a las ramas de unos árboles. Al otro extremo de las cuerdas colgaban desde el cuello los cuerpos de cuatro mujeres laceradas que pataleaban sonriendo. Debajo de las mujeres ardía una gran fogata. Matías no pudo entender el motivo por el que las mujeres sonreían. Parecía una alegre ejecución. Fernando retrató a todos los verdugos con un rostro idiotizado. En la parte inferior derecha se leía: “Los Hijos”.

Agotado, somnoliento y un poco ebrio, moviendo lentamente las últimas páginas del único texto que había leído en una sola noche, Matías encontró finalmente algo concreto. Era una hoja de oficio que estaba entre la tapa y la última página. Llevaba impresa una imagen satelital en blanco y negro. Las comunas aledañas y la carretera estaban detalladas con una pequeña especificación encima. Había un lugar indicado con rojo inmerso entre los cerros. Bajo el punto podía leerse “C. de los Hijos”. Matías tuvo un escalofrío, había encontrado la casa donde los guerrilleros concertaron su última reunión. Abrió el Dispositivo Social Dérmico e insertó las coordenadas. Se generó una ruta que iba desde su casa hasta aquel punto rojo. Una máquina salvaje se puso en marcha dentro de su cabeza e hizo entrar en funcionamiento al cuerpo. Sin ningún tipo de aviso, Matías se lavó, vistió, tomó las llaves del auto y partió como si estuviera siguiendo las órdenes de un superior. Cuando abrió la puerta, una bandada de queltehues pasó cantándole a la intensa lluvia que se aproximaba.

La carretera avanzaba ligera en la lejanía y veloz en la cercanía. Un extraño presentimiento lo asediaba. No tenía claro qué era lo que

iba a buscar. La humedad del viento que entraba por la ventana lo mantenía despierto. Quería despejar su mente hasta llegar al lugar. Las emisoras de radio ayudaban con el ruido, pero los pensamientos gritaban. Sintió el mismo dolor de estómago que le provocaba el miedo, como cuando arrastró los sacos sanguinolentos hasta a la fosa que había cavado mientras escuchaba los truenos que salían de una pistola, y los gritos que salían de una garganta. Matías pensaba más fuerte que las emisoras. Quizá Fernando también había visto las caras de la muerte dentro de la jungla. ¿Será verdad aquello que dicen en las academias? ¿Que los guerrilleros se reparten los miembros de soldados caídos como si estuvieran en un festín? ¿Fernando habrá comido carne de soldado? ¿Se estará escondiendo en algún rincón indómito del Perú, de Bolivia o Ecuador? "Nosotros estamos conectados, siempre hemos estado conectados, como buenos gemelos. Quizá haya dejado un mensaje en la Casa de los Hijos. Todo está en mis manos ahora", se repitió Matías, sin palabras, solo en el idioma eléctrico con que dialogan las neuronas.

Pasadas un par de horas de recorrido, el dispositivo emitió una alarma: había que doblar a la derecha quinientos metros más adelante. Matías pisó el acelerador a fondo. Cuando llegó al punto señalado para doblar, se dio cuenta de que no había ninguna ruta, era un descampado hacia las montañas. Salió de la carretera y entró. El vehículo se movía estrepitosamente, tuvo que bajar la velocidad. La niebla se hacía cada vez más densa. Gotas de lluvia comenzaban a caer. Las emisoras dejaron de funcionar. Matías apagó la radio. Solo se sentía el ruido de las gotas cayendo sobre el auto. Fue un camino lento y silencioso donde Matías pudo estar a solas con sus pensamientos. Se preguntó ¿Qué estoy haciendo? Quiso dar la vuelta y virar. Los relámpagos se sucedieron unos a otros. La lluvia aún no caía con su máxima intensidad. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Por qué no había entregado el cuaderno a las autoridades para que lo analizaran? ¿Cuál era esa voz que lo incitaba a buscar la casa por su propia cuenta? ¿Puro egoísmo o depresión? Casi detuvo el auto, pero en el momento en que se dispuso a dar la vuelta, su mente quedó en blanco y su tobillo cargó el pie hacia adelante. El marcador del Dispositivo comenzó a sonar después de varios kilómetros. Las montañas ya estaban encima. Cuatro grandes cerros crecían a medida que Matías avanzaba. El dispositivo comenzó a sonar, solo quedaban metros. La niebla era tan densa como una nube sobre la tierra. Un cordón invisible estaba tirándolo del pecho. La alarma del dispositivo le anunció veinte metros del punto. Bajó del auto y caminó.

La electricidad del aire le crispó los bellos de sus brazos. La nube abrió un espacio para observar las coronas de cuatro grandes canelos. Matías sintió una extraña familiaridad con el paisaje. Pensó en flores

amarillas y ahí estaban. Pensó en una casa y en una hoguera. Vio los vulgares restos de una construcción incendiada. Los relámpagos parecían flashes de fotografía frente a él. El viento casi podía levantarlo. El agua le golpeaba la cara y el barro lo hacía hundirse. Pensó en un hombre cadavérico engullendo cuerpos. Los truenos sonaron como trompetas en sus oídos; truenos que venían desde una casa y gritos que pedían ayuda pero que ahora eran silencio.

"Sigan cavando, hueones", gritó el Sanhueza, y él hundió las manos. Removió el barro con sus dos palas en los brazos. "Más profundo", dijo el hombre cadavérico, y él cavó más profundo mientras se iba hundiendo y la cuerda invisible lo tironeaba desde el pecho, se encajaba en las costillas y quería desprender su caja torácica para dejar al descubierto al corazón y sepultarlo ahí. El agua bajaba en forma de cascadas que lo echaban todo a perder. El viento y los truenos lo empujaron hacia un lado. El barro lo cubrió. Tenía las manos congeladas pero logró sentir aquella textura. Las lombrices lo invadieron. Tuvo que sacarse la chaqueta para que salieran de sus axilas. Estaban hambrientas, pero él estaba vivo. Pisó caracoles y babosas espeluznantes. El dispositivo sonaba estrepitosamente bajo su piel mientras la lluvia formaba una piscina en el agujero que él mismo estaba cavando.

Matías hundió la cabeza en el barro y estiró los brazos hasta enganchar el bulto con la punta de sus dedos. Levantó la pesada carga y la puso en la orilla del agujero. Rompió la tela con manos y dientes. Quebró uno de sus colmillos. La tela cedió. Sangre caía de su boca. El choque de las nubes regó la tierra con luces que iluminaron la fosa. Fue como mirar el interior de su propia tumba.

LA POLLERA